AÑO IX FEBRERO DE 1915 NÚM. 70

NOSOTROS

EL AMBIENTE CIENTIFICO

EN LOS PAISES LATINOAMERICANOS (1)

I. — He tenido la intención, pasajera por cierto, de dejar en blanco el título de este capítulo y de llenar la página con un gran cero. Porque tal es, en el fondo y en general, la realidad. Pero hay que mostrar ésta, siquiera sea en pocas consideraciones.

Un ambiente científico supone — y no he de hacer una enumeración estudiada y completa — varias cosas: escuelas, bibliotecas, laboratorios, recursos, sabios, obras (libros, investigaciones, puentes, construcciones, etc.), observatorios astronómicos, recursos financieros, asociaciones científicas, etc., etc.

¿Qué es lo que de ello se conoce en nuestros países?... Descarto las escuelas, desde luego, para remitirme al contenido dèl capítulo que antecede. Allí se ha visto lo que es nuestra cultura general (primaria y secundaria), y lo poco que se puede esperar de nuestra educación técnica y profesional. En cuanto a la universitaria, se recordará que está orientada en sentido excesivamente "humanista", palabrero y subalterno, para que pueda contar: ni se practica la "extensión", tan común en el viejo mundo y en Norte América; ni se hace otra cosa que producir

(1) Capítulo de un libro de próxima publicación.

médicos librescos, ingenieros que se ven constantemente desalojados por los extranjeros, abogados ceñidos al maquinismo de los textos legales y a las citas de cuarta mano, filósofos que limitan su horizonte al dogmatismo de los autores escolares, etc. No ha de ser de ahí de donde surjan nuestros hombres de pensamiento. Y tal es el hecho general, por lo menos bastante frecuente: de individuos que han llevado más o menos en alto el estandarte de la ciencia, y que no han sido de formación escolar ni universitaria.

Tampoco diré nada sobre las bibliotecas y laboratorios. Ya he hecho notar, en el indicado capítulo, la menesterosidad que les es propia, así en cantidad como en calidad y eficiencia.

Los recursos, sin los cuales la ciencia — como cualquier otra cosa que suponga gastos — es inconcebible, son asaz pobres. Están contenidos en el presupuesto de gastos de toda la instrucción pública, cuyo monto, según se recordará, difícilmente pasa de un décimo del presupuesto total. Y allí donde no se puede costear escuelas ni abonar sueldos adecuados al personal educador, está un poco remota la posibilidad de que se cree establecimientos científicos, de que se favorezca la producción, y de que en general se estimule la investigación y el culto del trabajo silencioso y desinteresado de la ciencia. Ni habría derecho para exigir gran cosa en países nuevos, en los cuales se sufre de necesidades inmediatas y vitales, por mucho que se las resuelva, en el hecho, en artificios politiqueros y de círculos. De otro lado, la ciencia es algo superior e ideal, que supone una tradición en un medio consolidado, capaz de comprenderla, de sentirla y de quererla.

Y nuestros agregados tienen que encontrarse algo lejos de situación semejante. Todo ello no obsta, sin embargo, a lo pobre de la realidad, según es de regla que vengo acentuando en cada oportunidad en que, como ahora, se trate de cosas así: con nuestras deficiencias y todo, bien se podría asignar un rango menos secundario a la preocupación científica, si se tiene presente la utilidad innegable y la misma necesidad del respectivo contenido, y si se es capaz — como se lo verá en el capítulo próximo — de reconocer la importancia de otras cosas desinteresadas como el arte y las letras.

Contamos con algunas asociaciones científicas, pero en expresiones incidentales y sumamente subalternas. Languidecen en la indiferencia de la población, que no las sostienen con su concurso

pecuniario ni con su asistencia personal; en la desidia de los poderes públicos, que no las ayudan y que hasta las ignoran; y aun en la misma inercia de sus propios miembros, que concluyen por sufrir el general contagio del "laissez faire" y del desgano. Por lo demás, no se trata de centros en que propiamente se cultive la ciencia, mediante investigaciones o excursiones concomitantes; sino apenas de lugares de difusión de la misma, con la ayuda de bibliotecas que muy pocos consultan y que vegetan en la polilla de sus libros y de sus pobres instalaciones, o con la de conferencias a las cuales no asisten sino unos cuantos iniciados, los que menos necesitarían de ellas. Es, en suma, la clorosis, vale decir, no es la vida.

Muy raros son nuestros sabios, aun dentro de la general modalidad y altura del ambiente. Contamos con no pocos "correspondientes" de academias de historia, de derecho, de la lengua y de cosas así, aunque todo ello esté limitado, en principio, a España; pero no poseemos lo propio sino en excepciones singularísimas en materia científica (psicología, física, química, astronomía, matemáticas, etc.). Apenas si debemos descontar lo relativo a la calidad de simples miembros de centros europeos que tienen algunos de nuestros hombres de ciencia; sin que, ni aun en esto, quepa la compensación de lo subalterno del título y de la posición con una cantidad apreciable de asociados en tales condiciones. Es que lo científico no es nuestro fuerte. Y ello es, en cierto sentido, bastante natural: el progreso intelectual se hace a expensas del instintivo, y el instinto nos domina con demasiado exceso todavía. Nada de extraño, entonces, el que no sepamos tributar homenaje a los pocos sabios con que contamos, cuando los conocemos y "descubrimos"; ni menos el que, según ha acontecido, tengan que descubrírnoslos, a veces, en el viejo mundo, donde han conseguido labrarse una reputación que entre nosotros les ha sido sumamente esquiva. Cierto que hay que tener en cuenta una serie de circunstancias que explican el fenómeno, entre las cuales no figura como la más insignificante la de que el castellano no es el idioma de la ciencia, y la de que escribir en esa lengua y quedar inédito son cosas poco menos que sinónimas.

II. — Y quiero detenerme en esta exposición del ambiente, porque es bastante apenante, para pasar en seguida a la de los resultados.

He aquí el primero. Una expresión científica que se aminora en más de un sentido. Se reduce a balbuceos elementales y casi siempre de orden escolar; bien lejos de lo que, aun dentro de lo relativo de las circunstancias, implique análisis detenidos (ya observé, en el capítulo general del ambiente psicológico, que somos gente mucho más extensa que intensa), experimentación paciente e investigación original. Y se limita el horizonte científico a temas palabreos y cuasiliterarios, como el derecho, la historia, la filología y cosas análogas; con grave detrimento de lo que sea eminentemente objetivo, como las ciencias arriba apuntadas, o de lo que entrañe ciencia "de acción", diré así, como es toda la mecánica y como son casi todas las ramas de la ingeniería (industrial, eléctrica, militar, naval, etc.).

He aquí el segundo. Nuestra ciencia es de imitación, como casi todas nuestras cosas. Nos inspiramos en los modelos extranjeros, y no somos capaces de concebir una ciencia que no sea la que nos venga de Alemania o de Francia, pondré por ejemplo. Así son nuestros libros, sobre todo: salvo el idioma y la casa editora, bien podrían (hablo en general, como siempre) haber sido escritos en cualquier país del viejo mundo. Y no cabe asombrarse: cuando se es incapaz de crear, precisa imitar (y eso que, según Tarde, la misma invención no es otra cosa que una conjunción fecunda de dos imitaciones); cuando no es posible el trabajo activo y espontáneo, no queda otro camino que el de la labor prestada y pasiva; cuando no se razona ni se comprende, hay que conformarse con conocer y recordar; y cuando la tarea de primera mano resulta inalcanzable, queda la de segunda mano ó la de cuarta...

He aquí el tercero. La ciencia nacional está siempre "in fieri". Nuestra astronomía, nuestra química, nuestra zoología, nuestra botánica, nuestra geología, nuestra paleontología, nuestra medicina..., con sus aplicaciones y caracteres locales, son aprendidas y cultivadas, desde la escuela primaria hasta la misma universidad, en textos europeos, á la europea y fuera de todo criterio propio. Y espero que no vaya a pretenderse que no puede haber ciencia local, con el argumento del lugar común de que la ciencia no tiene patria; ni que se llegue a afirmar que no hay mayor interés en la nacionalización de la enseñanza, de los libros y de las investigaciones.

He aquí el cuarto. La menesterosidad científica que nos es

tan desgraciadamente connatural nos obliga a valernos — así en las necesidades privadas como en las exigencias públicas — de hombres de ciencia extranjeros, a cada paso y para casi todo: en las industrias, en las oficinas administrativas de carácter técnico, en los tranvías y ferrocarriles, en la misma educación,... con contratos un tanto deprimentes para nuestra dignidad y para el orgullo de nuestros establecimientos enseñantes y científicos, y con remuneraciones excesivamente generosas. Lo peor es que, en más de una ocasión, dichos sabios vienen con propósitos que distan un poco de ser científicos, y que se resuelven en "negocios" o en cualquier otra circunstancia más o menos afín, que impliquen atesoramiento por todos los medios o enriquecimiento sin parar en recursos. Y lo peor de todo es que así se forma hasta una como costumbre, en cuya virtud se llega a "importar" tales sabios en no singulares casos en que los técnicos locales habrían realizado obra más barata, más adecuada y más eficiente...

He aquí el quinto. La escasa difusión del libro, del gusto por la lectura y por la autoeducación, es casi proverbial. Lástima que me vea obligado a dejar en lo indeterminado de la simple afirmación, el contenido de tal verdad. Sólo puedo dar las cifras siguientes, relativas a lo que varios de nuestros países han comprado en libros, durante un año, a las casas editoras de España (según dato que tomo de un bibliógrafo cubano): la Argentina, por valor de 668.460 $; Méjico, por 171.540; Cuba, por 113.000; Panamá, por 28.000; Chile, por 24.000; Uruguay, por 21.000; Puerto Rico, por 14.700 y Colombia, por 14.000. Pero contemplad las salas de lectura y las bibliotecas (así públicas como de centros diversos) poco menos que desiertas. Y no dejéis de observar el hecho de que nuestros jóvenes (y no jóvenes) prefieran, en principio, cualquier cosa a la posesión de libros y al afán de la curiosidad seria de la simple y pura ilustración; así como circunstancias aparentemente pequeñas, cual es la de los viajeros en trenes y vapores que difícilmente distraen sus forzados ocios con ninguna buena lectura.

Y quiero apuntar uno final, que ya he rozado más una vez. Lo que el público en general ni aprecia ni estimula, tiene su reflejo bien visible en la prensa. Publicad una obra literaria, y tendréis en los periódicos largos análisis y más o menos doctas lucubraciones que, por lo menos, están acusando el interés que la materia — no ya la obra en sí misma — despierta. Aunque en me-

nor grado, cabe decir algo análogo con relación a los trabajos históricos y de fondo humanista. Pero publicad algo más o menos científico, y os daréis por bien servidos si allá, entre los sueltos varios y junto con las crónicas secundarias de los ecos cotidianos, se os acusa recibo del mismo en dos líneas desganadas y formularias. De ahí, entre otras consecuencias, que nuestros hombres de pensamiento se vean como obligados a rendir culto a la literatura: ya infiltrándose de metáforas, de sedas y perfumes, de auroras y crepúsculos y de un léxico más o menos exótico, en un paroxismo de neologismos, de arcaísmos y de construcciones un tanto zurdas y audaces; ya, directamente, arremetiendo con novelas y poesías. No queda otro recurso para quien quiera hacerse conocer y merecer la consideración colectiva que le corresponde. Y no se crea que hallo incompatibilidad entre la ciencia y el arte, entre la verdad y la belleza; ni que prefiero los tipos especialistas hasta el exclusivismo, que no saben más que derecho o que no poseen otra cosa que las matemáticas o los cuerpos químicos a su favor. La ciencia y el arte se integran recíprocamente, dentro de la primaria unidad psicológica de nuestro espíritu, que no es sensación de un lado y emoción por otro, sino sensación y emoción simultáneas e indisolubles. Una verdad es tanto más verdad — tanto más imperiosa y accesible — cuanto más bella sea. Y así como la ciencia es artística y hermosa en sí misma, el arte que no implique técnica y que no entrañe verdad (la fantasía es también verdad, por mucho que sea solamente posible o potencial), no es arte. El "utile dulci" horaciano es de eterna verdad pragmática. Lo que hallo de malo es que se sacrifique la ciencia por el arte, como me parecería lo contrario. Lo que es de desear es una conjunción y no un trabucamiento, una armonía en vez de una exclusión. Y las ilustraciones de ambas cosas, de lo bueno y de lo malo, son abundantes. En cuanto a lo bueno, me basta con referirme a los sabios franceses de la época que corre, que realzan el contenido científico de sus obras y publicaciones con un arte y una belleza que implican a la vez como mirada y ternura, como gesto y caricia. Y en lo que toca a lo malo, bien podría citar ejemplos de individuos que se creen un cuasi dechado científico, y que hasta pertenecen a los países más adelantados de la América latina, con la larga teoría de sus ingenuidades e infantilismos, generados en muy buena parte por la preocupación de la palabra y de la forma. "Rascad la piel de la gran mayoría de

nuestros humanistas, sociólogos y hombres de pensamiento — diré repitiendo en paráfrasis un dicho conocido de Schopenhauer— y hallaréis una subepidermis de satín y de aterciopelada literatura". Pero no quiero transcribir casos concretos, malgrado lo tentador del asunto. Habría, en la apariencia al menos, un agravio individual que vengo rehuyendo sistemáticamente. Y lo siento de veras. Como que dejo perder un espectáculo de divertido teatralismo y de una comicidad que no tiene precio... "Totus mundus agit histrionem"! Estos latinos han sido unos sabios de la más aguda penetración.

III. — Poco hay que decir con respecto a los remedios del mal. Ello es obra del tiempo y no de razones ni de iniciativas artificiales (que no son lo mismo que artificiosas). Y vendrá espontáneamente, en principio, desde abajo, desde el seno del pueblo, que conozca, que comprenda y que exija. Lo que sí cabe es la tarea indirecta de la sugestión y de las oblicuidades ocasionales. Es así como se contribuye a crear un ambiente que no existe. En el caso, corresponde, teniendo en cuenta lo complejo del fenomenismo social, aunar esfuerzos de todo orden: estimular la producción científica hasta con premios en dinero, remunerar convenientemente a los misioneros de la verdad (enseñada, hablada o realizada), sostener asociaciones, ayudar y costear centros de investigación, de estudio y de difusión (para todo esto recomiendo el capítulo XIV de "L'avenir de la science" de Renan, en el cual se discurre sobre el "deber del patronato científico" que incumbe a cualquier estado) y, por sobre todo, provocar la cultura desde la escuela primaria, introducirla en el seno del pueblo, mediante la amplia fundación y disciplina de escuelas elementales que echen el germen de la propensión a la verdad y del gusto por la ciencia, mediante bibliotecas que multipliquen la afición al libro y al análisis, mediante revistas y publicaciones de todo orden que expandan ideas y que viertan luz... En verdad que toda esta enunciación resulta innecesaria. Como que no puede haber quien dude acerca de lo fundado de su contenido. Y como que, así, entraña la repetición de un simple lugar común, de una cantilena poco menos que cotidiana. No hesito, sin embargo, en mantenerla, como no he de hesitar en volver a repetirla en cualquier otra oportunidad. Si en eso estriba la gran mayoría de nuestros males: no en ignorar esotéricos principios de conducta o de gobierno, sino en no llevar a la práctica reglas de simple buen sen-

tido, que todos conocemos, que todos propalamos, y que nadie cumple. Tal repetición, entonces, carece de virtud ideológica, pero está llena de queja, de protesta y de grito, que tienden a que se objetive, a que se concrete y a que se realice la correspondiente idea.

Téngase en cuenta, todo lo que se quiera, lo menesteroso de los recursos disponibles, lo apremiante de exigencias inmediatas y la falta de asidero que al efecto presta la natural incultura de nuestros agregados. Con todo, no hay nada que pueda cohonestar lo exagerado y hasta intencional de la desidia científica que nos es tan peculiar. Es que hay, entre otras circunstancias, un prejuicio que es bastante común en nuestros hombres dirigentes. Se mira a la ciencia como un lujo, como una cosa superflua; que educa y refina psicologías, pero de la cual es muy posible hacer caso omiso. Y se desconoce, de consiguiente, lo indispensable de su contenido, ante las ventajas inmediatas que del mismo dimanan para el valor individual del hombre y para las aplicaciones más eficientes con relación a cualquier orden de actividad. ¡Oh, no! No es la ciencia pura, no es "la ciencia por la ciencia" lo que está aquí en juego. Esas cosas y fórmulas no tienen más virtualidad que las análogas de "el arte por el arte", de "la verdad por la verdad" y "la moral por la moral". Son miopías puras. No hay cosa en el mundo que tenga su finalismo propio, ni el mismo estado político. Todo se subordina al pragmático beneficio del hombre, del individuo, de la vida. No, no es esa ciencia vana, palabrera y dogmática la que interesa. Es la ciencia modesta, que reconoce sus errores y omisiones; es la ciencia tímida, que nada afirma sin pruebas; es la ciencia progresiva, que se amolda al curso de la general evolución; es la ciencia-ciencia, y no la ciencia-dogma, que no sólo no contradice ni excluye a la religión, sino que positivamente le tributa homenaje y se siente limitada por ella; es la ciencia maternalmente amorosa, íntimamente beneficiosa, que entraña los postulados de todas las industrias, de todas las actividades, de todas las artes y de todos los más hondos y supremos ideales...

IV. — Pero yo no me he propuesto hacer el panegírico de la ciencia. No lo necesita. Por eso no lo pide. Por lo demás, se encontrará su apología, tan alta como no querida, en cualquier obra de gente que mira lejos (Goblot, Naville, Comte, Stuart Mill, Poincaré, Picard, Ostwald, Enriques, etc.), sobre todo en el ad-

mirable capítulo primero de la "Education" de Spencer, donde se encontrará las premisas de las afirmaciones que preceden. Lo que quiero hacer resaltar es el conjunto de virtudes de primera agua que la ciencia implica para nosotros y para nuestros pueblos, bien distante de lo oblicuo o accidental. La ciencia es la fuente indispensable de la industria, que es madre del comercio, el cual, a su turno, es germen de riqueza; y nuestros países se desangran en la clorosis de un industrialismo que es apenas un balbuceo, y vegetan en la nostalgia de un movimiento productor que les dé animación y vida. La ciencia es lo objetivo; y nosotros no salimos, en casi ningún orden de cosas, de lo subjetivo y antropomórfico de los criterios. La ciencia es desinteresada y altruista; y nosotros nos dejamos cegar por el egoísmo, y no vemos nada que no represente ventaja personal. La ciencia es la verdad, y la mentira es nuestra muy grave enfermedad individual y social. La ciencia es acción y trabajo, y nosotros no conocemos, en principio, otra religión que la de la palabra, la prédica, el consejo... y la inacción. La ciencia es inflexible y una, y nuestras duplicidades — "forte coi deboli, debole coi forti"... — traicionan una psicología nada consolidada. La ciencia es la vinculación inmediata con la naturaleza, en las cosas y fenómenos de la misma; y nosotros estamos demasiado acostumbrados a vivir lejos de la realidad, en los idealismos puramente literarios y en las fantasías de nuestra infantil imaginación. La ciencia es lo eternamente nuevo, y nosotros nos encasillamos en el misoneísmo de una tradición de frases hechas y de prejuicios. La ciencia es inducción y análisis por sobre todo; y nosotros estamos saturados de un enrevesamiento de síntesis metafísicas y de deducciones, que raramente resultan fundadas por razón de lo falso de las indemostradas premisas. La ciencia es lo real, y nosotros preferimos las "fumisteries" — que diría Nietzsche — de las esfumadas y vagas irrealidades. La ciencia es arte, y nosotros le sustituimos la literatura. La ciencia es buen sentido, y nosotros nos desvivimos por el prejuicio y lo enrevesado. La ciencia es lo total, y nosotros no contemplamos sino accidentales unilateralidades. La ciencia es lo inmediato, y nosotros le anteponemos lo mediato y remoto. La ciencia es lo posible, y nosotros pretendemos cabalmente lo contrario. La ciencia es luz y moral, al paso que nosotros somos señores de la penumbra, cuando no de las tinieblas, y no resultamos los mandarines de la ética que

ordena más que lo que aconseja. La ciencia es método, y nosotros somos el espíritu del destajo y del desorden. La ciencia es lo íntimo, y nosotros nadamos en solemnidades de mera apariencia y de facticia exterioridad. La ciencia es lógica, y nosotros somos el ilogismo de la contradicción casi habitual. La ciencia es razón, y nosotros somos memoria. La ciencia es sistema, y nosotros somos empirismo. La ciencia es lo que vuela, y nosotros somos lo reptil y pedestre de nuestros sempiternos deletreos científicos. La ciencia es lo grande, y nosotros somos la minucia y el detalle de lo secundario. La ciencia es lo general y abstracto, y nosotros seguimos insistiendo en lo particular y concreto de las minorías, de los nepotismos y de los círculos. La ciencia es el más allá, la conquista de lo ignorado, el coraje, el carácter y la obra propia; y nosotros nos asustamos ante el misterio, no somos capaces de lucha, tenemos la cobardía de las vidas fáciles, de los empleos y de la vegetación, somos típicamente abúlicos, y no podemos afirmar, sino en casos muy raros, que somos hijos de nuestras obras y que resultamos "self made men", que es la gloria más grande a que pueda aspirar quienquiera, cuando siente lo inefable de los triunfos personales, lo indecible de las cosas no debidas a nadie, y lo grandioso de lo que llega después de ansias, de sacrificios y, acaso, de amargas lágrimas debidas a decepciones momentáneas y a ocasionales mezquindades ajenas. La ciencia es lo futuro; y nosotros no somos ni siquiera lo presente, pues que nos limitamos a invocar nuestro pasado, la epopeya de la independencia, "los magnos varones que nos dieron patria y libertad", en una claudicación que está indicando que fuera de ello no poseemos ninguna otra virtud ni somos capaces de nada que merezca mención y que constituya un adelanto para el país. La ciencia es previsión, y nosotros somos gente que apenas si sabemos vivir "au jour le jour". La ciencia es sacerdocio y religión; y nosotros no conocemos de lo primero sino el nombre, y de lo segundo asimilamos, a lo sumo, el rito externo y no el sentimiento íntimo del misterio y el homenaje a nuestra pequeñez. La ciencia es patriotismo, es virtud, es poder, es vida; y nosotros trabucamos patriotismo con sangre y hostilidad, no nos coronamos de moral, somos los esclavos económicos, intelectuales y políticos de los extranjeros y de nosotros mismos, y no sabemos marchar con la vida, cuyo dinamismo y evolución queremos modelar según las concepciones antropocéntricas de nuestro subjetivismo.

La verdad que todo esto es excesivo, con ser tan deficiente. Es bueno que me contenga. Podría creerse, si no, que la demostración era necesaria. Si he insistido, ha sido sólo con el objeto de recalcar — y en tal sentido nada bastaría — una verdad que en el hecho desconocemos. Y la prédica no va precisamente contra nadie. Eso de criticar a los gobiernos es un recurso cómodo, en política sobre todo; pero tan injustificado como infantil. En estas cosas es el mismo ambiente el que da asidero para situaciones semejantes. Cabe la crítica sólo en cuanto no se hace todo lo que corresponde para allegar conciencia a la masa, para contribuir a que ésta se despierte y actúe. Hay allí una obra de verdadera educación y de positiva reviviscencia. Y es eso lo que es imputable a las clases dirigentes de nuestros agregados.

V. — Y entre los culpables incluyo a la prensa en general. Si Max Nordau la ha comprendido entre las mentiras colectivas en Europa, cabe suponer lo que es entre nosotros. No es una mentira: es muchas mentiras. No es una mentira: es algo mucho peor, que excede de los límites morales y qué confina con los ámbitos del derecho criminal.

Quede aparte la prensa especial y más o menos técnica de las revistas económicas, artísticas, científicas, industriales, etc. Sus expresiones son tan incidentales y tan menesterosas como los círculos e intereses a que responden. De ahí que no sea posible encontrar en ella ninguna virtualidad apreciable en materia de dinamismo social.

Me refiero, entonces, a la prensa común de los periódicos cotidianos.

Y encontraréis en la misma dos óbices fundamentales: uno negativo, por el lado de lo que debieran ser sus cualidades; otro positivo, por el lado de lo que son sus defectos.

He aquí una pequeña muestra de lo primero, con lo cual se alcanzará el valor y la eficacia del "cuarto poder" del estado. Quitad excepciones contadas, que caben en el hueco de una mano, y hallaréis que está aquella muy lejos, pero sumamente lejos, de llenar su misión. Se determina ésta por la circunstancia de lo popular — social, está mejor dicho — de su origen; en cuya virtud debiera ser la voz, el eco y el reflejo de las exigencias públicas, de la justicia, del derecho y de la verdad en general. De ahí que la imparcialidad tuviera que ser su primordial virtud, sin perjuicio de los partidismos políticos y hasta electorales. La infor-

mación consciente, completa y sana, que ilustre y que hasta eduque, tendría que contar entre lo más inmediato de sus objetos. La ponderación del criterio, la altura del juicio, el análisis de problemas nacionales con orientación superior y directriz, debieran figurar entre sus características habituales. La preparación técnica de los redactores y la objetividad de los criterios y horizontes, serían los lugares más comunes del asunto... Y conste que si los precedentes enunciados van así desnudos, no es porque pretenda cosas ideales y prácticamente imposibles. Bien se me alcanza lo humano y lo relativo de las cosas. Si se quiere ver en ello un ideal, entiéndase que aludo al mediano y concreto de nuestros ambientes, a lo que es factible dentro de nuestros recursos, y a lo que es dable exigir en medios primitivos y más o menos caóticos.

Y he aquí, ahora, la muestra de lo segundo... Bien comprendo que sería pueril la exigencia de periódicos como los ingleses o yanquis. Pero cabe sentar que procedería una mejora bastante considerable en lo existente. Estamos siempre en lo mismo: no es la esencia, es el grado lo que incomoda, son los superlativos los que nos dañan. Es tan empírico, es tan superficial, es tan subalterno lo que tenemos, que no hay ni remotamente motivo para que nos enorgullezca. Virtudes intelectuales que se reducen a lo minúsculo, así en cantidad como en calidad; en cuyo mérito parecería indispensable el no poseer la menor noción sobre algún asunto de más o menos fondo — educacional, económico, etc. —, para estar autorizado a estudiarlo. Ausencia de información propia — local, telegráfica, cablegráfica —, que dé satisfacción a las necesidades ordinarias, y que haga del periódico una como pequeña síntesis de las cosas de interés común, y lo convierta en algo así como en un libro anhelado para la inmensa mayoría de la población, que espera encontrar en él todo cuanto pueda hacerle falta para su gobierno, para sus ocios y para su mismo esparcimiento y curiosidad. Vistas estrechas y dogmáticas que rayan a alturas indecibles. Formatos y "tirajes" reducidos, que acusan lo individual y facticio de la creación. Vidas efímeras, que traicionan causalismos ocasionales y deleznables...

Pero es en materia moral donde reside el ápice de toda la enfermedad. Rarísimo es el diario de hecho independiente. Casi siempre hay una bandera, disimulada u ostensible. Y lo peor estriba en la circunstancia de que el respectivo carácter es político.

De ahí que sea cosa sinónima con la prensa la pasión política. Y es eso lo que da la clave de lo común de la ética periodística. Del personalismo, desde luego, así del punto de vista del apologético ditirambo como del de la fulminación condenatoria. "Homines, non principia". ¡Todo lo trastrocamos! Y la ceguera de la pasión es tan fuerte que no respeta nada: las glorificaciones de vulgares superhombres, son bien poco ante los denuestos contra los adversarios, que no han cometido, muchas veces, otro delito que el de no comulgar con los mismos sentimientos o instintos, y que en no escasas ocasiones reunen títulos que debieran inspirar más de un miramiento y dar pie para un respeto elemental. De la contradicción, después, en inconsecuencias que tienen más de una faceta: el cambio de criterios políticos, según las situaciones y según cualquier circunstancia de carácter personal con relación a los directores o propietarios que han logrado la prebenda que deseaban; la mutación en ciertas "campañas" privadas, generalmente económicas, en la cual es dable suponer las armas que se ha empleado para iniciarlas y séguirlas, y para darlas por terminadas en una "volte face" que ha llegado a positivas laudatorias.

VI.—Y conste, para terminar con el punto, que no quiero ahondar, por falta de buenos datos estadísticos, el tópico cuantitativo del número de publicaciones periódicas de todo orden con que cuenta cada uno de nuestros países, y que es bien reducido, aun dentro de nuestras exigencias. Puede apreciárselo en las cifras siguientes: la Argentina cuenta con 794; Chile con 294 (en 1907); Venezuela, con 251. Los dos primeros países figuran entre los más progresistas del latinoamericanismo; y Venezuela se caracteriza por sus tendencias literarias, en cuya virtud hay que descontar allí un buen porcentaje de revistas de tal carácter, lo que redunda en detrimento de los periódicos de información y de las revistas técnicas y económicas. Júzguese de los países restantes, en la gran mayoría de los cuales no impera ninguna de las dos circunstancias apuntadas.

Y como el espectáculo es un tanto doloroso — más por lo subalterno y mezquino que por lo intenso y grave, con ser esto último de bastante importancia, — bien puedo limitarme a lo dicho para caracterizarlo. Quiero agregar algunas consideraciones con respecto a circunstancias generales.

La primera es relativa á la psicología —a la fisiología, dirá más

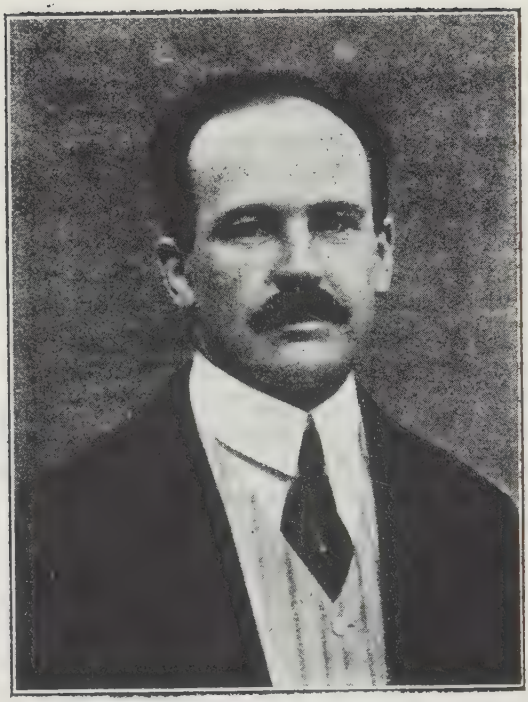
de un malevolente — de los miembros que componen el personal redactor. Hay que ver quienes son los que logran encaramarse a la "cocina periodística", en los diversos grados y aspectos de la propiedad, de la dirección y de la crónica. No pocos extranjeros, que ignoran, y que, sobre todo, no sienten las cosas locales, y que artificializan todo con lo inadecuado de sus criterios europeos. Pero eso es lo de menos, aun en el supuesto de que aquellos se limiten a lo expuesto. Ni tampoco hay que atribuir mayor eficiencia a lo de que se funde periódicos y revistas que son una simple especulación. Como que el comercio es legal en cualquier cosa. Y como que la vida económica no es un pecado, sino una necesidad. De lo que procede quejarse es de que haya quien haga de los diarios un arma o un recurso para miras personales, en los dos sentidos que antes he indicado. De lo que precisa lamentarse es de que una institución tan hondamente social, tan íntimamente vinculada con lo común de la población, se halle — ¡y cuán frecuentemente! — en manos inexperientes y como colegialescas, en manos ambiciosas y cortesanas, en manos que no son un modelo de pudicicia moral; en manos que, en resumen, no aportan sino pequeñas pasiones, criterios e instintos antropocéntricos, con los cuales se labra aldealescas reputaciones como no se respeta nombres ni honras, y con los cuales así se hace una como religión del turiferarismo, como se tiende a matar todo cuanto acuse un poco de independencia con relación a gregarismos de cualquier especie, o se omite la publicidad de lo que tienda á levantar un cargo injusto ó a restablecer una verdad que se ha querido disimular ó pisotear...

Bien me constan las excepciones, las muy honrosas excepciones, que no tengo por qué especificar. Ellas no destruyen la verdad general de mis afirmaciones. Y de éstas resulta que nuestra prensa está bastante lejos de reunir las virtudes más elementales que le son propias: que no ilustra, que no educa y que no encamina. Y que bien por el contrario, deseduca o educa mal, es cátedra de mentira, de convencionalismos y de exterioridades, y es ara de agravios, de deslealtad y de personalismos condenables.

Y el asunto se agrava ante la situación de nuestros ambientes. Los pueblos sin escuelas y sin libros tienen que poseer su templo educacional en las hojas periódicas. Y es eso lo que entre nosotros acontece. Puede suponerse, así, el caudal enorme — relativo, cuanto se quiera — de influencia que aquella pueda ejercer en el seno

de la masa, y el juego intensamente sociológico de su acción en el determinismo de la misma, si en ella se inspirase, si a ella tendiese y si a ella interpretase. Sería ella quien la informase, quien le despertara los impulsos latentes de la curiosidad, de la vida de relación y colectiva, del patriotismo, del amor por la tierra (en los tesoros que le mostrase de sus riquezas, de su campo de actividad y de su porvenir), de la tendencia al trabajo, del respeto a las instituciones y leyes... En verdad que hay en tales omisiones — y conste que no me dejo seducir por visiones irreales, de corte más o menos bueno para una alocución oratoria; pues que jamás pierdo de vista lo contingente y concreto de las cosas — un positivo pecado y hasta una traición. Y de eso acuso a nuestra prensa en primer término: nada ha hecho por levantar, por fecundar y por desenvolver el espíritu de la población y la misma conciencia del conglomerado, malgrado disponer del mejor de los recursos para iniciar la tarea, lenta pero firme y segura, de la consolidación y de la mejora nacionales, que deben comenzar por la consolidación y por la mejora del tipo étnico, en la progresiva formación de una psicología superior a la primitiva, salvaje y casi subhumana que nos es común todavía...

ALFREDO COLMO.



Alfredo Colmo

POESIAS [1]

Oh, amor, nacido en esta primavera,
oh, amor, que mueres en esta hora dulce
de otoño, te dedico un epitafio.
Tú naciste de un juego de pestañas,
de una sílaba riente, o de un quejido
de seda. Tú venías a mí siempre
tan a tu gusto, tan enamorada,
que hasta a la hora del *adiós* dulcísimo
no conocí que me besó tu aura.
Tu muerte, fácil fué, como tu vida;
tú cruzaste cual pájaro de Lesbia.

---

(1) José Carner es uno de los jóvenes y más brillantes poetas del actual Renacimiento catalán. De Aribau el iniciador, a Carner, el magnífico, va la misma diferencia que del bálbuceo a la peroración. Naturalmente se ha tenido que pasar por la triunfal ascensión de Verdaguer, Guimerá y Maragall, entre otros muchos inspirados trovadores. Carner es autor de una docena de libros, los cuales han ido consolidando el nombre que ya conquistara con la aparicion de su primera obra *El Llibre dels poetes*. A los diez años es el portador de la antorcha de la poesía catalana, que iba a declinar con la muerte súbita de Juan Maragall. José Carner no es un imitador — no he querido significar tal cosa — es un continuador y su obra constituye un ascendente complemento. El verso de Carner, aparte la originalidad y exquisitez del asunto, supera al de sus predecesores en nitidez y armonía. Con él la lengua catalana obtiene sonoridades de amplia vitalidad, que responden naturalmente a ímpetus vigorosos y a orientaciones muy modernas. Es que en la entraña poética de Carner, laten una vasta cultura, un gusto refinadísimo, un agudo ingenio y una ponderación dominadora, conjunto salpicado de una *divina ironía*, de la cual dice el propio poeta que es una virtud sin la que no podrían vivir las personas dignas, y añade que un espíritu sin ironía se lanzará bruscamente a la Belleza y la echará a perder con su excesiva admiración. Por esto su obra hállase despojada de todo lirismo enfático y de todo sentimiento enfermizo. Digamos, finalmente, que José Carner, en medio de esa modernización de la poesía catalana, no ha desertado ni un punto de la tradición patria. Sigue absolutamente fiel, como los predecesores, a la Musa que preside el despertar de la Joven Cataluña: sólo que con su nueva actividad espiritual Carner conduce la nueva generación a una finalidad de trascendencia; a la *renacionalización* de la poesía catalana. — *J. Torrendell.*

Oh, amor, muerto recién! Yo lloro una
lágrima sola — sola, una lágrima,
pero infinita de melancolía —
en recuerdo de tu tímida gracia.
Tú fuiste un verso que en el aire flota
sin caer en el lazo mentiroso,
y ahora inútilmente te deploro;
vana me haces juzgar mi poesía.
En este invierno iré, en las tardes claras,
a la orilla del río, en donde fueron
los árboles de plata; habrá — ¡quién sabe! —
violetas que pondré sobre la tumba
do tus alas volvieron polvo de oro.

*

Una fatiga incipiente y dulce
vela mi vista acostumbrada al libro.
Hace ya un tiempo que en el alma guardo
el resplandor de la belleza antigua.
Dentro de mí un universo llevo
de alados seres que la gente ignora...
¡Por qué se mofaría de mis sueños!
Por esto era yo siempre un pobre tímido,
como un niño que viene de muy lejos
y entra en la compañía alborozada
de unos nuevos amigos: continúa
con el azoramiento en los ojitos
suaves, y llenos de añoranza dulce
porque es solo y distinto de los otros.
Hay algo que os eclipsa a mis miradas,
frescor del mundo, novedad del día;
la ventana he cerrado de mi estudio
porque no profanáseis el polvillo
de ella; y si salgo a la ventura
alguna vez, ensueños me acompañan,
y en las frondas, melodías de antaño,
oigo a las hojas. — No vengais, os ruego,
pues, a mi vera, juventud hermosa,
¡oh juventud, deliciosa y rara!,

cabellos de oro que el sol ilumina,
voz que hiende a la duda alegremente,
mirar do luce el matinal rocío!
¿Por qué invadís este sagrario antiguo?
No puede ya mi vista ser valiente;
ya mi paso ha de ser tardío, escaso.
¡Huid, hechizos que turbáis mis horas!
Si me guardáseis esta gentileza
de abandonar mi vida concirosa,
yo, en el tiempo a venir — y largos años
han de pasar, tal vez — he de evocaros
cual si fuéseis venidos, no de esta
vida extraña, ruidosa, del afuera
que me abruma, sino de la cadencia
dulce y discreta del hojear de un libro,
cuando en la noche la ciudad reposa.

JOSÉ CARNER.

Trad. de Gracieta B. de Llorens.

CUESTIONES EDUCACIONALES

A mi maestro don Máximo Alvarez, del Colegio del Uruguay.

(SEGUNDO)

I

Decíamos que, para nuestro bien, nos quedáramos con Sarmiento. Ni genio más alto ni corazón más altruísta. Su vida entera de maestro, en la alta acepción del vocablo, le da derecho a regir la educación argentina, triunfando en el tiempo, como triunfan siempre los genios tutelares de las naciones, elevándose a las esferas altas donde jamás alcanzaron las miserias y las pequeñeces humanas.

Maestro, porque todo su afán fué por conocer la verdad y porque dijo siempre la verdad. A los mandatarios sin elevación de miras, a los sensualistas del mando, él, que fué siempre autoritario, les dijo la verdad para enseñarles que la autoridad, fundamento de la sociedad, no es más que un crimen cuando no se orienta hacia el bien general. A los logreros del presupuesto del estado, él, que no pudo vivir sino de ese presupuesto, les dijo la verdad para enseñarles que el ser más despreciable es aquel que sólo obra comercialmente, reduciendo la finalidad de la vida a la acumulación del capital o a la satisfacción personal del deseo por la necesidad o por el vicio. A los que, interesadamente, hacen hoy la fiesta del "arbor day", — mientras los explotadores de los bosques del Chaco reproducen las denigrantes escenas de las selvas africanas, esclavizando al hombre, — él les dijo, hace cincuenta años, toda la verdad, enseñándoles lo que hace un Presidente Argentino consciente de su misión y servidor de su pueblo, plantando eucaliptus, distribuyendo almácigos en todo el país, so-

lemnemente, e invocando su alta autoridad para decirle a cada Gobernador: — Plante esos árboles y cuídelos y enseñe a cuidarlos, que es acción de gobierno, acción civilizadora, enseñar a los *caudillos* de por allí a respetar y amar un árbol para que aprendan a respetarse y amarse como hombres. A los generalotes de facón y de rebenque, él les dijo la verdad, haciendo acto de educacionista al ametrallar las paredes del Colegio, desde la cubierta del "Guardia Nacional" (buque insignia!), para que se dieran cuenta de lo que es y lo que quiere y lo que puede un Presidente Argentino. Y finalmente, a todos los que defraudan al pueblo invocándolo y adulándolo para explotarlo, él les dijo la verdad, ya en sus postrimerías plutarquianas, enseñándoles desde "El Censor", — último baluarte donde se atrincheró con su pluma, — lo efímero del triunfo de la maldad y de la corrupción, y lo eterno y lo perenne del triunfo del bien y de la justicia. Maestro, en la alta acepción del vocablo, orientó la educación pública con su Plan General desde la Escuela hasta la Universidad, enseñando que los batallones vencedores son los que van armados de cerebro y de alma, no los que llevan espadas y cañones.

Y fué, como Presidente, a inaugurar las Escuelas de Provincias; y dijo sus discursos ante aquellos auditorios que, ignorantes pero anhelosos, alcanzaron a ver detrás de aquel Presidente algo más que un mandatario, porque había un maestro. Y asistió al banquete de Guarumba, porque necesitaba decirles a todos los gauchos de la política: — Ocupamos, respectivamente, los extremos de la mesa. Ustedes son la barbarie que debe desaparecer; yo y lo que viene conmigo somos la civilización. Y no tuvo partido político, ni aduló a las multitudes ignorantes y plebeyas, ni buscó la popularidad de las calles, ni fué *revolucionario* ni fué demagogo, porque fué maestro. Y pudo morir, augustamente, exigiendo con todo derecho que su féretro fuera cubierto por tres pabellones nacionales y que su monumento se alzara para decir a las generaciones del futuro cómo se cumple una vida sobre la tierra!

Por eso debemos quedarnos con Sarmiento, porque educar un pueblo, formar un pueblo, es pura tarea de maestro de escuela. Pero un maestro de escuela no es aquel que enseña un poco de aritmética o tal cual zoncerita pedagógica de cualquier texto, ni un rector de Colegio o de Universidad es aquel que toma la rectoría como refugio tranquilo de político cesante o de político ex-

pectante. Maestro es aquel que infunde en el alma del niño, en el alma del joven, en el alma del pueblo, el amor y el respeto y la pasión por los ideales nobles y levantados, por el bien, por el progreso, por la justicia, por la verdad. Maestros así fueron los que cooperaron en el Plan de Sarmiento; y la virtud de ese Plan fué formar ciudadanos y formar maestros, sin necesidad de tantos Institutos ni de tantos *alemanismos* contraproducentes y presupuestívoros.

II

Cuando la educación pública estuvo en manos de educacionistas, — por arriba de nuestras politiquerías vergonzantes, — el horizonte se despejó cada vez más y el orden acabó con la anarquía y el caudillaje. Pero, la reacción bárbara, vestida de frac y con bota de potro, como diría el maestro, deshizo la obra paciente y magna de los educacionistas, y hemos caído de nuevo en otro caudillaje peor, el caudillaje educacional. Las Escuelas primarias van por su cuenta; los Colegios secundarios no van por cuenta de nadie, pues ahora no sabemos si son del Ministerio o de la Universidad; y las Facultades están esperando el elemento *provinciano,* es decir, los alumnos que deben mandarles las Escuelas y los Colegios. Tal y cual como antes de la Constitución. Urquiza, — magnánimo vencedor de sí mismo, — abrió la nueva era con el Colegio del Uruguay y con Caseros; y Sarmiento, en la misma tierra de Urquiza, exterminó para siempre a los caudillos, aplastados por la Constitución. El Plan de Estudios, que no tenemos, es el capítulo que le falta a la Constitución para concluir con el nuevo caudillaje. Plan de Estudios quiere decirlo todo: orden social, adelanto, bienestar, seguridad, riqueza, porvenir. Como no lo tenemos, estamos discutiendo permanentemente los mismos problemas sin resolver ninguno; y lo que es peor, planteando cada día nuevos problemas.

III

Por eso es que las cosas resultan como resultan. En la Plaza del Congreso teníamos una gran plaza. Todos empezaron a codiciar el sitio para sus "monumentos". Moreno en un rincón, bajito y cubierto por unas frondosas tipas. No importa. Ni el mar ha

podido cubrirlo a Moreno. En el centro una copia del "Penseur" de Rodin. Linda la estatua; pero al aire libre, en la Plaza del Congreso... ¿Y los "Primeros fríos"? ¿No estaría mejor, todo eso, en alguna Galería? A pesar de lo que digan algunos que, no teniendo profesión se dedican a la profesión de *artistas,* profesión muy socorrida — el arte es, o debe ser, educativo. Las desnudeces artísticas no dejan de serlo; pero las desnudeces artísticas, como todas las desnudeces, han de sujetarse a las exigencias útiles y necesarias del "pudor", porque el pudor es, también, un elemento del arte. De otro modo, exponiendo muslos de mármol en las plazas, no hay para qué limitar la abertura delantera de la *juppe-culotte*...

Pero, vamos al *monumento.* Una base de cinco metros de alto, cuatro escalinatas, cuatro esquinas y cuatro pilares; el pedestal con cuatro caras; los pilares circundados por cuatro angelitos enristrados que parecen jugar a la ronga-catonga; más abajo cuatro caballos marinos, (cuádriga, también?); unas cuantas tortugas, un par de cocodrilos raros, una gran pileta, y en las cuatro esquinas otra vez los grupos de los cuatro angelitos, jugando siempre al mismo juego de la ronga-catonga. A la entrada de las escalinatas cuatro cóndores. (Estos cóndores, solos, serían un monumento).

En el pedestal, coronando, una estatua de mujer con varios adminículos y una rama en la diestra. Mira hacia la Avenida, con la espalda al Congreso. El monumento es a los Congresos de 1813 y de 1816. A la derecha, un poco más baja, otra estatua de mujer rompiendo una cadena que no es muy gruesa. A la izquierda, otra mujer que no me acuerdo lo que está haciendo. Hay, en dos de las caras del pedestal, no las frontales sino las laterales, inscripciones alusivas a los Congresos; pero, en la cara que da frente al Congreso, está inscripto el nombre del constructor, a la misma altura y con mejores letras que las inscripciones alusivas. Y también hay algunos simbolismos. Las dos caras laterales del pedestal ostentan, *en relieve,* una cabeza de león, respectivamente. Es un león raro, como los lagartos de la Fuente. Dos ojos y una nariz; dos mostachos y un poco de melena. Por este poco de melena se puede creer que se trata de un león. La nariz cae verticalmente en el plano anterior; donde la nariz termina empiezan los mostachos... y después empieza el verdadero simbolismo. Parece que el león hubiera tenido patillas; pero, por ra-

zones de simbolismo artístico, que diría cualquiera de nuestros *autoartistas,* dichas patillas se han transformado, convirtiéndose las barbas *constituyentes* (!) en una *teoría frutal* de manzanas, peras, duraznos del Tigre (¿no será un tigre el león?), y varios racimos de uvas... de Mendoza. Francamente, — aunque ya se habrá presumido nuestra ignorancia artística, — declaramos no saber por dónde empezar para dar una interpretación del símbolo. Nos pasa lo que nos pasa con los libros de versos de nuestros parnasianos y nuestros simbolistas: no entendemos un pito. (En el campo hay unos ratones que llamamos cuises: en cuanto sienten un ruidito *ganan el pajonal.* Casi lo mismo hacen estos *estetas:* en cuanto sienten el ruidito de la lógica, *ganan el simbolismo,* que es como ganar el pajonal. Son los *cuises* del arte).

Queda descripto el monumento que ha echado a perder la Plaza y el mismo Congreso, ocultando el punto de vista para la buena perspectiva de éste. Pero tenemos Comisiones de Bellas Artes, con partidas en el presupuesto para fomentar el arte. Y como sabemos todos que el sentimiento artístico nace, no hay ningún inconveniente para que un Presidente de Club lo sea, también, de Bellas Artes; mucho menos entre nosotros, que abrimos la boca cuando vemos el pataleo callejero de un hombre-orquesta que toca, a la vez, el bombo, los platillos, el triángulo y lo demás. Verdad es que estos hombres-orquestas tocan un instrumento con las manos, otro con la boca, otros con el pescuezo (no con la cabeza), y otros con... los pies, a favor de unos hilitos. Los multipresidentes nuestros también tienen los hilitos que van a terminar en el Club Político. Y así es que cuando calzan una las calzan todas.

El conjunto orquestal, naturalmente, resulta... un monumento. Así ha salido el monumento a los Congresos; y así resulta casi todo lo *artístico* entre nosotros, dirigido y manejado por cualquier hombre-orquesta, capaz de tocar al mismo tiempo una diputación, tocar la presidencia de una comisión cualquiera y tocar... un tango.

Por iguales razones sale lo mismo el monumento educacional que estamos erigiendo. Aparte los defectos de Plan, está lo otro, tan importante o más importante que el Plan mismo; y es el asunto de los detalles y de la ejecución. Un escultor de verdad, un escultor artista, no habría hecho la teoría frutal de los leones; y si eso está en el Plan del monumento, al ejecutarlo de seguro

que lo habría corregido. Pero un pastelero de argamasa es capaz de hacer eso y mucho más. Si el Plan de Estudios es malo, con buenos profesores podría convertirse en bueno; y con malos profesores, el mejor Plan se convertirá en los cuatro angelitos, jugando a la ronga-catonga...

IV

Así como se considera que un presidente de club político puede, por derivación, presidir una Comisión de Bellas Artes, también se considera que un profesor de castellano puede serlo de aritmética, o de instrucción cívica, o de cualquier cosa, según el apuro que tenga por meterse en el presupuesto. Y si priman las razones fundamentales de patriotismo y de nacionalidad, mejor todavía. Ellas se tienen muy en cuenta al hacer los nombramientos. Por ellas, — y el caso se repite, — las Cátedras de historia patria, — (que dictó Estrada!) — son dictadas por extranjeros, que tienen la ventaja de aunar los dos patriotismos, y explicar, así, el ciclo histórico de San Martín, — a quien he oído llamar *San Martino* — por analogía con la entrada en Roma del Ré Galantuomo o las excursiones alpinas del duca D'Aosta, *signor dei mari e dei monti*...

No hablemos de la acumulación de cátedras. Desde que el sueldo de un profesor no alcanza siquiera para el alquiler de la casa, es consecuente, en buena lógica, que se acumulen cátedras y que se busque un puesto cualquiera además, porque el profesorado no resulta una *profesión*. Se busca un empleo y se acumulan cátedras. Y como el empleo, no más, exige sus ocho horas de trabajo diario, difícilmente quedarán horas para el profesorado. Las clases habrán de dictarse, forzosamente, con todo el carácter de *entremeses* que hoy tienen; de tal modo que los alumnos, cuando se disponen a ingerir algo, se encuentran con la mesa levantada y se quedan a puro *entremés*.

No hablemos, tampoco, de las mujeres profesoras. Sin entrar en detalles, y a fuer de galante, diré mi opinión brevemente: las mujeres, en la enseñanza, más allá del segundo grado de la escuela, son capaces de hacer una teoría frutal de cualquier cosa. En cambio, hasta el segundo grado, estoy convencido de que nadie como las mujeres puede hacerle dar mejor fruto a la teoría. En cuanto a las mujeres *universitarias*, todos los títulos

y pergaminos les sientan mal. Su universidad propia y apropiada es, solamente y exclusivamente, la del hogar, cuyo programa es tan vasto como el de las demás universidades juntas.

Y no hablemos, tampoco, de los profesores *literatos*. Cuando Rubén Darío *descubrió* a Verlaine, aparecieron unos cuantos simios echándolas de libertadores literarios, rompiendo *moldes viejos,* a palos con el clasicismo y las reglas. Con una melena cualquiera, — faltando el respeto a Guido Spano, — y unos cuantos renglones versificados *a la diabla,* — faltando el respeto al sentido común, — se consagraron *estetas* y se posesionaron de la cátedra. De toda la falange de libertadores y rompemoldes, no queda más que un montón de parafraseadores huecos, verdaderos *estetas* de la macana. Descartemos a Lugones, cuyo talento culmina no porque se haya independizado, sino porque es un talento que trabaja y estudia. Felizmente ya no reside en París, lo que es promesa de buenos libros y de buena acción nacional. Los literatos que se van a París para hacer literatura nacional nos engañan con su propio engaño, como los órganos de nuestra prensa que no se ocupan más que de los reyes y los príncipes y princesas del otro mundo, como si eso fuera periodismo. Sarmiento nunca habría escrito su "Facundo" ni sus "Recuerdos" en un "appartement" de los bulevares parisienses; como Verlaine no habría podido exprimir su absynthio poético fuera de ese ambiente. Para escribir su *Atlántida* le bastó al autor de *Arpa Perdida,* — y le fué indispensable, — contemplar el espectáculo de su tierra, — tanto en el orden moral como material, y vivir en su tierra y sufrir en su tierra.

Ya hemos visto, *experimentalmente,* que los *conferencistas* extranjeros con que pretendían desbrozar la maraña de nuestra ignorancia los *leaders* de nuestro snobismo intelectual, nos resultaron un poco pasados por agua...

Afortunadamente, vamos dando la vuelta, y se habla otra vez de Echeverría, de Alberdi, de Estrada, de López, etc. No es tarde; pero si lo fuera, nunca es tarde cuando la dicha es buena.

"Ritornare a l'antico". Volver atrás, sí, que quiere decir marchar hacia adelante. En la obra de todos los precursores y organizadores de la nación argentina está delineado el Plan de nuestra Educación Pública. Sarmiento va en la delantera. Los que pueden hacerlo deben hacerlo, hablando con Sarmiento, primero, y con los otros después; y dando al país, de una vez, el Plan que necesita.

La formación de la nacionalidad es imposible sin educación nacional y sin instrucción nacional. Por no tener educación nacional tenemos, en cambio, comicios desiertos o comicios forzados; y socialismos *sui géneris* que triunfan en la Capital de la República, insultando a nuestros mayores y substituyendo el emblema de la Patria con un trapo rojo...

V

Después de lo dicho, y deseando no ser incluídos en el numerosísimo ejército de los que hablan y escriben nada más que para criticar, — pues nos asiste el convencimiento de que la crítica negativa es tarea muy secundaria y absolutamente inferior, — proponemos el Plan de Sarmiento con las ligeras modificaciones que, a nuestro juicio, serían oportunas y de conveniencia.

Carentes de autoridad reconocida, confiamos en la autoridad del Plan, no en la nuestra. Y confiamos, también y principalmente, en la buena voluntad y el buen deseo de quienes están llamados a resolver definitivamente esta magna cuestión de la Educación Pública, a cuya solución quisiéramos poder contribuir sin más pretensiones que las muy atendibles del deber cumplido.

Plan de Sarmiento

1874	1915
Primer Año	*Primer Año*
Aritmética Práctica.	Matemáticas. — Algebra y Geometría.
Idioma Castellano.	Idioma Nacional.
Historia Sagrada y Antigua.	Historia Nacional.
Nociones Generales de Geografía.	Geografía Nacional.
	Dibujo.
Segundo Año	*Segundo Año*
Aritmética Razonada.	Matemáticas. — Algebra y Geometría.
Geometría Práctica.	
Teneduría de Libros.	Contabilidad Comercial.
Ejercicios de Composición.	
Francés.	Francés.
Inglés.	Inglés.
Historia y Geografía de América.	Historia y Geografía Nacional.
Dibujo Lineal.	Dibujo.

Tercer Año

Algebra y Trigonometría rectilínea.
Geometría Razonada.
Teneduría de Libros.
Literatura.
Francés.
Inglés.
Historia Griega y Romana.
Geografía.
Lavado de Planos.

Cuarto Año

Trigonometria Esférica y Cosmografía.
Agrimensura.
Física.
Literatura.
Latín.
Alemán.
Historia media y moderna.
Dibujo Natural.
Música.

Quinto Año

Geometría Analítica.
Física.
Química.
Filosofía.
Latín.
Alemán.
Literatura.
Historia Natural.
Revista de la Historia.
Dibujo Natural.
Música.

Sexto Año

Geometría Descriptiva.
Química.
Historia Natural.
Filosofía.
Latín.
Alemán.
Historia Nacional.
Historia Cívica.
Revista de la Historia.
Dibujo Natural.
Música.

Tercer Año

Matemáticas. — Algebra y Trigonometría rectilínea.

Contabilidad Comercial.
Física.
Francés.
Inglés.
Historia Americana.
Geografía Americana.
Dibujo.

Cuarto Año

Matemáticas. — Trig. Esférica y Cosmografía.

Física.
Química.
Latín. (1)

Historia media y moderna.
Dibujo.

(1) Deberá enseñarse el alfabeto griego y la pronunciación, previamente.

Quinto Año

Matemáticas. — Geometría Analítica.

Química.
Filosofía.
Latín.

Historia Natural.
Historia Griega y Romana.
Dibujo.

Sexto Año

Matemáticas. — (Geom. Descriptiva).
Química.
Historia Natural.
Geografía Universal.
Latín.

Instrucción Cívica.
Revista de la Historia.
Dibujo.

El Plan de las Escuelas Elementales debe ser concordante; y si la enseñanza de los idiomas vivos se hiciera en las escuelas, — *porque en la edad escolar es cuando se aprende a hablar y a escribir, más fácilmente* — el sitio de estos idiomas vivos en el Plan de los Colegios podría ser ocupado más provechosamente con la enseñanza de otras materias, por ejemplo, un curso general de agricultura, ganadería e industrias, relacionado exclusivamente con la riqueza nacional.

A. Babuglia.

NUESTRA TERCERA ENCUESTA

LA GUERRA EUROPEA Y SUS CONSECUENCIAS

A mediados del mes corriente la dirección de NOSOTROS envió a un selecto grupo de hombres de letras, universitarios y políticos de los países del Plata, sin distinción de opiniones o de creencias, la siguiente circular:

"Distinguido señor: La publicación hecha en el núm. 68 de NOSOTROS *de un artículo en que uno de nuestros colaboradores, haciendo uso de la libertad que en las páginas de esta revista no se ha negado nunca, expresaba sus sentimientos favorables a una de las dos grandes agrupaciones de países que combaten en los campos de batalla, ha provocado comentarios y movido discusiones. No ha faltado quien se adelantara hasta censurar nuestra revista, considerándola ya* embanderada, *como si no fuera ese un asunto que mereciese la unánime preocupación de todos. La gravedad del conflicto impone a todos los hombres definir perfectamente sus deberes y responsabilidades, y aun cuando no sea llegado para los argentinos el momento decisivo de las definiciones categóricas, tampoco nos parece inoportuno que, como se ha hecho en otros países, por ejemplo los neutrales Italia y Estados Unidos, se procure saber cuál concepto tienen los intelectuales acerca de la tremenda contienda.*

"Para esto NOSOTROS *abre una encuesta sobre la guerra y sus consecuencias, formulando las siguientes preguntas que dirige a un escogido núcleo de hombres de letras, universitarios y políticos:*

1.ª ¿Qué consecuencias entrevé usted para la Humanidad, como resultado de esta guerra?

2.ª ¿Qué influencia tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina?

"Como usted advertirá, distinguido señor, hemos eliminado de nuestra encuesta toda discusión, por estéril y peligrosa, sobre las causas de la guerra y sus inmediatos efectos de orden político, geográfico o dinástico. Nosotros miramos más lejos. La entera armazón social, ideológica, económica, moral y artística del siglo XIX, se desploma en estos momentos; la humanidad está en una encrucijada de la historia: ¿Qué nuevos caminos se le abren? ¿Qué saldrá de esta honda crisis? ¿Qué puede temer o esperar de ella la América?

"No se nos oculta, señor, que nadie, ni el espíritu más prodigiosamente agudo, puede predecir en estos instantes todo el porvenir; pero también creemos que es útil e interesante que los hombres de pensamiento colaboren en iluminar con sus vistas personales tantos aspectos que presenta la cuestión propuesta. En este sentido nos dirigimos a usted rogándole quiera contribuir a esta común labor de discusión y dilucidación."

A pesar de los breves días transcurridos desde el reparto de esta circular, ya han llegado a nuestra redacción numerosas respuestas, algunas de ellas interesantísimas, a las primeras de las cuales damos cabida en el presente número, prometiéndonos hacerlo en los demás y con todas las que vayan llegando, en las entregas próximas.

Del doctor Augusto Bunge

1. *La metamorfosis europea.* — Con verdadero placer he tomado nota de los hermosos términos en que la dirección de NOSOTROS plantea su encuesta, pues demuestra que tiene una clara noción de la trascendencia de esta gran guerra. Ella es más, mucho más, que el estallido del conflicto económico que se venía preparando en estos últimos lustros entre el triple acuerdo y Alemania.

La cuestión planteada con él fué la de capitalismos e imperialismos rivales; pero, para resolverla, éstos han puesto en juego todas las fuerzas materiales y morales de sus respectivos pueblos. Y sería estar ciego no ver que ese conflicto remueve tan hondamente la vida social de las naciones actoras directas en él y de las de todo el mundo civilizado, que ha hecho surgir problemas inmensamente más vastos que aquellos.

La gran cuestión al terminar la guerra — tanto más segura-

mente si, como parece probable, terminara sin victoria decisiva de uno u otro bando —, no será la de estas o aquellas líneas de frontera, o de la posesión de estas o aquellas colonias. Ella no será internacional sino *nacional,* y la misma para todos los países cultos beligerantes: será el formidable problema humano de la miseria, de la reconstrucción de las ruinas, de las necesidades del trabajo de acuerdo con una situación radicalmente subvertida. Será *la cuestión social,* planteada en su mayor agudeza, y a la vez en todos sus aspectos, políticos, económicos e *ideales.*

El principal responsable de la guerra es el capitalismo; y él es quien más sufrirá sus consecuencias. Al punto de que, si ella fuera muy larga, no sería difícil que señalara el comienzo de su rápida liquidación. Pero aunque no lo fuera, ella inicia una nueva orientación en las administraciones públicas que se habían mantenido más aferradas al anarquismo pseudoliberal; y ha puesto en libertad formidables fuerzas históricas que no podrán ser contenidas al antojo de quienes las suscitaron para sus propios fines.

Con el apogeo del capitalismo ha coincidido — como sucede siempre con todo movimiento histórico — la iniciación de un doble movimiento, entre los individuos de las clases trabajadoras y en las administraciones públicas, cuya dirección es contraria en absoluto a la del falso individualismo capitalista. Las ventajas de esta nueva orientación para el progreso material, cultural y ético de la humanidad son ya tan manifiestas, y la determina tan inexorable necesidad económica y moral, que se hace evidente están en lo justo los investigadores "fabianos" ingleses, quienes sostienen que la liquidación del capitalismo privado por medio de su absorción progresiva por la colectividad ha comenzado ya hace tiempo.

Este proceso será enormemente acelerado por la guerra, sean cuales fueren sus resultados políticos inmediatos. Tres factores concurren a ello: 1.º la crisis económica resultante de la substracción de brazos, la paralización de los intercambios y los destrozos causados; 2.º el control directo de la producción y del intercambio hecho necesario de parte de los gobiernos más cultos, no sólo por las exigencias de orden técnico de la guerra, sino también para ver de atenuar en lo posible sus consecuencias; 3.º la aparición inevitable de un nuevo estado de ánimo en la gran mayoría de los electores.

Los gastos de guerra han sido calculados por un año en un mínimo de *diez mil millones* para cada uno de los beligerantes. En salarios perdidos y en supervalía no producida, los quince millones de hombres aptos movilizados por los beligerantes y los neutrales de la Europa occidental (para Rusia no es posible calcularlo) representan un total mínimo de *cuarenta mil millones* de francos en un año [1]; y es demasiado moderado estimar en otros *veinte mil millones* lo no producido, además, por los otros efectos de la guerra. Con un año de guerra pasará, pues, de *cien mil millones de francos* el empobrecimiento de la Europa culta. ¡Y eso, sin contar las ruinas!

Al salir de la guerra, el proletariado, como clase, nada habrá perdido, porque nada tenía que perder; su fuerza será más o menos la misma que ahora, basada como está en el número y la organización. En cambio, el capitalismo estará en pleno desconcierto, pues hasta la tierra verá reducido su valor como capital. Y los nuevos impuestos necesarios para costear el servicio de la enorme deuda creada deberán recaer íntegros sobre él, pues ningún gobierno civilizado osará gravar los consumos, que estarán enormemente encarecidos. Recaerá también sobre él el déficit de todas las entradas fiscales normales, que será posiblemente mayor aún que las nuevas cargas. El impuesto sobre la renta y los capitales, especialmente sobre los más grandes, deberá ser aumentado donde ya existe hasta una proporción que no es exagerado calcular en una cuarta parte, hasta una tercera parte de la supervalía, en promedio. Y la burguesía francesa tendrá que resignarse por fin a soportar iguales gravámenes que en Inglaterra o Alemania.

El capitalismo, ya de suyo tan debilitado por la guerra, lo será pues aun más por los gastos de ella que deberá asumir; dejará de ser la fuerza omnímoda de ahora.

Frente a su decadencia, el estado se encontrará fortalecido por las enormes atribuciones que le diera la guerra y las funciones colectivistas de que lo encargara. El militarismo, cuya primera función interna y externa ha sido servir los intereses del capitalismo, ha conducido a los socialistas a los campos de batalla;

---

(1) Me baso en los datos del último censo inglés de las industrias (*Abstracts of labour statistics,* 1913) y en los salarios medios franceses y alemanes.

pero ha debido encargarse, paternal, de la obra querida por éstos.

La absorción por el estado de las grandes empresas de transporte se me presenta como inevitable; sus mismos accionistas suspirarán por la hasta ahora tan execrada expropiación. La de las minas es poco menos probable; así como de las fábricas de armamentos (por razones políticas) y los grandes astilleros. La operación sería sencilla: hacer trabajar a una imprenta en la impresión de títulos especiales de la deuda, amortizables en cuarenta a cincuenta años, y cambiarlos a los accionistas por los actuales. Se trata de empresas de rendimiento seguro, y en épocas de crisis tan sólo en manos del estado (se entiende que de un estado que sepa administrar por ser sus gobiernos cultos y honestos). Entre nosotros, donde todavía hay tantos que repiten como evangelio las sandeces y tergiversaciones de un Leroy-Beaulieu cualquiera, esto podrá parecer absurdo; pero es un hecho que puede demostrarse sin dificultad. Estos ejemplos podrían ampliarse con la situación de ciertas industrias.

Tanto más probable es tal evolución, cuanto que los gobiernos emergirán de la guerra muy diferentes en su índole moral de los actuales. Estos han hecho surgir de la profundidad de los siglos, para servir sus designios particulares, un genio más poderoso que todos los de las "Mil y una noches": *el alma de los pueblos,* que crea las multitudes unánimes, a que nada resiste. Nunca los hubo capaces de designios más conscientes que ahora en los beligerantes cultos. Si los gobernantes dispusieron de una fórmula mágica para conjurar ese genio de la historia, no la tienen para hacerlo desaparecer cuando les plazca. Las multitudes despertadas a la conciencia de sí mismas por la guerra, no se detendrán sino cuando sientan realizado su destino; porque una fuerza histórica, una vez librada, tiene una trayectoria inexorable, como toda fuerza. Y las fuerzas históricas de la hora presente se polarizan todas hacia la afirmación de la democracia en el mundo.

Ni la embriaguez del triunfo pudiera impedírselo, a no ser con una epidemia de imbecilidad universal, que me parece inconcebible. Los herederos de las formas del capitalismo privado de que esta guerra inicia la decadencia no podrán ser gobiernos más o menos oligárquicos y furtivos como *todos* los actuales, ¡sin excepción alguna! Esos gobiernos deberán someterse a la democracia, porque sólo apoyándose en ella encontrarán fuerzas suficien-

tes para la inmensa tarea de reconstrucción que les incumbirá. Los que fueran bastante ciegos para pretender oponerse a su formidable corriente serían arrollados. La democracia será quien herede...

El capitalismo "liberal" se consideraba dueño de derecho del mundo; y no ha visto en la nueva organización alemana, cuyas tendencias colectivistas son manifistas a todo el que la conozca, sino un capitalismo rival armado de mejores métodos gracias a ella. A su vez, el capitalismo germánico parece no ver en la guerra sino el estallido de esa rivalidad económica y de los particularismos nacionalistas de clase. Pero son en realidad dos siglos que han sido puestos el uno frente al otro: el siglo XIX, fundamentalmente anárquico; y el siglo XX, *el siglo de la organización.* Y aunque Alemania fuera estrangulada (lo que sería un desastre para la civilización, felizmente improbable) la organización no podría ya ser estrangulada con ella: el pasado no puede jamás prevalecer sobre el porvenir; lo que *niega* no puede jamás prevalecer sobre lo que *afirma.*

Mientras veinte millones de hombres, entre ellos los mejores de la Europa, se desangran por esa rivalidad y destruyen por ella los jardines del mundo, la fatalidad histórica — ¡la última fatalidad histórica! — hace de ellos los obreros de una edad nueva. El capitalismo, ciego de orgullo, se imagina ventilar una querella exclusiva de él y hacerla aceptar como suya a las naciones, — por haberse hecho servidores suyos los gobiernos al desencadenar sin escrúpulos este inmenso choque oceánico de pueblos. Pero los pueblos empiezan ya a tomar la querella por su cuenta. Por su cuenta la resolverán, y *a fondo.*

Es verdaderamente la crisis del siglo; el estallido de una cota que se le hacía demasiado estrecha; el comienzo de una metamorfosis de la humanidad.

Es el advenimiento, en plazo más o menos breve, de la *democracia integral.* Colectivista, porque el ideal individualista creado por el movimiento científico sólo puede afirmarse en una organización capaz de ofrecer a cada individuo las máximas oportunidades de integración personal. Colectivista, porque la democracia — la soberanía del pueblo — sólo puede actualizarse en la propiedad colectiva, ya que la base de la soberanía es la propiedad. Colectivista, porque la nueva voluntad de evitar a la cultura y a sus ideales constructivos la vergüenza y el absurdo de la destruc-

ción guerrera, supone el aniquilamiento radical de las causas de guerra: los nacionalismos excluyentes y las rivalidades de clase. La guerra actual señala su definitiva bancarrota, no sólo económica sino también moral, pues evidencia su incapacidad de servir al ideal humanista.

*

2. *La repercusión en América.* — Felicitémonos que así sea, no sólo como hombres que aspiramos a una vida superior, emancipada de la grosera y desordenada lucha materialista de que ha hecho el objetivo fundamental de la vida el capitalismo anárquico, sino también como argentinos.

Desde el punto de vista de nuestro egoísmo nacional, fuera un desastre que los gobiernos del triple acuerdo realizaran sus planes de aniquilar a Alemania para extender sobre el mundo su hegemonía indisputada de clase. No podemos esperar sino beneficios de una Francia, de una Inglaterra democratizadas de verdad: serían para nosotros únicamente la Francia de los sabios y de los poetas, la Inglaterra de los pensadores y de los *gentlemen.* Lo contrario sería si triunfaran, omnímodos, el chauvinismo y el odio, los gobiernos imperialistas ¡y el zarismo! No me propongo aludir a la cuestión política, sino a la cuestión moral y cultural que nos plantearía semejante triunfo, no de naciones, sino de *gobiernos,* de *camarillas.*

No debe haber para nosotros, como argentinos, influencia alguna predominante. Nuestro bien más sagrado debe sernos *la indómita libertad moral:* de ver con nuestros propios ojos, de pensar con nuestro propio cerebro, de sentir nuestros propios sentimientos; ¡y nada más!

Debemos resistirnos, con la mayor energía, a toda pretensión de hipnotizarnos, de aprisionar nuestras almas en el circuito de las ideas y los prejuicios de determinada nacionalidad.

Es esto justamente lo que se propone realizar cierto círculo parisién; y nos lo impondría por todos los medios si pudiera. Debemos comprender claramente que eso de la "civilización latina" es una innoble mistificación. Ella se propone servir designios egoístas, de determinados sindicatos y de una camarilla de escritores, que aspiran a monopolizar nuestro mercado, financiero e intelectual. La civilización es siempre la misma en su infinita multiplicidad. La civilización está en todas partes donde hay hombres que

trabajan, piensan y aspiran, y los une a todos en una magnífica fraternidad ideal.

Es un crimen contra ella, y una estúpida traición a nuestra argentinidad, dejarse seducir por los que pretenden cerrarnos el acceso a alguna de sus fuentes divinas. Ese intolerable snobismo que se deja narcotizar por halagos agridulces y semielogios protectores podría convertirse en el caso indicado en plaga nacional, por su influencia en la prensa diaria. ¡Felizmente no será!

Amemos en buena hora — y sepamos ser sus discípulos — a la Francia de Voltaire, de Berthelot y de Zola; pero reservemos nuestra libertad de amar y de escuchar también a la Alemania de Goethe, Kant, Wágner y Marx. Reservemos, como Molière, nuestra libertad de coger nuestro bien allí donde lo encontremos, en París o en Berlín, en el Japón o en Zululandia. Y despreciemos con santo desprecio esa puerilidad viciosa que se traga con enternecedor eclecticismo de avestruz todo lo que viene de París, porque tiene el brillo de París, y se rehusa en cambio a todo lo demás — a no ser que París lo contramarque; y entonces, ya es admirable, o más bien dicho, subadmirable.

Espero que la guerra nos librará de esos miñones de París (de quienes París suele burlarse) que conspiran por vanidad personal contra lo mejor de nuestra independencia, y no sólo en la Argentina sino en toda Hispanoamérica. Sus consecuencias económico-sociales confirmarán también esa independencia en el terreno político.

Se hace cada día más evidente que nuestras actividades económicas y nuestra política social no son gobernadas desde la casa rosada sino desde Londres, sede de los sindicatos a que está entregada la vida económica del país. La liquidación de la guerra absorberá los capitales europeos durante varios lustros, y no aumentaremos nuestro capital nacional sino con los excedentes que sepamos hacer dar al intercambio de productos y los nuevos valores que sepamos crear nosotros mismos.

La necesidad de no contar sino con nosotros será reforzada por la prolongada disminución de la corriente inmigratoria, cuyos brazos, después de una posible crisis emigratoria breve, se necesitarán en Europa y serán retenidos en ella por la suba inevitable de los salarios.

Los salarios subirán por tanto también entre nosotros, aumentando en proporción la capacidad de compra del pueblo, el bien-

estar general y el comercio interior; el cual, *y no el exterior,* es la base de la verdadera prosperidad. La corriente del bienestar llegará hasta las provincias del norte andino, para cuyos obreros serán los salarios que hasta ahora se llevaba a Europa la inmigración "golondrina", que así fructificarán en el país.

Las organizaciones obreras, prácticamente imposibles hasta ahora porque el exceso de inmigración hacía de nuestra masa obrera arenas movedizas que el viento acumula hoy aquí y mañana allí, podrán consolidarse, iniciando la fecunda actividad social que tanto ha hecho por el bienestar del pueblo y por el progreso democrático en Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, Australia, etc.

Y, *last but not least,* la disminución de los inmigrantes agricultores obligará a nuestros señores terratenientes a ser más considerados con los chacareros. Los arrendamientos no volverán a subir y los contratos serán por más largo tiempo. Cada terrateniente tratará de arraigar a sus arrendatarios; y tenderá a desaparecer esa paradoja que es causa del estancamiento de nuestra producción agrícola en el último decenio: la agricultura nómade.

La inmigración es muy buena en principio, pero en nuestro estado de anarquía económico-social, ya no podíamos absorber más inmigrantes sin grave perjuicio de los ya establecidos en el país, pues los viejos moldes en que nos empecinamos no dan cabida para más. Comenzará entonces, quizá, para atraer más productores, una verdadera política de colonización como la que está dando tan buenos resultados en Australia, por más que quieran hacer creer lo contrario quienes no se toman el trabajo de verificar sus estadísticas.

Pero más trascendental aún será el cambio de política fiscal que impondrá a nuestros gobiernos la situación económica y la voluntad del pueblo, aleccionado cada vez más por la experiencia. El período de transición en que ahora nos encontramos durará bastante tiempo todavía; el déficit de los impuestos a los consumos tenderá a hacerse crónico; y los gobiernos tendrán que optar entre la bancarrota o repartir más equitativamente las bases del impuesto, gravando la renta del suelo y aun la renta en general y desgravando los consumos de necesidad. No es improbable haya gobiernos que prefieran lo primero a tocar el sacrosanto latifundio: ¡ay de ellos entonces!

Toda la nación concluirá por comprender que la política no se hace con frases, nombres de personas o chanchullos, sino con *realidades;* que en un país civilizado la política tiene siempre un apellido: política *educacional,* política *fiscal,* política de *colonización,* política *social,* etc. Y nuestros grandes problemas nacionales, de cuya solución depende todo nuestro porvenir *(nuestra independencia),* son la cultura, la salud, el bienestar del pueblo, y el desierto.

Hay más todavía: la brutalidad sin escrúpulos que han puesto de manifiesto los diferentes imperialismos es una doble lección histórica tan formidable que, si las naciones sudamericanas no fueran capaces de comprenderla, no merecerían ser independientes —y posiblemente dejarían de serlo a la larga.

Se hará evidente la conveniencia de retirar los grandes monopolios de las manos extranjeras que por su intermedio nos gobiernan. Reclamará un enorme esfuerzo económico, y más todavía moral, pues son desalentadores los obstáculos políticos que a ello se oponen: la incapacidad administrativa de nuestros gobiernos, la propaganda de tergiversaciones de la prensa servidora de los intereses creados. Pero la incapacidad administrativa es en suma expresión de *deshonestidad;* un gobierno políticamente honesto no tarda en hacerse un administrador capaz, porque renuncia al favoritismo politiquero, busca la idoneidad y evita los gastos improductivos.

La segunda lección es la necesidad de una confederación americana, en defensa de la independencia de todas nuestras naciones y para prevenir todo conflicto armado entre ellas. Para realizar el primer objeto, el tribunal federal tendría que hacer efectiva para todos los estados la *responsabilidad* que acompaña ineludiblemente a la libertad. El derecho a la independencia de una nación tiene hoy por corolario, —y lo tendrá cada día más manifiesto—, el deber de mostrarse digna de ella. La federación americana no podría ser responsable de la independencia de cada estado sin serlo a la vez de los deberes que confía implícitamente la civilización a cada uno de ellos.

Las dificultades de este programa son enormes, pero infinitamente menores que las de la confederación europea, que los efectos de la guerra plantearán, sin embargo, total o parcial, en un plazo más o menos breve o largo, según fueren sus consecuencias políticas inmediatas.

Ese problema no es internacional sino *nacional*. El principio del arbitraje obligatorio no es aplicable sino en la forma propuesta por algunos escritores ingleses y norteamericanos: sobre la base del desarme y de una fuerza de "policía internacional" a las órdenes del tribunal permanente. Pero el corolario obligado del desarme es la jurisdicción del tribunal en *todas* las cuestiones que pudieran surgir entre los estados; y las más graves de éstas son justamente las que más comprometen la soberanía interna. El arbitraje y el desarme no son por tanto posibles sino por medio de la federación. Ahora bien: no hay fórmula federativa capaz de satisfacer las quisquillosidades nacionalistas; y todas esas fórmulas son incompatibles con los sueños secretos o confesados de predominio opresor. La renuncia a unas y otros sólo es posible con el advenimiento en cada estado de la verdadera democracia — la democracia integral — que implanta el único nacionalismo y el único imperialismo dignos del nombre de civilizados: el *nacionalismo y el imperialismo culturales,* basados en la libre competencia y la reciprocidad de todas las patrias; es decir, el internacionalismo bien entendido. He ahí por qué el problema de la paz internacional es esencialmente nacional.

Las repercusiones de la guerra entre nosotros contribuyen todas a acelerar nuestra evolución hacia la democracia integral. Distamos ahora, en lo político-social, cerca de un siglo de los países europeos más cultos; y hay partes de América distanciadas de ellos dos a tres siglos. Es de esperar que esa distancia será considerablemente acortada en la próxima década, al menos entre nosotros. Nos pondremos así en condiciones de ser eficaces agentes de la indispensable confederación americana. Esta no podría ser, como no lo ha sido hasta ahora ninguna consolidación federativa, una obra arquitectónica, creada en todas sus partes de acuerdo con un plan determinado, sino un proceso *dinámico,* de gravitación en torno de los núcleos de más poder y cultura [1]; es decir, función de la hegemonía de los Estados Unidos, secundados por el Brasil y la Argentina. Una federación puramente sudamericana me parece imposible, por insuficiencia de gravitación. Como esa hegemonía sería puramente cultural, basada en el ideal democrático y no en los apetitos plutocráticos, quedaría suprimido el peligro actual del imperialismo de los

(1) Recordemos para ejemplo nuestra historia nacional.

trusts. Nuestra independencia política y moral quedaría intacta, y asegurada contra todas las insidias imperialistas, tanto las que se disfrazan de "cultura" como las que se disfrazan de "confraternidad de raza" o de "solidaridad democrática". (¡Oh dulce hipocresía!).

La metamorfosis de la humanidad que se inicia ahora en Europa continuará así en nuestra América, por medio de un proceso análogo de renovación nacional que tenderá a dar bases enteramente nuevas a las relaciones de los estados entre ellos y a las de los individuos dentro de cada estado, y nos incorporará resueltamente al movimiento cultural del siglo.

*

3. *Conclusión.* — El individualismo groseramente materialista y agresivo será substituído gradualmente en todo el mundo occidental por el individualismo *idealista* y *solidarista*. La guerra despertará del todo nuestra conciencia histórica. En vez de dejarnos llevar por la fatalidad, nos haremos dueños de ella. Se acerca la hora en que exoneraremos a la Providencia por incapaz y nosotros mismos nos encargaremos de regir nuestro destino.

Estas convulsiones son las de la humanidad inorgánica que se muere, porque no puede ya soportar el peso de la civilización, poderosa pero incongruente, que ha creado. La nueva humanidad orgánica se encargará de hacer de ella el sobrehumano instrumento de un nuevo devenir inmenso.

Este siglo figurará en la historia como el más grande desde aquel legendario en que Prometeo robó a los dioses el fuego del cielo. Ahora, Prometeo rompe por fin sus cadenas, estrangula al buitre y arroja del Olimpo peñas abajo a los dioses envidiosos. Y a sus pequeñas tiranías suplanta el libre reinado de los titanes.

Del doctor Luis R. Gondra

Distinguidos señores: Acuso recibo de la circular de NOSOTROS. Pregúntanme ustedes: *a)* Qué consecuencias entreveo para la humanidad, como resultado de esta guerra; *b)* Qué influencia tendrán los acontecimientos actuales, en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina.

Contesto:

Porque soy precisamente profesor de historia y trato de subordinarme al rigor de sus métodos, no puedo adivinar cuáles serán las consecuencias e influencias que se indican. Cuando haya terminado la guerra, podremos analizar sus primeros resultados, de la manera más satisfactoria que nos sea posible, y con tiempo sobrado para conformarmos a ellos. Llegaremos así a un primer grupo de conclusiones, sobre cuya base asentarán las primeras conjeturas. Vendrán luego nuevos datos o nuevas maneras de ver sobre los que ya tengamos, y con ellos, otras conjeturas que reemplazarán a las antiguas, y así hasta lo infinito. He aquí lo único posible y lícito a la mente humana.

Los fenómenos sociales no forman trayectoria o parábola susceptible de previsión mediante cálculo matemático. Antes se prestan al cálculo alegre de los estadistas de profesión, y de cierta casta de intelectuales en duro trance de gloria. Ustedes mismos se anticipan, en cierto modo, a reconocerlo así, al afirmar que "ni el espíritu más prodigiosamente agudo, puede predecir en estos instantes todo el porvenir".

Los hombres van tejiendo su historia y penetrando incesantemente en lo desconocido. Infinito es el número de factores que pueden influir sobre sus actos, trastornando sus ideas y proyectos; e infinito el número de combinaciones posibles de aquellos factores. Por esto la previsión humana es negativa y casi nula. Cuando pensamos por anticipado en las consecuencias eventuales de un hecho, sólo podemos afirmar, con ciertas reservas, y con la base de menguada experiencia histórica, que esta o aquella consecuencia no ha de ocurrir; lo cual no implica de ningún modo la posibilidad de prever cuáles serán las que ocurran. No es, en verdad, el caso del astrónomo, cuando anuncia un eclipse o el paso de un cometa. De él puede decirse paradójicamente que adivina lo pasado.

Mas no haya temor; pues así como al llegar los primeros fríos, cambiamos nuestras ropas livianas por otras más gruesas y abrigadas, por igual manera los países americanos se acomodarán de la mejor manera posible a las circunstancias de la nueva ordenación social y política que surja de la guerra, pese a los estadistas que la marea humana haya llevado a la superficie en el momento oportuno. Y aun arriesgo a pensar que la previsión y los proyectos de los estadistas, me causan un poco de pavor; y que, por ello, prefiero que no tengan iniciativas.

Del señor Juan Más y Pí

Lamento que la dirección de NOSOTROS haya dispuesto eliminar, por *estéril y peligrosa,* "toda discusión sobre las causas de la guerra y sus inmediatos efectos de orden político, geográfico o dinástico" y que haya querido ver demasiado lejos. Hombres somos y vivimos una época tormentosa en que la palabra *peligro* dentro de poco carecerá de sentido. Un año atrás podían haberse hecho consideraciones de esa índole; pero, hoy no caben ante la trágica realidad de las cosas que, por medio del peligro, han dado un valor definitivo a la vida. Tampoco sería estéril estudiar las causas y los efectos que esa dirección rechaza, puesto que en eso consiste precisamente la explicación que se nos pide.

Indudablemente, al apartar todo motivo de discusión, se ha querido proceder con criterio de neutralidad. Pero, aquí cabe una pregunta, a mi entender, decisiva: ¿es posible la neutralidad? ¿es posible que en esta inmensa perturbación de conciencias, en esta terrible subversión de todos los valores, haya quien pueda mantenerse aislado e indiferente, es decir, neutral, despreocupándose por el triunfo de unos o de otros? Yo entiendo que no. Y, por creerlo así, me hubiera complacido más esta encuesta si concretando de una manera sencilla se hubieran limitado las preguntas a una sola: —*¿Hacia quién van sus simpatías?*

Se trata de definir y no de complicar. Nada pueden importarnos los futuros destinos de la humanidad ante una conflagración que perturba nuestro vivir cotidiano y hace que aquí, en Buenos Aires, capital de un país "esencialmente agrícola y ganadero", paguemos la carne y el pan tan caros como en Berlín o en Viena. Más allá de esta lucha, claro está, se definirán las futuras orientaciones de la humanidad, porque un hecho tan grande no se puede circunscribir a nuestro radio de acción y todo trasciende, rebosando la vida sobre sí misma. Pero, lo interesante, *ahora,* en este momento en que vivimos, en cuanto hombres que somos, consiste en poner nuestra fuerza, moral o material, en brazos o en simpatía, del lado de donde nos parece venir la justicia.

La neutralidad es la excusa de los cobardes o el interés de los sospechosos. Neutral equivale a necróforo; vive de la muerte de los demás...

Pláceme que haya sido un artículo mío el que ha dado lugar a

esta encuesta. Y lo categórico de mis palabras me eximiría de tomar parte en ella, de no creer que conviene definir algo que en aquel artículo no se explicó suficientemente: *Por qué no debemos ser neutrales.*

Ante todo, sinteticemos. Sinteticemos aunque sea faltando a las disposiciones de rigurosa neutralidad. Ya que no podamos predecir lo futuro, atengámonos a lo presente más inmediato.

¿Qué se discute en esta guerra? Alguien dice que el predominio del mundo; pero, como eso es todavía demasiado vago, sinteticemos más. Sinteticemos hasta llegar a la esencia misma, dejando a un lado toda divagación *peligrosa.* ¿Qué encontramos?

En el centro de Europa, un pueblo disciplinado, fuerte, laborioso, maravilla de voluntad y de fe en sí mismo; que ha dado al mundo el ejemplo más alto de energía, construyendo un imperio realmente Kolosal en cuarenta años. Negar esto fuera negar la evidencia. No lo haremos. Alemania ofrece un espectáculo único en la historia. Pero, como esa fuerza no se alcanza porque sí, sino que adquiere un valor expansivo, llega a hacerse temible. País joven, con todos los defectos de lo que crece con excesiva rapidez, ha sintetizado todos sus sentimientos en una sola frase: *Deutschland über alles!... Sobre todos!,* pero *sobre* quiere decir casi siempre *contra,* por lo tanto *Alemania contra todos!* Su propósito de hegemonía universal no lo han ocultado nunca: el mundo tiene que ser alemán o soportará las consecuencias de su rebeldía. Para ello hay que aplastar el eslavismo, matar a Francia, ahogar a Inglaterra, dominar, dominar a todos... *¡Uber alles!* ¿Por qué? Sencillamente, porque su temperamento les ha permitido ser disciplinados y la disciplina les ha hecho fuertes y les ha dado la riqueza, esa riqueza que se consigue con la paciente laboriosidad constructiva propia de los castores y de las hormigas.

¿Lo reprobaremos? No. Respetamos el afán de engrandecimiento patrio que inspira a los alemanes, siempre que ese engrandecimiento no se haga a costa nuestra. Hagan su patria como quieran; pero, "que no nos quiten el sol", que nos dejen vivir, que su "Deutsch" respete todas las otras landas, que lo Kolosal de su grandeza no aplaste nuestra pequeñez.

"El mundo para Alemania" gritan los Treistschke, los Bernhardi, los 93 del "Es ist nicht whar", desmentido que es a su vez una falsedad... "El mundo para todos", responden las na-

ciones aliadas: para Francia, para Inglaterra, para Rusia, para la pequeña Bélgica, para todos, para la misma Alemania también, que no es ella culpable de los errores y crímenes de sus gobernantes, aunque a su debido tiempo tendremos que calcular el grado de culpabilidad que hay en toda obediencia ciega.

Se trata, por lo tanto, de una guerra ofensiva por parte de Alemania y defensiva por parte de las demás naciones. Ofensiva y defensiva en términos muy vastos, no únicamente en la estrechez de los tecnicismos militares. Así, pues, por definición, simpatizar con Alemania es ir contra la vida de los que anhelan vivir su independencia, y yo, celoso de mi autonomía, considero como agresión personal todo aquello que responda al *Uber alles* germánico, desafío lanzado al mundo y que el mundo ha aceptado, sencillamente, serenamente, aun sin estar preparado para ello, como el honesto ciudadano que ante la ofensa injuriosa del matón de oficio, adiestrado en armas y siempre listo para la agresión, no vacila en arremeter para poner a salvo su dignidad presente y futura...

Deslindemos campos. Tiene razón NOSOTROS: "La humanidad está en una encrucijada de la historia". De ella sólo saldremos si podemos definirnos. Es preciso que sepamos quien es éste que pasa por nuestro lado y qué confianza puede merecernos el vecino. ¿Justifica usted que los tratados sean simples pedazos de papel? Señor comerciante: no tendrá utsed crédito en los bancos, pues con la misma razón faltará usted a sus compromisos! ¿Aplaude usted el bombardeo de ciudades indefensas y la muerte de no combatientes? Señor profesor: es usted indigno de educar a *nuestros* hijos! ¿Cree usted que el espionaje es una virtud? Amigo mío hasta ayer: no puedo recibirle en mi hogar, donde quién sabe qué traiciones me prepararía!

Hay que definirse, porque esta guerra es ya de por sí una definición. Y no se nos venga con Kant, con Goethe, con Schiller, porque no son éstos los que hacen la guerra. Nada tienen que ver los hombres de lo pasado con los actos de hoy. Nosotros no hablamos de Pascal ni de Shakespeare, de Racine ni de Newton, sino de los *hombres* de hoy, de los *procedimientos* de hoy, de lo actual y de lo nuestro. No enmascaramos actitudes propias con sombras de antepasados. Somos sinceros: decimos Bergson contra Eucken, Quinton contra Haeckel. Combatimos con armas visibles. Dejemos a los muertos en paz y tengamos el pudor de no remover sus gloriosas cenizas...

Toda guerra cambia fronteras, materiales a veces, morales siempre. Hay que colocarse a un lado o a otro, sin términos medios, sin vacilaciones. El vacilante puede ser un "embusqué" y hoy no se admiten cobardías que puedan dar lugar a traiciones.

¿Consecuencias para la humanidad? El fin de esa mentira de lo Kolosal, *bluff* de un pueblo cuyo crecimiento se ha hecho a expensas de cosas más fundamentales. (Ese latinizado Nietzsche lo ha demostrado).

¿Influencia para América y para la Argentina? Encauzamiento de las ideas en el sentido de la raza, perdiéndose los esnobismos peligrosos de lo metodizado en normas ajenas.

Pero... eso es divagar. Lo esencial, HOY, es definir la posición de cada hombre, para que la guerra llegue a lo más hondo de todos los espíritus y lo que haya de caer caiga.

Sinceridad, esto es lo necesario... (1)

---

(1) Nuestro distinguido colaborador hubiera deseado que preguntáramos: *¿Hacia quién van sus simpatías?* ¿es usted germanófilo o francófilo? ¿blanco o negro? No hemos creído oportuno preguntarlo de ese modo, pues pocas personas, puestas así con tal pregunta a quemarropa, entre la espada y la pared, nos hubieran contestado. En cambio todos se definen al disertar sobre las consecuencias de la guerra — como es lógico que así sea y ha de advertirlo nuestro colaborador —; se definen precisamente porque se les da tiempo y lugar para hacerlo, sin agarrarlos por el pecho. Insistimos en que es estéril la discusión acerca de las causas inmediatas de la guerra. Todos hemos leído los varios libros blanco, azul o rojo. ¿Y bien? ¿Qué queda por decir? Sobre el origen inmediato de la conflagración nadie disiente: fué el *ultimátum* de Austria a Servia. ¿Y luego? ¿Pudo el señor Sazonoff evitar la guerra? ¿la quiso Edward Grey, fingiendo no quererla? ¿la culpa es entera del Kaiser? ¿Qué se podria agregar a las montañas de papel que se han escrito al respecto? En cuanto a las consecuencias inmediatas de orden geográfico y dinástico, pretender establecerlas nos parece una vana tarea de desocupados. Dibujos sobre el mapa, fantasías de geógrafos políticos diletantes... ¿Y predeciremos entonces las consecuencias lejanas de la guerra? No, claro está, ni lo hemos pretendido. Sólo hemos solicitado puntos de vista sobre el presente para iluminar algún aspecto del futuro, Es interesante conocer por estos puntos de vista cuál es el espíritu de los intelectuales argentinos frente a la guerra, cuáles son sus simpatías, cuáles sus aspiraciones; tendrá un importante valor documentario en el futuro, recorrer estas páginas de Nosotros y observar cuán mucho o cuán poco acertaron los contemporáneos de un tan grande acontecimiento histórico, sobre sus repercusiones sociales.

El señor Mas y Pí nos reprocha nuestra neutralidad, que confunde con la indiferencia. Si por ser neutrales entiende el no militar violenta y exclusivamente al lado de los germanos o de los aliados, el no jurar ni por los sagrados principios del 89 ni por el tan fatigado *Uber Alles*, sí lo somos; pero indiferentes no! Nosotros definió claramente su pensamiento frente a un tan complejo fenómeno social como es esta guerra, en el número de Agosto, y dijo entonces entre otras cosas: "¿a qué indignarse

Del señor Guido Anatolio Cartey

I. — Convencido de que en la actual guerra se hallan en pugna dos principios realmente antitéticos, opino que la victoria de los imperios centrales depararía a la humanidad épocas tenebrosas, pues significaría el triunfo de los ideales guerreros y de la fuerza brutal sobre los anhelos democráticos de los pueblos y las conquistas más hermosas del derecho; el de la teoría teocrática del gobierno y de una civilización pesada, aplastadora, seca, esquemática y rastrera, impuesta al mundo por el hierro y por el fuego y carente de los factores ideales, sentimentales y morales que forman la base de la solidaridad humana; la impunidad para crímenes nefandos como el aplastar "porque sí" a las nacionalidades pequeñas y cultas y el comienzo de una nueva era de armamentos y guerras con los consiguientes y fatales estallidos de la bestialidad humana.

En cambio, el triunfo de las naciones liberales y pacifistas como Inglaterra, Francia y Bélgica, libres ya de las asechanzas de un enemigo formidable y ferozmente egoísta, aseguraría al mundo largas épocas de labor pacífica y fecunda, progreso democrático y desarrollo espiritual; y apresuraría el advenimiento de los Estados Unidos de Europa, cuyos pueblos, sacudida la capa de acero del militarismo, consagrarán todas las energías de que dispongan al cultivo y desarrollo de sus valores morales y estéticos al margen del trabajo y de la cooperación colectiva.

II. — De realizarse la primera hipótesis, los países americanos veríanse obligados a tener hondas preocupaciones acerca de su integridad territorial y del posible menoscabo de sus aspiraciones nacionales y continentales. En el caso contrario, las más favorables circunstancias se les presentarían para acercarse más y más

---

contra el zar o contra el kaiser, trágicos juguetes en manos del destino? ¿Quién puede lanzar la responsabilidad sobre alguien? La responsabilidad habría que buscarla en el seno de los siglos y en la baja condición del hombre, que a este duro paso nos han traído ¿A qué desear el triunfo de esta o de aquella nación, si ninguna puede legítimamente arrogarse el derecho de ser la única civilizada y la única fecunda de porvenir, y menos en estos momentos? Formulemos votos por la suerte de la Humanidad; deseemos que, ya sea del agotamiento de todos los combatientes, ya sea de la realización de una más grande Alemania o una más grande Francia, o una más grande Inglaterra, salga la Humanidad más libre y más feliz, tanto como su condición inferior se lo consienta". — N. DE LA D.

a sus espléndidos destinos. Sea como fuere, los acontecimientos actuales influirán poderosamente en la evolución de los países americanos, obligándoles a establecer mayor solidaridad continental y a revisar sus derroteros mentales, para la mejor afirmación del pensamiento y del derecho americanos, diferentes, si bien no opuestos, a los europeos, y basados en la paz, el arbitraje, el trabajo, la solidaridad de todos los hombres y los ideales morales considerados como poderosos factores de civilización.

Del señor Julio Molina y Vedia

Asistimos al principio de la crisis por la cual la Sociedad arrojará su vieja caparazón militarista y despótica. No se trata del simple choque de estados y ejércitos, sino del más terrible duelo entre el Pasado y el Futuro.

El Kaiser (la Alemania militar) creyó que sólo había de combatir contra lo que se llama ejércitos. Para batir al francés invade por Bélgica, sin calcular que despertaba ocho millones más de hombres; la ocupa, y sus tropas victoriosas se lanzan hacia París. El Kaiser no sospechaba entonces, lo que nosotros sabíamos desde el primer día, que aun tomada y arrasada la capital de Francia, nadie pediría la paz. Y, en efecto, con trasladarse a Burdeos el gobierno francés así lo significó. La ola invasora pierde su primer ímpetu, cuanto más grande la zona de país enemigo en que se derrama, mientras su adversario, menos ágil, despliega una resistencia creciente que es primero equilibrio y después barrida.

Cuando, por fin, los restos del ejército germánico tengan que abrirse retirada rompiendo con furia el círculo de sus enemigos, al hallarse de regreso en el suelo alemán, estallará la revolución en el Imperio, se organizará un gobierno democrático que, mientras prosiga la lucha contra las tropas de los aliados, hará su llamado a los pueblos. Los pueblos de toda Europa, incluso los que permanecieron neutrales, se rebelarán contra sus gobiernos, y conforme a los nuevos ideales, después de años de tragedia, establecerán la confederación de Europa, cerrando el ciclo guerrero de la historia de occidente. Las líneas del mapa, en cuanto a su posición, no habrán sufrido más que leves modificaciones, y éstas, por voluntad de los pueblos interesados.

Todas las patrias experimentarán el arrepentimiento de la violencia y de la sangre derramada. Los pueblos, bien avisados por

la prueba sufrida, comprenderán que su principal problema es suprimir la guerra, que no existe otro progreso humano que el del Amor, ni lucha fecunda ni victoria real más que la del Amor sobre el Odio. Supongo la humanidad madura para tal resultado. Se mantiene en la vieja corriente de estupidez y materialismo por una especie de hipnosis, hasta que la experiencia de la gran realidad le abra los ojos.

Los que contemplan el horrible choque, creen necesario y fácil opinar que de un lado hay un pueblo perverso o corrompido, y del otro uno más digno o más valiente, o más justo, y conforme a simpatías y a razones siempre discutibles y arbitrarias se pronuncian en favor o en contra de una u otra nación, o cultura, como ahora se dice. Eso no es inteligencia; como no sería yo inteligente si por reverencia a un hombre o mujer, y sentirlo perfecto, afirmara ante el mundo entero que realmente así es y que son ciegos los que no lo reconocen. El más elemental buen sentido nos dice que nadie, con razón justa, puede afirmar superioridad o inferioridad global de una nación europea sobre la otra. Hemos de admitir, como cuando se trata de individuos estimables, que su respectiva suma de vicios y virtudes es equivalente; pues, aunque es natural una desigual simpatía y aprecio, no existe metro para las cantidades. Yo no creo fácilmente que un hombre sea mejor o peor que otro, pero puedo opinar con alguna soltura sobre la conducta distinta de dos sujetos en un caso dado. Uno va por la derecha, otro por la siniestra; pero, cuál de los dos es justo, es otro problema. Hoy el gobierno alemán es el agresor — y toda guerra ofensiva es criminal — hoy Alemania es criminal; pero Francia lo fué ayer o lo será mañana.

Ya no había el odio o rivalidad de razas capaz de producir guerra; está claro que la inmensa masa llevada a las líneas de combate ha ido, contra su natural pacífico, obedeciendo al Destino; y solamente por el ardor y el contagio de la pelea pudo tornarse desalmada y feroz. El choque de naciones ha sido dispuesto por los gobiernos y los ejércitos permanentes, que si no fueron creados fueron consentidos por los pueblos. Perdura la rivalidad y el orgullo de los gobiernos y la codicia criminal de los grandes mercaderes. Ellos, los poderosos, preparan y consuman el crimen, y sus respectivos pueblos cooperan obedientes como viejos cómplices que en la hora suprema no pueden eludir sus compromisos.

El mal que revienta, es siempre el mal que estuvo en gestación; y el crimen actual no es más que la madurez de los pasados crímenes. La vida de todos los pueblos de la Tierra, ha sido una vida de estupidez y de pecado; cada día el mismo egoísmo, cada día la misma negación. Todo lo que hacemos diariamente es falso; oscilamos de la idolatría a la inercia; tenemos por honra y afán lo vergonzoso: el poder usurpado y tiránico y el oro del comerciante, o, si rechazamos tímidamente tales cosas, nos falta coraje para reemplazarlas.

Una paz que perfecciona instrumentos de destrucción y organiza ejércitos cada vez más grandes, no es paz, sino preparación de guerra. La paz conocida fué siempre guerra encubierta. En los campos de batalla se define la verdadera batalla que es de sentimientos contra sentimientos. El conflicto entre el derecho y la fuerza, como si el primero fuera espiritual y la segunda de orden físico, es una concepción infantil digna de lástima. No existe fuerza alguna que no sea espiritual. Si Alemania construyó una máquina de guerra más poderosa y una industria más económica y científica, tales fuerzas materiales son la exacta expresión y medida de los sentimientos alemanes correspondientes. El aeroplano es una de las formas del deseo de volar o salvar distancias en su grado presente, como un puente es el deseo de atravesar un río, y toda la ciencia es el deseo de gobernar la materia en el grado y forma alcanzados.

No sabrá leer la historia de los hechos quien no sepa reducirla a la historia de las ideas. Lo material y las circunstancias, no son causas sino signos. Lo que nos rodea, es la imagen de lo que somos; hemos creado todas las circunstancias. Un cañón es un pensamiento de prepotencia o de miedo. Son siempre los sentimientos los que crean las cosas. La historia del mundo es la historia de la guerra. Pero el conflicto real es siempre entre los buenos y los malos pensamientos; y vuestra "fuerza bruta" no es mineral sino viva y humana, creada por los malos pensamientos. Entonces, cuando se tiembla ante la fuerza material y se llora por el derecho, lo que hay en el fondo, es la duda de que el Diablo podrá vencer a Dios. Pero, quien teme el poder del Diablo, no llore como cocodrilo, mírese a sí mismo; se hallará mucho de demonio. En ausencia de Dios... demonio contra demonio. Entre tanto la luz enseña que la prevalencia y el triunfo real es el de lo Mejor. El pensamiento más elevado es el que pone

de su parte u organiza la mayor fuerza. Hubo siempre dolor y desesperación; nunca desgracia.

¿La causa de esta guerra? — la Civilización, la Sociedad basada en el egoísmo y la soberbia.

¿Su consecuencia? — el Arrepentimiento y la Enmienda, que rechazará y resolverá esta enfermedad de la raza humana tan celebrada con el nombre de Civilización.

América, como siempre, recogerá en el acto la sabiduría de su madre Europa.

Del señor Ernesto Mario Barreda

Estimados amigos: Haciendo aparte algunas consideraciones que me sugiere el *memorándum,* voy a referirme exclusivamente a las preguntas de la encuesta, modificando mi intención primitiva. Sin pretensiones sibilinas, yo creo que esta guerra ha de traer, ante todo, el derrumbamiento de las dinastías absolutas. Por eso espero que las complicaciones del futuro, resultarán de grandes beneficios para la libertad. El pueblo, a quien se deslumbra ahora con multicolores remiendos étnicos, ha de volver por un concepto más amplio y más profundo de la humanidad. Su dolor, delante de su ruina, ha de afirmar esos lazos solidarios que se traducen hoy mismo de trinchera a trinchera, entre soldados y soldados, haciendo concebir la esperanza de que si aún produce chispas el corazón del hombre, puede mañana encenderse en un noble fuego que dé calor y dé luz. Con la bancarrota de la autocracia, se producirá también la del militarismo, que siempre ha sido su complemento, pues a una gran suma de poder es indudable que respondiera una gran suma de obediencia. La casta militar, inútil y parasitaria, encarnación de los valores más negativos y peligrosos, quedará reducida a los modestos límites de una fuerza de gendarmería encargada de guardar el orden rural. El capitalismo, en sus maniobras de expansión industrial, perderá ese funesto sello de conquista a base de cetro y de sable, que la acción germana le iba imprimiendo, pues el hondo sentido democrático de la raza inglesa, tan decisivo en los Estados Unidos, no ha de estimular en esta nación, creemos, la pretensión de convertirse en la Alemania de América.

Confío en la victoria de Francia y de Inglaterra, con lo que el mundo sólo puede ganar, porque son los dos grandes pueblos que

han creado en el hombre el sentimiento del derecho y de la libertad.

En cuanto al espíritu religioso, pasará por su más honda crisis de desprestigio, y hasta el mismo Kaiser parece comprenderlo así, más reservado hoy día en sus relaciones con el Todopoderoso. El cristianismo, en sus diversas sectas, habrá demostrado con esta guerra que carece de toda alta finalidad humana.

No hablaré de la influencia que en el arte puedan tener estos acontecimientos, porque siendo la fuente más pura ofrecida a la sed humana a través de los siglos, seguirá fiel a su eterna misión que es, ante todo y sobre todo, producir belleza. Tal vez se origine en Alemania — y vaya a guisa de suposición — un gran movimiento literario, como en Francia después del setenta...

*

Yo creo que la República Argentina ha llegado a uno de esos momentos de desarrollo, semejantes a los del hombre cuando se encuentra a sí mismo. Confío en su democracia. Creo que cada día los destinos de la patria dependerán más y más de nuestra evolución. Por eso los acontecimientos europeos, sólo harán activar en ella su labor por el triunfo de ideas que salven a nuestra colectividad de calamidades parecidas. Pero el rumbo ya está trazado.

Hoy que el militarismo junto con la teocracia prenden fuego a la Europa y, eternos enemigos del espíritu humano, tumban a golpes de explosivos la obra de la civilización, señalemos entre nosotros el peligro de esa caricatura prusiana, que nutrida en tan peligrosas fuentes, viene a corromper a nuestra juventud con su paso de oca y su barbarie de cuartel. El militarismo argentino, que tiene ya estudiadas sus campañas contra el Brasil y Chile, tal vez con un costoso servicio de espionaje montado a la alta escuela de Potsdam, no perdería oportunidad, el día que se sintiera fuerte, para embestir contra cualquiera o contra los dos. Y la iglesia bendeciría las armas que iban a asesinar. Nada más depresivo que esa multitud de conscriptos arrodillados en misas de ordenanza, con el fusil en unas manos que el arado, el libro o el instrumento harían tan honradas.

Pero el fracaso del ejército alemán de las grandes masas disciplinadas y obedientes, ha demostrado la debilidad de tales or-

ganizaciones. Es una elocuente advertencia que ha de abrir camino entre nosotros para liquidar de una vez esa casta holgazana y ensoberbecida, que no trepidaría en enzarzarnos en una guerra, aunque se aniquilaran todas nuestras conquistas en el terreno del trabajo. Confío también en que la marina se ha de orientar por fin en las rutas de las empresas pacíficas, creando su flota de comercio, de que tanto ha menester en la hora presente, y limitará por lo menos sus mastodónticas embarcaciones, con las que ya se empiezan a buscar rencillas al vecino, por tres islotes estériles. Pero el pueblo ha recibido la farsa con una frialdad que ha desanimado a los cómicos...

La actitud de la democracia alemana frente al conflicto, que fué para muchos una decepción, ha traído sus desorientaciones, pero en América hay problemas tan inmediatos a resolver, que las vastas arquitecturas sociales por el momento nada tienen que ver con nosotros. Cuando se está tratando de que la vivienda sea sana, son motivo de preocupaciones menos urgentes las grandes galerías y las altas cúpulas. Sin embargo, es una importante lección, que no debe echarse en saco roto, ciertamente. Por lo demás, estos fenómenos suelen ocurrir, y, mientras en Inglaterra bajo una constante monarquía, el gobierno del pueblo ha sido casi siempre un hecho, en Alemania los bloques democráticos del Reichstag, han resultado cera maleable en cuanto han sentido el puño de hierro del emperador. Esto nos enseñará también a no esperarlo todo del parlamento.

Creo que nuestra América y, sobre todo la Argentina, va a seguir siendo un foco de grandes actividades comerciales, pues sus mercados son los que con más interés se disputan beligerantes y neutrales. Es evidente también que nuestro país se elevará en el concepto de las naciones civilizadas, por la actitud despierta y bien intencionada con que asiste al desarrollo del inmenso drama. Y si aprovechamos tan dura experiencia, iremos acelerando el movimiento de evolución que en la República tiende a cumplirse, por una cada vez mayor capacidad de sus multitudes.

Del señor Clemente Onelli

Señores directores de NOSOTROS:

Ante todo hay que felicitar a ustedes por haber eliminado de la encuesta toda discusión sobre las causas inmediatas de la gue-

rra y sus efectos también inmediatos, pues en ninguna parte mejor que aquí se produce el conocido pero casi inexplicable fenómeno de que hechos, rivalidades y luchas que nos atañen muy relativamente, sin consideraciones egoístas o por lo menos interesadas, — exalten hasta el fanatismo, arrastrando con simpatías profundas o con odios excluyentes a los que deberían ser espectadores atentos y apenados por el miserando espectáculo, y no fanáticos y despreciativos por quien no piensa como ellos y que hacen recordar los tiempos de las censuras teológicas y tiránicas. Por ese fanatismo tan espontáneo me ha parecido poco fundada cierta frase sentenciosa que he leído en el número 68 de la revista NOSOTROS. Por ser cierta y adaptable al fenómeno que observamos y por el cual el espíritu general nuestro no es absolutamente neutral y menos indiferente y con gran entusiasmo está embanderado por unos o por otros, me parece que la tal sentencia debería cambiarse así: "Cuando el clamor del mundo llega al corazón del hombre, *aparecen hiperestesiadas* todas las ideas forjadas al calor de un interés o *mejor* de una pasión".

*

Primera pregunta de la encuesta: *¿Qué consecuencias entrevé usted para la humanidad como resultado de esta guerra?*

La palabra Humanidad desde las conquistas de Roma hasta Napoleón, se ha concretado realmente a indicar el núcleo más distinguido de la especie humana que llevaba o lleva la batuta en la dirección de aquella parte de los vivientes más intelectuales y más cultos. El eje y el núcleo de esta humanidad dirigente, reconocida virtualmente o por la fuerza de los hechos por todo el resto de la raza humana, está (estaba seguramente hasta el primero de Agosto del año pasado) en la parte occidental de Europa con ramificaciones más o menos importantes de este lado del océano, en América.

Pero esas hegemonías excluyentes de una parte de la raza blanca contradicen con los predicados y las teorías de fines del siglo XVIII, aumentadas y perfeccionadas en todo el siglo XIX y que hablan de igualdad general, de derechos del hombre, etc. Si los negros y los indios que van desapareciendo no llegan ya a empaparse y querer para sí la buena ración de esos grandes principios, pueden exigirlas otros como la raza amarilla con los japo-

neses, como las razas eslava y tártara con los rusos. No por eso se desalojará el punto material geográfico de este eje de la humanidad; no, pues la prehistoria y la historia que siempre se repiten, nos enseñan que para ser eje de la humanidad hay que trasladarse rápida o paulatinamente hacia las regiones occidentales de Europa. Hace quinientos años que la raza eslava puja y empuja por arrimarse a esos meridianos: y si Austria ha existido hasta hoy, y si Turquía ha sido soportada hasta ahora es por esa razón fundamental: son dos países paragolpes y cojinetes para amortiguar las embestidas del Asia sobre los territorios sacros a la cultura. Si esos pretendientes a la invasión obtuviesen penetrar con medios violentos o astutos (estos últimos sinónimos de medios diplomáticos), quiere decir que, a pesar de las protestas de los que ahora gozan de la supremacía, habrá llegado el momento histórico del desalojo de una raza por otra; la que aparentemente será la victoriosa, pero que realmente será conquistada por el ambiente, edificando una nueva sociedad humana, con nuevos progresos, nuevas filosofías, nuevas maravillas de la mentalidad, como ya por otra parte ha sucedido con los bárbaros que invadieron el centro de cultura europeo y fueron absorbidos tan exquisitamente por el ambiente que se borraron sus gestas: me refiero a los godos, visigodos, hunos, longobardos y francos, que forman el substrato étnico importante de la actual raza latina, como la vieja y civilizadora raza romana llevaba en sus venas la sangre pelásgica procedente del Asia Menor. En aquel futuro, muy lejano todavía, no será difícil encontrar por atavismo a una francesita con los ojos oblicuos cortados a la tártara. Guárdeme Dios de haber pronunciado la gran blasfemia de la desaparición de la raza latina, pues quiero que conste bien esto: que la raza siempre virtualmente existe, pues es hija exclusiva del ambiente y de las costumbres y cultura que éste origina.

Han de llamarse alguna vez las cosas por su verdadero nombre y quitar de en medio las utopías, que tales son los prejuicios de raza. Ya se crea en la descendencia de Adán o en la comunidad de origen como descendientes del hombre de Neanderthal o del Homo Caput-inclinatus o Pampeus de Ameghino, somos tan sólo una especie en la formación: cuyas variedades no ha contribuído la zootecnia, sino tan sólo el ambiente, el que, poco a poco, en el lento laboreo de los siglos, ha afirmado esas variedades que merecen el nombre de razas, y de las que, cuando pertenecemos a alguna

de ellas, estamos tan orgullosos como si fuera obra y producto del esfuerzo individual.

Si como consecuencia de esta guerra los alemanes se apoderaran de Francia *(quod omen Dii avertant)* encontrarían estos conquistadores el ambiente maduro ya para que la profunda pero pesada cerebración teutónica evolucionara a la más ágil y casquivana y brillantísima intelectualidad francesa en ese ambiente de cultura, de poesía sonriente, de ironía fina, bajo un cielo más claro, bajo un sol más templado y voluptuoso. Y los teutones, para operar su transformación cultural no sentirían ni la falta de la catedral de Reims, por ellos derrumbada, pues ese monumento era tan sólo un jalón de la arquitectura gótico-teutónica, gentilizada al traspasar la frontera.

Aun no calculada en los tratados de paz definitiva, o quizás en contradicción completa con la síntesis de esos tratados, la marcha victoriosa de los teutones hacia el occidente implicaría indirecta y aun pacíficamente y en el curso de muchas décadas de años, la marcha hacia las orillas del Rhin de las razas eslavas y su germanización, a pesar de que el camino de los lagos Mazurianos no sea el habitualmente recorrido por las hordas asiáticas hacia el poniente.

Pero, si como consecuencia de esta guerra Francia triunfara *(quod gratis asseritur, gratis negatur)*, Francia seguramente se detendría a la orilla izquierda del Rhin, justa medida del largo del paso victorioso hacia el oriente. No hay que creer en unas columnas de Hércules teóricas, en una especie de límite misterioso al que generalmente han obedecido todas las guerras y las invasiones humanas hacia el levante. La filosofía de la historia explica por qué eso ha sucedido siempre; pero en este triunfo hipotético francés de mañana, me es fácil suponer el porqué de ese "detente" fatídico al borde del Rhin. Francia, prototipo ahora de la raza latina, en su madurez, quizás ya decadente, pero por eso en la completa comprensión de las razones étnicas, que apenas vislumbra el teutón que siente aun el empuje atávico hacia el poniente, Francia para la que la expansión no es una necesidad de vida, sino tan sólo un lujo o una afirmación de victoria, en su gran lucidez comprendería que trasladarse al ambiente germano sería una regresión para la culminación ya obtenida por su raza y un esfuerzo colosal e inútil para comprimir esos 70 millones de alemanes que tienen derecho a vivir y tienen el instinto atávico de su expansión.

Así que, como consecuencia para la humanidad del resultado de esta guerra no veo la extinción de la raza latina o de la germánica, posibles tan sólo por cataclismos geológicos, sino que, o los latinos quedarán tales o los alemanes se harán latinos, como desde tantos años vienen esforzándose artificialmente por serlo, lo que les ha valido el axioma reconocido por todos de que el alma germana es la que más pronto se despoja de su nacionalismo.

En esta primera pregunta de la encuesta me parece que no tiene cabida, para el futuro lejano a que ustedes se refieren, de qué manera será influenciada la humanidad por un triunfo inglés o un triunfo alemán. Descartando todo lo que sea sentimentalismo (admisible en la lucha francoalemana, pero completamente desechado a la vista de todos entre esos primos hermanos, anglosajones y sajones) la rivalidad comercial, el derecho contestado de banquear y mercar, llevará molestias muy sensibles en los primeros tiempos, pues en el progreso del intercambio del mundo, esa competencia de fábricas, esos transportes marítimos en lucha de peniques y pfennings para ganarse al cliente y conquistarse mercados, era útil y quizás necesaria: y si era necesaria muy pronto volverá a crearse la competencia, pues esos millares de buques detenidos en los puertos del mundo volverán a hacerse a la mar bajo la bandera A o B y seguirán por su legítimo derecho y por sus trapisondas más o menos honradas, a crear la competencia tan necesaria en la vertiginosa evolución del progreso. Habrá quien asegure que esta lucha anglogermánica ha tenido un origen sentimental por la violación de Bélgica; no hay para qué negarlo: ¿qué mejor que a un impulso de enojo mercante vaya acoplado un gesto generoso que lo atenúe? Y en las plácidas regiones del razonamiento filosófico tampoco puede negarse que es una utopía creer que el teatro obligado de las grandes guerras europeas iba a ser precisamente excluído de la más grande guerra del mundo. *Glissons, n'appuyons pas:* pues me saldría de la encuesta, entraría en el mundo vedado de las apreciaciones sobre los orígenes inmediatos de la guerra y que responden a orígenes más remotos; guerra que para todos los países en lucha parece dar sobrada razón al vidente poeta francés (los poetas casi siempre tienen razón) que dijo con desprecio: "¡Naciones! Nombre pomposo para indicar barbarie".

He tratado de contestar en detalle a la primer pregunta de la encuesta y se me ocurre resumir diciendo que ahora, en estos

tiempos de comunicaciones y comunidad de conocimientos, en estos tiempos de supercultura, en los que, diseminados por millones los libros del saber humano y por centenares de miles las películas cinematográficas de la vida y los discos impresionados con las melodías de la música, con la inflexión ardiente de los oradores, — ya no es posible que se repitan esas parábolas que terminan en lo ignoto como fué para las grandes civilizaciones antiguas, vencidas, aniquiladas y al fin ignoradas. Ya no es posible a ningún pueblo conquistador, por grande y formidable que sea su poderío, atribuirle el verso del poeta italiano: "fece deserto, e al deserto disse regno di Dio".

Wells, que hace unos diez años escribió "la guerra en el aire", fantástica pero casi verídica relación de lo que está sucediendo o por suceder, a mi parecer se equivoca grandemente en las consecuencias que ve para la humanidad, cuando describe a la Europa transformada toda en pampas para ganado, donde raros pastores, nietos primitivos de antepasados supercultos, anudan idilios, que no dan la sensación de la plácida Arcadia ni de la infinita dulzura de las Bucólicas, sino un triste sentimiento de piedad hacia esos pobres pastores que inconscientes se afanan en hacer revivir lentamente la vida en la que fué patria grande de sabios profundos "d'imperatori e di poeti".

No, eso no sucederá: la civilización moderna, ya sea alemana, francesa, inglesa o itálica, ha diseminado por doquiera en el mundo entero los templos y los museos de su sabiduría, de sus progresos, que ya no podrán perderse. Por lo tanto, la humanidad no saldrá de esta lucha terrible perjudicada, perdiendo las conquistas de su inteligencia. Desgraciadamente no perderá tampoco el secreto para fabricar submarinos, dreadnoughts, fusiles y cañones; la gran tentación para volver a empezar a las primeras de cambio el exterminio bárbaro de los civilizados entre sí. Puede ser, hay mil indicios que lo hacen suponer, que de esta guerra surja más fuerte, más impositivo el gran Partido Humano que lleva ahora otro nombre de lucha; el Partido formado por los que dan más abono a la tierra en esta lucha fratricida, y que al fin sepa imponer lo que todos desean, pero que hasta ahora parece una utopía: impedir las matanzas organizadas, suprimiendo por leyes generales en todos los países el servicio de la conscripción. ¿Se necesitará un cataclismo como el actual para obtener ese triunfo? Y será triunfo? Lo dudamos: hace dos mil años que el Cristianis-

mo brega por el mismo ideal. Aun cuando se perdiera el secreto de la mecánica militar y de las armas de fuego, los hombres siempre irán a la lucha, ya sea con un garrote en la mano, ya sea con un adoquín o con una honda: y si no pelearán como en otros tiempos para recuperar la Bella Helena o *la Secchia Rapita,* serán capaces de pelearse a muerte por el mismo ideal de fraternidad, de compasión y de guerra contra la guerra.

Segunda pregunta: *Influencia de los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de América y especialmente de la República Argentina.*

Volviendo al principio que hemos marcado como contestación a la primera pregunta, diremos que la marcha desde el Oriente hacia el Occidente ha traspasado los mares hasta llegar a estas un tiempo llamadas Indias Occidentales y más tarde América.

Venimos de allá, del Oriente: tuvimos la suerte, por la lejanía de la región, de no llegar a tierras civilizadas como bárbaros invasores y asimiladores, sino como civilizados a tierra virgen de rastros de cultura asimilable: pero atávicamente, instintivamente, materialmente, recordando todo lo de allá, se formó una civilización algo diferente de la de donde se procedía, y la que falló mucho, sobre todo al principio, quizá porque siendo la tierra redonda, América se pasaba a la otra alforja occidental para acercarse al oriente bárbaro, y que los europeos sostienen inculto. Pero la buena semilla de los principios igualitarios y democráticos fructificó al fin con vigor, y las veleidades de luchas habidas y presentes se deben al caos institucional de los comienzos y a los instintos que acompañan al hombre por doquiera. Se han formado por lo tanto aquí dos núcleos de civilización, cuyos elementos dominantes son de origen sajón y latino. El primer núcleo, el de mayor ponderación utilitaria y de 40 años más de existencia (en América 40 años representan a veces más de un siglo) con 90 millones de habitantes — más que las naciones centrales de Europa — se ha afirmado categóricamente como una gran nación independiente que no piensa, ni puede pensar en las dañosas utopías de razas, porque las tiene todas reunidas, y — en el espléndido, ventajoso y generoso egoísmo de que puede hacer alarde — parece poder mantenerse neutral a pesar de los estrechos vínculos de intereses y de comercio que la tienen asociada — no ligada — a las venturosas y terribles cuestiones del día. Desde hace mucho tiempo puede bastarse a sí misma, no sintiendo

apremios de necesidades creadas y que puede lo mismo satisfacer; su gran aplomo, un poco brusco y grosero a decir la verdad, pero fundamentalmente honesto y con ribetes sentimentales y románticos, su importancia real y privilegiada, su absoluta prescindencia de las miserias internacionales locales que atormentan a los países neutrales europeos, pueden en un momento dado consagrarla árbitra escuchada e insospechable para hacer oir su voz poderosa en el gran desconcierto de las naciones europeas: lo que le dará quizás más tarde un aire de protección petulante hacia estos países del sur, que la miran embobados: petulancia que con el andar del tiempo y en las vicisitudes de las grandes conglomeraciones humanas, podría hacer factible una conflagración inicua, que, abandonando ya el teatro europeo, viniera a sentar sus reales en las Pampas, en las Sabanas, en el Far-west: lo que podría suceder si, en las conmociones de ahora, el eje y el meridiano de la cultura central europea, por los laureles de la paz y de supremacía conquistados por Norte América, hubiesen de trasladarse de este lado del océano. Es quizás por este sueño inconfesado por el autor que Wells ve potreros de invernada en las landas desiertas de Europa después de los estragos.

Los países europeos están ya proporcionando a Norte América los medios para aproximarse a este ideal de supercultura y supremacía. El algodón no irá ya en ramas o en balas sino en piezas: y ahora fusiles y ahora 40 mil automóviles y ahora alimentos y más tarde quizás todo lo superfluo y mucho de lo necesario. Un país bien organizado, que sabe sofocar los ingenuos sentimentalismos, los que deja tan sólo para las horas de esparcimiento, que sabe que Pluto es el Dios "possente, risplendente, signore del mondo" y que el Rey Midas era un desgraciado porque convertía las cosas en oro y no el oro en cosas y en hechos, sabrá aprovechar moral y materialmente los desaciertos europeos, hasta que ensoberbecido, a él también le llegue su hora.

*

Sud América, y sobre todo la República Argentina, dicen que representa en este continente a la raza latina: yo diría, Nueva Raza Latina, porque el ambiente virgen la ha modificado, porque no poca sangre indígena, generosa, altiva y al mismo tiempo apática, y mucha sangre sajona, calculadora y romántica a la vez, han puesto un fermento nuevo en su psicología, el de los grandes

arrebatos y de los grandes reposos, para merecer con toda justicia el nombre de "país del mañana" y al mismo tiempo tener listo para mañana lo que la raza latina verdadera no excluye en un año. Estos países sudamericanos — hablo sobre todo de la República Argentina — han tenido por mal de sus pecados la desgracia de ser países extremadamente ricos con ricos extremadamente pobres de dinero, y el poco dinero paisano anda muy remiso para empresas y muy atrevido para el juego, que no otra cosa es la especulación. Vinieron los ingleses, los grandes banqueros del mundo, encontraron amplia hospitalidad para sus capitales, preciosos factores de progreso, enriquecieron más al país, lo hicieron progresar rápidamente, pero también — salvadas todas las suspicacias y los recelos de un país altivo y orgulloso de su soberanía — virtualmente lo supeditaron, con respecto a las finanzas, a sus modalidades y a sus intereses. Capitales de otras naciones, en menor escala, trataron de hacer lo mismo, lo que alivió un tanto la ventajosa pero un poco incómoda tutela financiera británica. En la descansada apatía del bienestar no eran tan sólo los millones de los dividendos los que se trasladaban a Europa, sino también los muchos millones de la importación de cosas necesarias y superfluas que a nadie se le ocurría fabricar con la materia prima paisana.

Como la encuesta parece que no quiere saber de las influencias actuales de la guerra, nada diremos de las molestias que se sienten porque no llegue el traje y el botín de Europa, el algodón para las salas de clínica, el portland de Bélgica o Inglaterra y tantas otras cosas superfluas o muy necesarias.

Como la cuestión de raza es una grande y dañosa utopía, mientras que la cuestión de nacionalidad independiente y soberana, bajo todo aspecto, debe ser el supremo y santo egoísmo de todo país que quiere ser libre, progresista y rico, no hay que tomar como un mal directo esta conflagración, que castigando fuerte al país en los momentos actuales, dará una hermosa lección y hará descubrir al país mismo que la dependencia obsequiosa en lo que respecta al comercio, puede fácilmente y aun rápidamente trocarse en una mayoría de edad, como ya se nota. Si el carbón no viniera más de Bélgica y de Inglaterra, el petróleo de Rivadavia y de Bahía Blanca, el carbón argentino, que lo hay, podrán alimentar los motores y calentar las cocinas. El portland, tan necesario a la civilización, podrá fabricarse con los depósitos de San

Luis, Hinojo y hasta con la tosquilla de la formación pampeana: la lana de nuestras ovejas podrá tejerse aquí: los cultivos de algodón en el Chaco y Misiones podrán agrandarse: y ya pronto llegarán al país aquellos artífices, aquellos obreros, aquellos técnicos, cuyas usinas quedaron pulverizadas por el estallido de una bomba, por el incendio de una granada. Si fuera cierto que el enemigo hubiese secado las bodegas de la Champagne, Mendoza podrá enviar en lugar de la damajuana de 10 litros a 2.50, vinos mejores que se podrán también exportar.

Con todo eso el país de finanzas fiscales tan primitivas — reducidas hasta ahora casi exclusivamente a rentas de aduana, — podrá al fin poner en vigor un régimen más justo y más honesto afectando las rentas y aumentando exageradamente los impuestos al lujo: el lujo, la gran plaga que venía minando realmente al país, y el que admitirá ya por su corrección las rigurosas leyes suntuarias; lujo infame que había tomado para sí el gran principio democrático de la igualdad, haciendo que todos, pobres y ricos, se esforzaran en alcanzarlo, quien sabe a veces con cuáles tristes manejos, y que en esta crisis tan dolorosa, pero tan útil para la moral del país, hay indicios suficientes para verlo de una vez destronado, y puesto en su lugar, como cosa grata a la patria así moralmente como materialmente, el espíritu de la economía; la economía del rico y del pobre, la economía de las fuerzas vivas del país sobre las que puede contar la patria, así en el momento del peligro como en las plácidas bonanzas de la paz para alcanzar paulatinamente aquel día en el que fábricas, minas, usinas, ferrocarriles queden ampliamente y del todo en poder de la República.

De lo que resulta que la influencia que tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material del país será de benéficos efectos, pues se habrá obtenido un progreso apreciable en la independencia absoluta, por la que un país, aunque fuera pequeño — y no lo es por cierto — pueda no sólo decir altivamente sus razones, sino hacerlas escuchar y que todos se inclinen ante ellas.

Del señor José Torrendell

¿Qué consecuencias entrevé usted para la Humanidad, como resultado de esta guerra?

La experiencia, o sea la lectura y meditación de la Historia, me enseña a ser muy parco en afirmaciones relacionadas con las Causas y sus efectos. Nuestra lógica no es siempre la del Tiempo. Por lo regular aparece *luego* más sensata, más discreta, más fecunda la solución impuesta por la realidad que por la *visión* del hombre, que conoce los hechos — las causas, — siempre pasados, pero ignora los que surgirán, — los efectos, — los cuales, naturalmente, contribuyen con los primeros a producir los futuros, contando siempre para esto con los nuevos de cada día. Por esto es que no sin miedo fijo la mirada en las páginas de los filósofos de la Historia, de políticos, diplomáticos, psicólogos de pueblos, — no hablemos de periodistas y literatos. — La realidad decididamente es con algunos implacable. Y es que los profetizadores trazan sus planes para el futuro contando sólo con las ideas, los conceptos, los sentimientos, los vínculos sociales y morales conocidos, así en abstracto y en nuestro ambiente, sin advertir que no serán éstos ni sus corolarios, los factores que desarrollarán las acciones venideras, sino hombres nuevos, otras pasiones, temperamentos distintos, cerebros renovadores, corazones de otro ritmo, y, sobre todo, el genio, sintetizador o creador, efecto o causa en lo humanamente posible, el cual lanzará la nave del Universo por estos o aquellos mares, o acaso por el océano a punto de descubrir con su correspondiente Nuevo Mundo.

Un solo ejemplo. Lo pequeño es reflejo de lo grande. En 1815 celebróse el Congreso de Viena para volver a su primitivo estado las aguas agitadas por las alas robustas del Aguila imperial, y constituir un nuevo equilibrio europeo dilatando naciones, recortando fronteras, creando países, iniciando imperios. Nadie hubiera sospechado que en la mesa de las definitivas decisiones no ocupara sitio especial la España, que, según frase de José Bonaparte, había de eclipsar la gloria napoleónica. En efecto, España fué el instrumento esencial de la liberación europea. Cuando las demás naciones — hace observar un autor — se debatían lánguidamente contra el Titán en servilismos vergonzosos o en guerras puramente diplomáticas y sin nervio; cuando todo el continente hacía ademán de acurrucarse para esquivar la tromba, salvando la existencia a costa de la dignidad, la vieja Península se irguió con una fiera actitud no conocida desde los tiempos antiguos, trocando el artificio de la política de gabinete y de las resistencias puramente dinásticas y oficiales en alzamiento nacional. Desde

aquel instante, la lucha del mundo contra Napoleón tomó un aspecto muy distinto del de las acostumbradas coaliciones. Desde 1808 a 1814 el ejemplo de España sostuvo la emulación de las demás naciones oprimidas y sirvió de base y centro a las demás resistencias. Y sin embargo, España, la de la actitud sublime, no tuvo en el Congreso de Viena la representación que correspondía a su grandeza y heroísmo. Hubo quienes soñaran en la debida recompensa. Obedecían a la lógica anterior a 1815. La realidad fué muy otra. España salió de la Asamblea diplomática, disminuída y vejada en poder material y en consideración exterior. Cumplíase la lógica presente en 1815: mandaban los hombres y no los méritos contraídos, y España no tuvo un hombre eminente que hiciera prevalecer sus derechos. Pensóse que después de la catástrofe que había conmovido hasta los cimientos a la vieja Europa, en la primera reunión de los Estados sojuzgados, pero ya libres, brotaría un acto supremo de reacción justiciera. Todo se redujo a un conveniente arreglo, impuesto por el más fuerte o el más hábil.

En consecuencia, mi respuesta ha de quedar limitada a una modesta aspiración mía: a decir cuál habría de ser la consecuencia que la humanidad obtuviese como resultado de esta guerra. Mi deseo enciérrase en una sola palabra, que yo creo mágica, eterna y, por tanto, renovadora: *Sinceridad*. Que el hombre renaciera a ese estado de Verdad, que se revistiera con los sagrados ornamentos de la Justicia; he aquí *mi* consecuencia de la catástrofe mundial, en la que aparecen fracasados pueblos, sistemas, doctrinas, y dentro de la cual quedan obscurecidos hombres, procedimientos, ambiciones, pugilatos, magnificencias, poderíos. Cuando un país, cuando una ciudad, una familia o simplemente un individuo, ha pasado por las angustias de un desastre irreparable, es aspiración unánime que este individuo, aquella familia, ciudad o país, debería lo primero de todo tener un gesto de recogimiento, hacer examen de conciencia y confesarse la verdad íntegra, para adoptar la actitud más conveniente a sus intereses materiales y a las necesidades de su espíritu, que acaso sea el que ha sufrido más. Sólo de una confesión sincera puede surgir potente una salvadora remodelación. Confiesa, sólo aquél que sabe humillarse interiormente. He aquí la verdadera sinceridad. Y cuando haya sonado esa hora para Europa, habrá de convencerse de que se desvió del camino recto, a medida que opuso resistencia a los dicta-

dos de la Sinceridad, que es Verdad y Justicia; sin que sea patrimonio de una sola raza ni de un solo pueblo, de una aristarquía o democracia, ni tampoco una individualidad por incalculablemente superior que aparezca, sino que es producto de la labor sintética de las razas, pueblos, grupos y personalidades, sin exclusión alguna, que hayan sabido ascender a la noble colaboración para forjar una Humanidad, siempre más perfecta, con más espíritu que materia, con más arbitrio que primitivo impulso, con más renunciamiento que ambición anecdótica, con más miras a eternidad, — indudablemente renovada en el conjunto, — que a propia exclusiva conveniencia,—reducida al límite breve del deseo fugaz.

Dígolo francamente. Yo no abrigo mucha confianza en que esa *consecuencia* surja del terrible flagelo para la Humanidad, porque después de siete meses de espantosa conflagración no descubro en los dos campos de espectadores una corriente bienhechora de espíritus que, aunque apasionados y violentos al principio, hayan acabado con deponer odios y aspirar a fijar soluciones de justicia y paz duradera. Más nobleza y generosidad se ha descubierto en los cortos metros que separan las trincheras y aun en los hospitales de sangre, donde se encuentran acaso uno junto al otro los mutuos heridores, que entre los superficiales sofistas que discursean sobre la cultura de unos y la barbarie de los otros, acerca de lo que sería el mundo esclavizado por un vencedor o de la aureola de libertad que le rodearía si triunfasen determinados beligerantes. Persiste en la mayoría el espíritu viejo, sin que aparezca un solo síntoma de la conversión en el tiempo nuevo. Sí, se cree en una radical modificación, pero por parte del que no es nosotros, y ello conseguido por la fuerza bruta, todavía representada en la Conferencia de la Paz; esa fuerza bruta tan odiada por unos porque resulta admirablemente preparada y resistente a toda total destrucción.

A este propósito, salta a la vista la inaplazable necesidad de que impere en el mundo el espíritu sincero, para llegar a una reconciliación duradera. Si noblemente prevaleciese, no serían posibles tantas contradicciones que equivalen a otras tantas injusticias. Los ejemplos constituirían lista abundante. La brevedad se impone. Pero es cosa evidente que para censurar, *verbi gratia,* a Alemania, ha sido preciso renegar de anteriores afirmaciones, que eran orgullo del Liberalismo, tanto referentes a la civilización germana como a acontecimientos históricos que ha-

bían merecido definitivas sanciones exaltadoras. Para fulminar el imperialismo alemán se condena la epopeya napoleónica que llevó la simiente de la libertad a todos los surcos. La abominación del perfecto organismo militar prusiano se contradice con la alabanza al poderío naval tan acertadamente sostenido por Inglaterra, la implacable enemiga del genio francés, libertador de la manumitida Europa. No se transige con la difusión de una nueva cultura, pero siempre se ha admirado el titánico esfuerzo para suplantar el Catolicismo romano con la Reforma de Lutero. Atácase el principio de Autoridad, hoy refugiado en tierra germánica, contraponiéndole el de Libertad, arraigada ahora en suelo latino, sin advertir que ésta es de pura esencia bárbara, y aquélla, de forma completamente romanizada.

¡Sinceridad, sinceridad! Ahora mismo se afirma el fracaso ruidoso y denigrante del Socialismo,—que es todo lo contrario de lo que ha producido la actual inmensa hecatombe, — porque la Democracia Social es de cristalización germánica; cuando lo más seguro es que, de realizarse realmente una reacción, hecha la paz, a la complejidad del vivir en todos sus órdenes sucederá la vida simple en toda su integridad; y ésta no es otra cosa en su raíz que la aspiración socialista, despojada de las vestimentas adaptadas a los figurines de la guardarropía de la hora presente, como cuando el cristianismo se moldeaba en los hondos y fuertes cuños del paganismo.

¿Qué influencias tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina?

Es factor endeble una existencia de cien años para que los países americanos puedan proceder autonómicamente y sacar beneficios especiales, como no sea en la esfera de lo puramente material. Lo probable es que en mucho tiempo siéntanse influídos por el poder evolutivo de la Unidad moral europea, que continuarán formando vencedores y vencidos en el campo de batalla. Si mis deseos obtuvieran realidad en el Viejo Mundo, no otra cosa podría ambicionar para cada uno de los países del Nuevo; todo adaptado a su fisonomía, física y moral, si quieren tener un alma propia, con todas aquellas diferenciaciones que constituyen el fundamento de una personalidad.

VERSOS A MI ENEMIGO

"Posa per sempre. Assai
palpitasti. Non val cosa nessuna
i moti tuoi, ne di sospiri é degna
la terra!"

LEOPARDI.

Ni un pálpito, jamás, ni un solo pálpito
fluya de ti, jamás, vil o dignísimo;
eres una traición en este pecho
¡corazón mío!

No te quiero escuchar. En otras horas,
cuando la fe me levantaba al cielo,
yo tenía mi frente en las estrellas
pero no hallaba en ti más que el silencio.

Era toda vigor el alma activa,
mi alma tenía porvenir! Y en cambio
tan silencioso estabas que creía
que te habías dormido en el pasado...

Muerta mi fe empezó tu poderío;
cuando todo había muerto para mi alma
entonces fuiste generoso y fúlgido:
comenzaste a latir hacia la nada...

¿Era tu ley? ¿Acaso así está escrito
que aquel que en nada cree en todo sufra?
¿Qué ley te hizo callar cuando creía
y ahora te hace latir y soy la duda?

¡Si era la ley de Dios, ella es estéril,
porque si es Dios quien te encendió, que sepa
que el corazón no puede ser perfecto
y en cambio el alma puede ser perfecta!

Por una escala ardiente de latidos
no se llega hasta Dios. Sobre esa escala,
como en la telaraña de los astros
emerge el sol, debe brillar el alma!

Tan sólo tienen alma los que creen,
así como tiene alas el océano,
las de la tempestad! El alma existe
según su unión con lo que está en el cielo...

Y a mí me ungió la duda... Sólo existo
en las sombras efímeras que pasan:
mi corazón se eleva y yo he perdido
el punto cardinal de la esperanza!

No te quiero escuchar. ¡Sólo eres sangre,
sólo un puño de púrpura que tiembla,
mientras que el ideal, por mi desdicha,
es índice de plata que gobierna!

El alma, en mí, no es fuerza... ¡Es un recuerdo!
Pero en cambio el latir llega a la gloria:
¡yo tengo el corazón santificado
por una gran pasión que vive sola!

Yo soy el que por ley honda y suprema
sufro una maldición que no merezco:
¡mis amores, Señor, sólo empezaron
cuando todo ante mí ya estaba muerto!

Ni un pálpito, jamás, ni un solo pálpito
fluya de ti! ¿Por qué palpitarías
si no existe a lo largo de la tierra
nada que alce la fe que ha sido mía?

Como cuerda que alcanza el tono extremo,
hondo y tendido, corazón, me vences;
y yo vivo esperando una perfidia
que como aguda espada te atraviese!

Porque es fuerte dolor tener la vida
toda en el corazón... Tener un alma
como columna vertebral de mármol...
¡ser uno mismo tumba de una estatua!

Ser en amores una suma pródiga,
llegar, por el amor, a ser radiante,
y rebasar la escala de lo humano
y en un solo segundo disiparse...

Y traducirse en olas y perderse,
y volver al principio y dar más olas,
y dejar en la faz de las arenas
la enorme curva que se pierde y torna...

Vaso de agitación, fuente de impulsos,
cuna de tanto amor sin un objeto:
¡como una ardiente cúpula de humo
tú debieras abrirte hacia los vientos!

No tiembles más, pues tiemblas a la nada;
no adores más, que acaso por hastío
de palpitar al cielo, te encendiese
la adoración suprema de ti mismo!

Y entonces tu reinado acabaría
bajo el orgullo helado de mi alma:
¡Yo quiero ser ardiente como Cristo
o debo ser igual que las estatuas!

O surge el ideal que te levante,
resplandeciente, universal, perfecto,
o reclino mi frente hacia los siglos,
dejo caer mis párpados y duermo...

JUAN PEDRO CALOU.

LAS ALMAS

CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY

Por Eulogio R. de la Fuente

(Continuación) *

Cofres venerandos

Aranka conducía, dejando que su trotón normando sorteara los pasos malos a albedrío. La calesa no emplearía menos de hora y media para llevarnos a Tahor, lo cual equivale a decir que hacíamos un viaje descansado y regalón. La noche, despejada, gravitaba con la misma fluidez enfermiza y descompuesta que había tenido la mañana. Las preocupaciones pesaban y rasguñaban como el cuarzo. Yo toleraba tan mal el silencio, que me deslicé en las peroraciones más abstrusas, dando la espalda a los amenazadores buitres que irían graznando el hambre en todo nuestro camino desilusionado.

—No, nunca me encontré delante de un fantasma; pero, una vez, observé como funcionaba el espanto. No me espanté, sin embargo. Como hoy después que usted me dejó, no podía dormir; tanto como hoy, estaba desorientado y con el hielo de las decepciones metido hasta el tuétano... Y me abismé en mi pozo; obtuve en mi organismo y en mi campo de figuraciones esa quietud absoluta que ayuda a oir las voces imperceptibles que suben de las celdas profundas del ser. Como hoy invoqué e interrogué al Espíritu sobre las leyes del sentimiento y de la idea... y, sin causa, contemplando la luz de la lámpara eléctrica, se inició en el cráneo la sensación del espanto, como un curso de fuerza sin cuerpo,

---

* Ver los números 68 y 69 de Nosotros.

que iba a silbar sobrenaturalmente un metro por encima de mi cabeza. Tenía espanto sin estar espantado; el frío me circulaba entre cuero y carne; el pelo parecía erizado en conjunto, no siendo todas sus puntas suficientes para dar salida a la corriente sensible. El accidente terminó cuando le convino, vaciándose lo mismo que un fuelle, apreciado por mí hasta la conclusión sin haberse modificado un punto el escenario tranquilo de mi dormitorio. Fué una gran experiencia, que me gustaría repetir.

—¿Ha empeorado mucho?—me preguntó ella, aparentando no tener memoria más que para el caballero.

—Tal vez no saldrá de hoy,—mentí.

—Volverá a casarse...—dijo, después de un buen trayecto, aludiendo a Lea.—¡Años hace ya que es viuda!... y no es vieja.

—Puede prescindir del matrimonio... La herencia le consentirá las esperas que quiera.

Se afianzó el mutismo. Acababa de expresarme por la boca agresiva del despecho. Tampoco podía insensibilizarme contra la púa de lascivia que Lea me dejara en la carne. ¡Singular expedición!... Cinco años atrás, la hubiera comprado con la vida, tal como ahora la hacíamos, a un solo asiento de calesa saltona, codeado todos los instantes con la mujer de mi ideal, pasmosamente fácil el beso, llamados los sentidos a las beatitudes del dúo y del embalsamado soñar. Pero la soledad levantaba montañas que exigían ser ascendidas y bajadas para cada frase, separados de inmediato por las abstracciones que se repelen... Un grado más de malignidad desplegó mis legajos de defensa de Lea y dije, demasiado goloso de carne para resultar serio:

—Congregaría de buena gana al cuerpo de arcontes atenienses del siglo de oro, bravos mitólogos, agudos metafísicos, y pondría en marcha un fonógrafo tapado... ¡Cuánta doctrina, qué copiosos libracos, qué sutiles y divinales explicaciones!... Escribirían para colmar cien bibliotecas. ¡Ninguno daría en el clavo! Y no otra cosa han llegado a hacer esos inspirados moralistas que se pasan los siglos discutiendo del hombre y de sus potencias, sin rebajarse a reconocer que sólo es discutible lo falso, que sólo se puede discutir acerca de lo que se ignora... Millares de doctrinas sobre un solo hombre... y el hombre, como un fonógrafo, solamente es según es. ¿A qué se puede aspirar? ¿qué puede producirse en el superior escalón viviente?... ¡Lea! ¿qué es, Lea?

es la vitalidad original, es la fisonomía característica, es la vibración fuerte que sostiene las mismas afirmaciones desde la cumbre de un lecho que desde la de un patíbulo... ¡soberbia y sagrada bestia! Su temperamento tiene la realeza de los mitos. Sería magullada, no maculada. Se entregaría veinte veces; nadie la embridaría una. Eso ¿qué es?... lo que el ser puede imponer sobre las pequeñeces de una moral, sobre las claudicaciones de una abstención, sobre el hecho brutal de la fuerza...

—Edgar... ¿vas delirando?...

Hizo detener la calesa. A la derecha, se hacía notar una ventana iluminada entre un grupo de casitas.

—Guitarra y flauta... Rostas y Ninkó ensayan para sus serenatas, —dijo en el tono tímido que la noche hace tan suave.— Es la parte del Alba, de la overtura de *Guillermo Tell.*

Escuchamos algunos minutos. Yo no sabía callar; me habían, evidentemente, descosido.

—Plegaria blanca... gorjeo que sale del letargo... iniciación almohadillada al canto de la fecundidad...

—¿No sigues?...

—Deseo morder... Las lúcidas ideas no aclaran ni vencen los incendios de la sangre ni el mecanismo de las ambiciones. Ver mejor no es lo mismo que reconstituirse. Creo que no me sostengo ya en mi destino... Hechos interiores se reproducen irremediablemente y vuelven a tomarme en mi infancia y a manejarme. Más que nadie me veo descalabrado. Los sucesos solamente son terribles para quien los sufre... ¡los sufro, los del exterior... pero sufro más los hechos que llevo adentro, creados por mí contra mí!... Los convencionalismos me echan de todas partes... Por ningún lado funciona bien la espontaneidad. Mi valor está de antemano derrotado en el espíritu de los demás. Yo no he tenido alba... Esa música me aprieta malamente la garganta.

—Tus buenos duendes... —dijo con voz que quería reir.

—Sí, mis duendes... seres lejanísimos y encapuzados que abren los ojos y se ahogan de no saber hablar... Es una nebulosa flagelada. La música es la palabra de esos seres que carecen de cara y de lengua, difusos como oleajes, impresionables como recién nacidos. La música es el idioma de ese pueblo desconocido e ilegislable que cada hombre siente bullir dentro de él y que nos mira lo más del tiempo como las calaveras. Pueblo de nadas que

fueron risas y llantos, y vanidades y amores, y traiciones e ideales... La música viene de esos duendes que no tuvieron plazo para nacer y llega hasta los que no tienen plazo para morir... Napoleón realiza toda su vida hacia fuera de él y no oye más que ruidos; yo no tengo más que mi vida interior de duendes ahogados y hasta los ruidos me parecen sollozos... El flautista es malo; pero Ricardo de Pecs puede contar para él con una lágrima de hombre antes de que el carpintero y el sacristán y los músicos cobren sus propinas...

—¡Traías eso de la Casa-torre, una lágrima que no reventaba!... ¿Ha muerto?...

—Sí.

Fustigó al caballo. Ya no pudieron oirse más que algunas notas perdidas, balbucientes. En las vaguedades estelares de la noche, volvió Lea a refulgir ante mi vista. Su esplendor sexual hacía astro; su fogosidad chasqueaba en todos los ámbitos. Miré abajo y la vi detrás de los árboles y en el negro de las alcantarillas, pronta a caer sobre el primer viandante para poseerlo desenfrenadamente y chuparlo... Aranka, ante esa teúrgica sobreencarnación, se esfumaba dentro de los revestimientos ampulosos de su virtud y de su mártir amor, fofo como una pastora de *biscuit*, llamativo como una calabaza madura... Me preguntó:

—Y puesto que es notorio que los animales sienten la música... ¿tienen también su mundo interior?

Cuidadosamente huía ella de confrontarse conmigo... La idea de bajarla de la calesa sin remilgos y de profanarla y volver del revés sus pulcritudes pasó como un meteoro rojo a cuatro dedos de mis pestañas. Suspiré de malestar y respondí:

—Negamos, porque no vemos. Nuestra vanidad es un gordo monstruo que deshace a coletazos lo que no se le somete. Y el mejor expediente para no declararnos ignorantes acerca del alma de los animales es suprimírsela. Hubo un concilio ecuménico en el cual los padres de la Iglesia estuvieron a punto de suprimírsela también a la mujer; y no les faltaban razones.

—¿Qué razones?... —demostró embeberse en cosas metafísicas.

—Las de siempre; las de la ignorancia. ¿Sabría usted decirme qué es lo que conocemos de los otros?

—A la verdad, casi nada.

—Conocemos lo que expresan, si no simulan y si esas expre-

siones respondieran a estados de sensibilidad ya producidos en nosotros mismos: sin esta última circunstancia, el conocimiento será falso y de meras inducciones sin fondo positivo. Para intentar un conocimiento aproximado de usted, yo debo analizar los sentimientos de mi alma que espontáneamente tengan al exterior la más semejante manifestación y los resortes con que los simularía, todo lo cual sale al mundo de relación por los gestos, las voces y los actos. ¿Puedo interpretar las sensaciones orientativas de una paloma mensajera? No, puesto que en mí no se producen. ¿Qué entenderé de la vida de un pez, cuyas expresiones no condicen con las nuestras? Tan sólo los estados extremos de salud y la dentellada. Aparte de eso, la psiquis de los seres tiene diferenciaciones en el *modo* y en el *cuánto,* proporcionalmente a los círculos de impresionabilidad. Cada impresión queda registrada en el cerebro y es un material incorpóreo para la asociación interna. ¿Tiene la mujer igual impresionabilidad que el hombre? No. Luego, razonablemente, si acopia materiales interiores diferentes ¿cómo ha de hacer iguales construcciones asociadas? Y son tantas las diferencias de naturaleza y de funcionalidad en machos y en hembras...

—No distingo las que sean tan desemejantes...

—¿Un ejemplo? La lactancia. El hombre no conoce eso y eleva las cosas de la maternidad al mundo inefable del milagro espiritual... ¿y qué hay, de hecho? El placer del seno, la voluptuosidad exquisita del pezón, yugo deleitante...

—Eres obsceno...—jugó a enfadarse.—¿Por qué no te quedas en Tahor esta noche ... ¡Ocho leguas por tan mal camino!...

—¡Soy Noormy!...

—Tradúceme eso.

—¡Oh! ¡no me descifro! Creo que estoy bastante envilecido.

—¿Tú?... Sí fuese así, no tardarías en matarle. No te creo.

—No logro distraerme de testarudas contradicciones... ¡Si supiese leer en su alma! ¡si pudiera, una sola vez, entender por qué el frío y el fuego viajan siempre de la mano! Amo... Soy un mendicante del cielo cerrado... No distingo ya lo bueno de lo peor... No; no hallo almas por ninguna parte... y con usted, Aranka, no he podido ni podré jamás ser bestia. Usted no ha dejado nunca que su alma tuviera para mí una expresión, no me permitió que la viese por dentro... ¡Ay! deseo morder... Rabio

porque no encuentro mi hora feliz, ni siquiera mi hora tranquila. A su lado pensaba repararme... y voy clamando...

—¿Por qué?...

—¡Porque no soy animal!

—¡Animal!...

—Sí. Si fuese bestia... ¡usted sería mía antes de llegar a Tahor! Como soy hombre, ambiciono más; y ese más no sé en dónde ni para quién lo ha escondido...

—¡Para nadie! Ha podido ser tuyo...

—¡No! el amor no recapitula; es o no es: si es, se entrega; se presenta abierto; es mar, para el baño dulce que ofrece; es volcán, porque ningún peso le domina; es luz, porque ninguna conveniencia le corta el paso. ¡Amar, es darse!

—¡Pero yo, Edgar, nada tenía para darte!—dijo turbiamente.

—¿Y ahora?...

—¡Oh! ¡Ahora, tengo menos!

—Tal vez; menos liberalidad...

—Eso, no. Solamente que... ¡comprendo que estoy sepultada!

—¿Desde cuándo? ¿por quién?...

—Por tí. Es que no hemos vivido realmente nada en común y no nos entendemos.

—¿No hemos soñado lo que deseábamos?

—¡Creo que hemos soñado para conocernos cada vez menos! Los dos tenemos un grave defecto, me parece.

—¿Cuál?

—La soberbia de dar más. Yo... ¡me despertaba cada mañana con mucho menos que dar! Al paso que tú ibas levantándote, iba yo hundiéndome. Después de eso... yo te veo siempre debajo de una sombra... Ser tuya y quedar destruída tiene que ser fatal. En lo que dices y en lo que haces hay algo de locos... ¡te tuve miedo!

La atraje, echándole los brazos alrededor del busto. La calesa paró. La tibieza obscura de la noche agregaba al rostro de Aranka fluencias torpes y a la carne sentada bocanadas caliginosas. Me eché sobre ella sin medir lo que hacía, con la necesidad del sediento que se tira de largo en la orilla de un pantano. No me rechazó.

—¡Empecemos por tener un minuto común!... Bebe, pues, de mi perversidad, porque en este instante te beso y te deseo como si fueses una mujer inmaculada... ¡y yo soy bestia!

—¡Niño siempre loco!...—murmuró con más tristeza que gozo.

—¿No me amas ya?...

Con la rienda excitó al trotón a proseguir la marcha.

—Edgar, no quiero ir con las rodillas hacia un santuario que sólo se abriría para tu desencanto y para mi ruina... Poco te cuidas de mirar en donde golpeas... y aunque te cuidases ¿dejaría de sentir yo la primera racha de tu fastidio? El amor tengo que imaginármelo en las nubes y conformarme con eso. Cuando se ha soñado tanto en el Cielo no es fácil, ni para ti ni para mí, contentarse con la pobreza de las cosas verdaderas. Acabas de ver otra vez que no soy una mojigata... nuestra simpatía se enfangaría si pretendiera subir más arriba; desde más alto, me harías rodar a la irreparable desesperación.

—Pero ¡vivir! ¡vivir simplemente, sin la tragedia de rodar!... ¡vivir lo que pide y lo que da el beso!...

—Es ese tu programa, Edgar; y, a pesar de serlo, ¿no sufres y no te conduces como un desesperado?... ¿Cómo librarnos de los conflictos en que nos mete un sentido íntimo que no se acomoda a la vida animal? ¡Me abandono a la amargura de no haber vivido!...

—Aranka, podemos aun intentar...

—Si lo creyese, no te invitaría a dormir en Tahor. Quédate.

—No es posible. Soy Noormy.

—Lo sé muy bien, Edgar.

—Debo, pues, yo mismo, ponerte en guardia contra mi barbarie.

—¡Bah!... ningún riesgo me vendría de tu barbarie, —dijo, convencida y quebrantadamente. —Me haces acordarme de un cofre... El día antes de casarme, mi madre me regaló su cofre para encajes, rico, artístico, pero averiado... ¿Sabes en dónde está ahora? En la cocina. Sirve para guardar ajos y para sentarse. ¡Sé más generoso que yo, Edgar, y no te sientes en mi vejez! Puedes quedarte.

—No. No puedo conceder, ni a la almohada, que nosotros hemos llegado a ser dos indiferentes... ¡dos ínfimos voltarios! ¡dos!...

—¡No hay tal! —me atajó. —Es que ni tú sabes a quien buscas. ¿Qué quieres de mí?

—Lo imposible o nada. Todo jugado a una llamarada instantánea... la reputación ¡hasta los hijos! Todo dado para la eternidad, el cuerpo, las reliquias, los primeros sueños, las primeras

anas... La vida en un solo minuto... El rayo del absoluto amor antes de cegar...

—¡Y si mientras yo ardiese como el rayo instantáneo me vieses tú como un carbón!... Edgar, soy una mujer apolillada. Mira, en el cuarto de Kristián hay luz... ¡pequeño mío! ¿Te quedas?...

—Gracias. Vuelvo a Noormy. Voy a empezar allá la seducción de las piedras, ya que nada seguro sé hacer con las almas.

—¡No blasfemes!... Cuando hubieses hecho tu milagro con mi alma ¿puedes jurar que lo tendrías asegurado sobre la tuya?...

La prueba del fuego

—¡Quiero hacer la prueba!—dije resueltamente, saltando a tierra.—¡Ven! ¡dormiré aquí esta noche!...

—¿Qué prueba?...—se inquietó hasta no poder hablar más.

En brazos la bajé del asiento. Pesaba como un cuerpo muerto. La estreché con mis apetitos exacerbados, besándola en los ojos y en un rincón de los labios.

—Aranka, mi deseo es ya irrefrenable... le pongo a tus pies... será respetuoso... Creo que si me fuese ¡me mataría la tristeza de estar en el planeta más abandonado que un apestado!

—Silencio!... ¡viene Kristian!

El postigo del portón principal fué abierto.

—¡Buenas noches, mamá!... ¡Buenas noches, barón!... ¡Isaslas, lleva la calesa a la cochera!...—gritó alegremente Kristian.

—¿Por qué estás levantado?—le preguntó Aranka con voz que aun temblaba.

—Me había propuesto esperarte hasta la una.

—¿Duerme, tu hermana?

—Orima se acostó a las once. ¿Noormy se queda con nosotros? ¿verdad, mamá, que le obligaremos a quedarse una semana?

—Gracias, Kristian,—le dije, siguiéndoles a través de algunas habitaciones de la planta baja.—Partiré mañana, a primera hora... pienso no acostarme.

—No, no,—insistió Kristian;—mañana, a primera hora, Isaslas irá a Noormy para tranquilizar a Vilma y traer en la calesa lo que usted pida... ¡Saldremos a cazar!

— Hijo, es necesario que vayas a dormir, — le dijo dulcemente Aranka. — Déjanos encendidas las luces de la sala y acuéstate. Mañana debes ir temprano a Pecs; te quedarás allá todo el día... Ricardo ha muerto.

— ¡Era de esperar! ¡buen caballero!... Orima querrá también ir... ¡Pobre Lea, qué apesarada estará!

— Sí, hijo; iréis los dos.

Subimos una escalera interior. Kristian, que nos precedía con un farol de reflectores, se apresuró a encender una de las lámparas de la sala, mientras Aranka dejaba su sombrero de camino sobre el piano de cola.

— Me voy entonces a la cama — sonrió Kristian, saludando con su gran linterna. — Buenas noches... ¡Tendré que ir yo a cazar en Noormy!...

Un silencio muy embarazoso siguió a esa retirada, tan llena de confianza y, casi, de inocencia. Aranka dió algunos pasos sin dirección, se sentó en una silla tapizada, volvió a levantarse con intención de cerrar alguna puerta de las tres que permanecían entreabiertas... Dijo, a media voz:

— ¡Me pones en una situación desconsiderada!... ¡Bien me haces pagar las debilidades que he tenido contigo!

— Señora — le anuncié, disgustado, — bajaré a ensillar mi yegua...

— ¡Oh! ¡no me mortifiques más todavía!... Jugaremos a las cartas hasta que amanezca! ¿Me dejas que cambie vestido?...

Me aproximé sin hacer ruido y, abrazándola, le dije:

— ¡Vístete para una noche de gracia! ¡Amame un poco más!...

— ¡Dios mío! ¿no me ves, cómo ando? ¿sé lo que hago?...

— ¡Vuelve pronto!... ¡Piensa que soy un condenado! ¡Dame tu boca una hora!... ¿No me dejarás solo aquí hasta la mañana?

— No, eso no — sonrió, muy pensativa, señalando una de las puertas. — Voy allá... es cerca.

Me hizo, sin embargo, impacientar. Tardaba. De pie en el centro de la sala, ahogué mi respiración para escuchar. Todo estaba callado... El mismo silencio me parecía fauce devorante. El deseo se centuplicaba en un completo latir de carrera desfogada.

— ¡Ven, con la luz!... — reapareció, vistiendo una bata de terciopelo azul claro. — Aquí se podrá hablar. No encuentro baraja...

Después que pasé, cerró la puerta. Nos hallábamos en un cuarto guardarropa amueblado con grandes armarios, un diván, dos espejos de cuerpo entero y varias sillas; el piso tenía una alfombra carmesí de lana afelpada. Asenté la lámpara sobre una consola, al lado de un reloj que marcaba la una y media.

—¿Podría, sin ir muy lejos, lavarme las manos?—le pregunté:

—Pasa al tocador... ¡está imposible!... no mires...

Estaban en el suelo, cubierto de pieles, muchas piezas de vestir recientemente dejadas... Una palangana con surtidores automáticos, de ópalo que imitaba un copón bordeado de rosas, se veía casi frente a la entrada. Otro ancho diván divisé en la penumbra, a mi izquierda.

—¿Les despertaré, si tropiezo?...—me volví a medias.

—No; hay mucha distancia... ¿no se ve? En las columnas del espejo hay bujías...

—Ya veo bastante. ¡Ah! voy a descolgar este retrato para llevármelo.

—¿El de Orima?

—Es tuyo. Aroma de acantos... olor de carne de mujer... ¿en dónde hay toallas?

—En la percha, a la derecha...

—No veo. Sin duda estoy mareado. No hay.

Entró y puso en mis manos la toalla, de la que me deshice rápidamente, interceptando la comunicación con naturalidad. Ella arrastró con el pie la ropa tirada y fuí siguiéndola...

—¡Oso gris!... ¡siento tu respiración!...—dijo con tono grueso.

—¡Quiero vengarme de todo lo ideal! ¡quiero todos los flecos de lo perverso! Resígnate... ¡estás acorralada! No se ve más que la nieve de tu cara... ¡quiero ver toda la nieve!... ¡tengo brazos de oso! Quiero verte como en Neustring y que tú nos vengues de lo que hemos sufrido... ¡No te defiendas! ¡hoy seré vándalo!...

Se revolvió en mis brazos, intentando salir del rincón. Las ropas arrastradas estaban debajo de nuestros pies. Calor de bestialidad había en los alientos.

—¡Noormy!—me reprochó, sofocada...

—¡Resígnate, Aranka!... Es menester que vivamos una noche sin la mentira de lo que se sueña... Quiero ser feliz para racio-

cinar con Dios... Quiero que seas feliz por mí y conmigo... ¿Lo ves? tu cuerpo no miente, desea ser mío...

—¡Oh! ¡tú quieres disponer de mí como de tus duendes!...

—¡No! ¡les repudio!... A tí beso... ¡los duendes no tienen seno! Mi boca tenía la hiel de los imposibles... ¡la enjuago en la tuya! Estoy harto de esperar y de pensar... Tu vestido me estorba... Quiero placer, quiero abrazarme a tu vientre... Repudio los sueños impalpables... ¡eres carne!... ¡deseo carne!... ¡palpo la belleza palpable de tu presente y tu pasado!

—Edgar... escucha... vamos allá... —dijo, entrecortadamente.

—¡No, nada escucharé! Me atengo a mi locura... ¡necesito la tuya! Eres muy hermosa todavía y si me has amado...

—¡Pero esto no es amor!... ¡Noormy!...

—¡Amor!... ¿qué has hecho con el mío?... ¡amor! ¡besos! ¡tómalos!... ¡es amor de loco! ¡es amor de bestia!... ¡Ah! ¿no te defiendes?... ¡vamos, ahora, al diván! por la sombra... vamos...

Se dejó conducir por el brazo con que había rodeado su cintura. No se sabría quién estaba más sobreagitado.

—¡Edgar! ¡no eres mi marido!... ¡y no quiero que seas mi amante!

Las palabras pretendían ser injuriosas; la voz era cobarde y vencida... Con todo, eso bastó para que el espectro del huraño Ordely se metiera entre nosotros y me inundara de malhumor y frialdad. Aranka no se sentó sino que cayó en el mullido diván. Dentro del frío de aquel minuto temí no poder ir más lejos, volví a sentir el aborrecimiento invencible de un cuerpo que se guardaba.

—Aranka, reflexionemos un poco—dije, abatido.—No soy aquí el marido ni el amante... ¡muy bien! ¿Qué soy? El loco: el loco de la sinceridad. ¿Por qué me temes? Porque todas las confesiones son contradictorias. Veámoslo: ¿qué se desea? Se desean las cosas más locas y felices... lo que promete el ensueño, lo que insinúa la vida. Nuestra alma no deja salir nada de cuanto ha entrado en ella: es una pesca encerrada que se muerde, se estruja y se pudre adentro. Con esa carga vamos; y para hacerla gloriosa ¿qué falta? Falta fecundarla con el placer de las conjunciones naturales, falta sumergirla en el océano de otra alma donde nuestros duendes se bautisman para una realidad.

¿Qué has visto en mí? Todo: la plegaria del amor ideal, la dureza del caído, los dientes del animal, el dcaimiento de los ángeles fracasados, la ira del eternamente burlado... Dejarse mirar en ese abismo de nuestras verdades ¿es locura?

—No.

—Tú eres una de las mujeres más inteligentes que puede haber... ¿a quién le haces el sacrificio de una noche feliz?... De arriba abajo, el placer circula, para él se vive. Yo no soy un vergonzante de esa divina luz; busco las alegrías nobles de mi proceso vivo; saco al aire la brasa corrosiva de los hipócritas y de los místicos; quiero alzar hasta el Sol el fuego avasallante de los sexos... Mi sinceridad repudia el ascetismo. Deseo ver florecer la vida. La dignidad absurda de los macilentos no es siquiera estiércol humano. El placer es necesidad inviolable del existir; yo me someto lealmente a Quien me hizo, autor de esas necesidades cuyo absoluto papel sólo él conoce. El placer incendia los cielos. Es el rey de los sueños, es la chispa del heroísmo, es el estímulo para las victorias, es la fuerza oculta del porvenir, es el sagrado río donde la carne se rejuvenece, es la centella trágica... Los que no beben de sus manantiales, muertos están. Cuando él abandona a un peregrino de la vida, le anuncia que nada tiene ya que hacer en el mundo y que menos es que un insecto... Pensando así ¿soy loco?

—No.

—Aranka... el beso es el néctar de la miel...

No respondió. Me senté a su lado.

—Excelso cuerpo de mi primer deseo —dije, recostado sobre ella... —boca de púrpura del primer beso que soñé... seno de que sorbí el anhelo de ser hermoso y bueno y sabio... ¡tiemblo! ¡vuelvo a temblar entre tantas sombras!... ¡tiemblo entre tantos enemigos!

Empecé a soltar suavemente los broches de la *robe*... Se enredaron mis dedos en finísimas puntillas. El aliento de Aranka silbaba por la nariz. La besé en la boca. El pecho estaba ya desnudo. Acudí, para mí mismo, al encantamiento de las imágenes:

—Dulce misterio... dicha que me embravece... almohada de plumas que me turba... blancura caliente que me ahoga... La caricia me devuelve mil veces lo que doy... el beso en esta carne me hace subir a lo maravilloso... olor de gloria sale de tu vida... Eres en mis brazos presa codiciada...

—¡Ah!... ¡es... demasiado!...

—¡Demasiado poco!... ¡Hasta el fondo!... ¡hasta la falda de la montaña!... La defensa es inútil... no podrás desprender mi boca de donde quiera pegarse...

—¡Acaba!...

—No acabaré mientras haya obscuridad... detén el día...

—¡Falta mucho!... ¡Ay!... ¿no vas a dejarme?

—¡Detén el día!... Eres palmera cargada de dátiles... treparé con mis piernas...

—¡Loco!...

—Pan que devoro... Tabla en mi naufragio... ¡Me besas! ¿Me amas?

—¡Sí!... ¿no lo sabías?...

—No lo sabía... ¿Soy tu amante?...

—¡Eso... no!... ¡Acaba! ¡déjame!...

—¡Detén el día, Aranka!... eres feliz... tu cuerpo lo es... ¡me besas!

—Para que te sientes... otra vez. ¡Siéntate!... ¡siéntame!...

—¡No! Las bestias no oyen... Mi deseo revienta en borbollones como el agua que hierve...

—Quiero sentarme...

—Yo quiero tenerte a mi gusto... quiero ser perro de caza para levantar tus senos y alcanzarlos con los dientes...

—¡Terco!... ¡Ay! ¡acaba!

—¿Eres mi amante?...

—Eso no es amor... ¡tú no amas!

—¿Que no te amo?... No importa. Gozo de mi maldad... mi maldad te rinde... Mi sed ha pasado a ti y te echa a tierra... Fuiste mi ideal sombrío... Mi bestia está preparada... te transpasará la vida...

—Loco... terco... niño... loco... ¡ven! bésame...

—En la boca te besé mucho... Tengo ahora mis primicias...

—¡Ven!...

—Mis manos son manos de avaro que cuentan puñados de oro... ¡no dejo mi oro!...

—Loco... acaba de contar...

—Muchos puñados saco de mi gran fortuna... también acá... ¡aquí hay más!... preciosa harina que amaso...

—¡Nada... más!...

—Soy loco... ¿eres mi amante?

—Estoy estrujada... ¡ven!

—¿Soy tu amante?

—Sí... ven... ¡ven, loco terco!... ven, que amanece... Detén tú... el día... ¡detenlo!...

Saldos matemáticos

Volvimos a la sala, con las precauciones de malhechores. El amanecer no despuntaba aún. Aranka tenía aspecto de salir de una batalla. Las ondas del peinado no se sostenían y resbalaban sobre las mejillas encendidas como pertinaces colgajos de farsa, recordando la lujuriosa revolcadura. No era la misma mujer, sino la caricatura de una dama virtuosa sorprendida en los espasmos del deleite que la rebajan... Las coloraciones de ese deleite la bañaban; quería borrarlas; se aumentaban; hacían más álgido el contraste del gesto digno sobre los abigarramientos de la alegría sensual que desbordaba después del triunfo. Empeñándose en la recomposición, sólo conseguía complicar el desorden de sus facciones y de sus movimientos; y se encendía mucho más, porque comprendía que cada recompostura la dejaba más descocada. Huía a las miradas de frente y la dejé resguardarse en un sillón donde fué a arrinconarse, a la sombra del piano.

En mí, todos los indómitos impulsos se habían aquietado, dándose no por satisfechos sino por saciados. La posesión había sido tramitada por el cerebro y quedaba exhausto, pues la victoria había sido sobre la animalidad, artificiosamente deseada y dominada a obscuras. Con el cerebro, acababa de violar a la Aranka superior de once años atrás; mis sentidos habían buscado la compensación ofrecida por Lea, el manjar de largas privaciones, la revancha sobre el puritanismo de las falsas resistencias que se complacen de amoríos fraguados en la soledad del tocador y de las sábanas. El cerebro salía vencido en la esencia de su empresa, pues Aranka se había entregado mediante el mecanismo de las excitaciones bestiales; los sentidos habían quedado ahitos al primer avance. Deseaba la pronta aparición del alba para montar a caballo. Dijo, por decir algo:

—Debes casarte... No estás bien, soltero.

—¿Casarme?... ¿qué me espera en el matrimonio?

—Una esposa... una familia...

—No. Ocho leguas se andan cada ocho días...

—¡Cómo! ¿piensas venir?

—¡Necesariamente!

—¡Ah! ¡no! ¡no vengas!

—¿Eh?... ¡que no venga!...

—Te suplico... ¡Verme envejecer!... ¿sabes que puedo ser... abuela? Te lo suplico... no vuelvas... podré, si no me ves más, soñar que sigo siempre en esta noche. Tú, cásate.

—¿Ni otra vez debo venir?...

—Nunca. Me moriría delante del espejo cuando te esperara... ¡Nunca! Dame tu palabra.

—No la daré jamás, Aranka: la imposibilidad nos haría envejecer a los dos.

—Dices bien; pero... ¡no vengas! Cásate pronto.

—¡Cásate!... ¡el matrimonio!... Sí, es buen asunto: deberes de linaje... la mujer adaptada a mi vida exterior... una gran señora atenida a las solemnidades del rango... ¡bah!

—¿No hay que hacerlo, más tarde o más temprano?

—Háganlo quienes están en el mundo para un papel de escalafones... ¡Casarme, por un programa de casarse! ¿Ha sido así como tú te has casado?

—¿Yo?—se recató en la voz...—¿Tan mal nos juzgas a las mujeres?

—No juzgo a nadie; pero no me hago ilusiones. Desconfío del matrimonio, porque tengo por irrevocable que el casamiento liquida el amor y hace dos víctimas. Necesito la libertad: sólo en ella puede tener un valor lo que es dado y lo que es recibido. Está bien que el mundo se acomode a las ventajas de la falsificación: yo no la aceptaría dos horas en mi lecho.

—Sin embargo... ¡bah! todo decae hacia lo convencional.

—Porque todos claudican. Lo convencional es producto de la cobardía... es el artículo barato de nuestra mesa... es la botella rancia del vino en agraz... A quien le baste eso es porque le basta ser esclavo una hora y tirano otra, para considerar bien llenada su misión humana. Pienso no ser nunca ni tirano ni esclavo. Quiero que mi mujer sea mi amante mejor que mi esposa.

—¡Amante!... ¿cuánto dura eso?

—Lo que dure, un día, un mes, un siglo... ¡pero que sea!

—Y después... ¡cada cual a su infierno!...

—¿Por qué a su infierno? El infierno es el de las caricias pos-

tizas... el amor que estudia sus muecas, muy moral, dosificado por los regalos o por las imposiciones, que se espeluzna a la primera irregularidad del rito decente, que se asquea por necesidad, de la bajeza misma, todas las mañanas...

—Hay mujeres santas...

—¿Para qué me serviría una mujer santa? ¿acaso yo lo sería? ¿acaso aceptaría de ella una sumisión al deber que no quiero que tenga, precisamente? Mi esposa, ha de serlo por su fuerza de alma, en la absoluta emancipación de sus inclinaciones, por la felicidad que sacara de hacerme feliz, sin medida de las cosas extrañas a eso. Otra clase de esposa sería un ladrón de las alegrías que saliesen de mi engaño... y el matrimonio no es más que el arte de vivir engañándose.

—Es posible... Amanece...

—Sí. El día viene...

—¡Dios mío! ¡qué tarde hemos llegado uno para el otro!—se lamentó, no atreviéndose a salir de su escondite...

(Continuará).

CELOS

Duerme la amada. En el total abandono del reposo, su cuerpo adquiere gradualmente la divina serenidad de una estatua amorosamente modelada. La luz proyecta sobre su rostro la sombra rosada de la pantalla y es como si un bello sueño de pasión la enardeciera...

Semitendido, con el codo apoyado en la almohada y descansando en la mano la cabeza, la contempla el amante. De pronto, con precauciones infinitas para que no despierte, retira las ropas que la ocultan y descubre por completo el prodigio de su forma.

No hay latido, no hay vibración del cuerpo adorado, que él no recoja ávidamente. Luego, suavemente, con la pecadora suavidad del deleite hurtado, palpan las yemas de los dedos la blanca y roja flor de los senos perfectos; se deslizan por la línea audazmente acentuada del talle... y sus propios dedos toman poco a poco la dulzura de gamuza de la carne enloquecedora. Y es como un raro placer de artista que se complaciera en palpar su obra más perfecta. Multiplica y varía el deleite de la contemplación y de nuevo la mira dormir y de nuevo la cubre mimosamente y vuelve a su extraña guardia de amor, como si el absurdo temor de que le arrebaten su tesoro durante el sueño, le impidiese cerrar los ojos...

Ahora se yergue con un terrible pliegue de dolor y de amenaza en la frente. Es que la amada sueña... y todo su cuerpo es como un acorde perfecto que vibrase sostenidamente en las cuerdas de un violoncelo pulsado por una mano viril... y se agita, y se levanta, y gime atormentada por un placer intenso... De pronto, los pequeños labios sonrosados, besan largamente, con un beso de tan extraordinaria pasión, que se diría que entregó con él la vida... tan pálida queda... Desesperadamente acecha el amante la palabra reveladora: "¿Quién?"... "Nunca respondió a mis

ansias esta boca con la veracidad de un beso semejante... nunca murieron así para mí las rosas de su carne... jamás obtuvo mi amor el triunfo de un abandono tan completo... ¿Quién supo llegar hasta ella? ¿Qué fuerza o qué audacia me la arrebata?" Y la tortura del celoso redobla su furia en espantoso crescendo de borrasca interior.

Es necesario saber en seguida. Agita con violencia a la durmiente: — "¡Despierta!... ¡oye!... ¡Despierta!... Dime la verdad: ¿Qué sueñas? ¿con quién?... ¡Ay de ti si mientes!... ¿A quién besabas? ¿Por quién gemías? ¿qué palabras que no pude oir musitaban tus labios? ¡Contesta!" — Y sus uñas se incrustan en la carne casi infantil y una terrible ansia de destrucción agita sus nervios como a un cordaje tendido un viento de tempestad...

La divina criatura cree que su delicioso ensueño se ha transformado en infernal pesadilla y mira con los luminosos ojos dilatados por la sorpresa, aquellos otros ojos locos de celos y aquellos labios resecos que sólo saben repetir: — "¡Contesta! ¡habla! ¿a quién besabas?... a quién!"

Sonríe tierna y maliciosa la apasionada... "—¿Y a quién sino a tí?" Con la extraordinaria agilidad de una fiera acosada, salta el bárbaro del lecho, arrastrando tras de sí a la grácil mujer, que semeja una hoja barrida por la furia de un ciclón. Y así el insensato convulsionado por el tremendo azote de los celos, ultraja lo que respeta, destruye lo que admira, tortura lo que acaricia, aborrece lo que ama... Bastó para ello un beso dado en la ausencia de un sueño a unos labios quiméricos, transformados por el deseo de la amada en los suyos propios...

Para el poseído de maligna demencia, la naturalidad es cinismo, es impudicia la inocencia, es burla procaz la verdad...

Gime la amada. Sobre la alfombra roja, su cuerpo desnudo y blanquísimo, parece una soberbia garza real con las alas rotas... Horrible de dolor y de inquietud, con los ojos locos de terror ante la visión trágica, sacudido por demoníaco simún de sangre, ruge el amante... y el alba pasa...

MIREILLE.

Enero de 1915.

BIBLIOGRAFIA DE HISTORIA AMERICANA

Ensayos de Historia Colonial. — Don Baltasar de Arandia. — Antecedentes y desventuras de un Corregidor en 1778, por *Carlos Correa Luna,* (con un prólogo de Juan B. Ambrosetti). — De los *Anales de la Academia de Filosofía y Letras,* tomo 3. (Buenos Aires, Imp. Coni hermanos, 1915, 336 páginas).

I

El antiguo director de *Caras y Caretas,* cuyo fino y travieso espíritu hemos admirado al través de la interesante página de *Sinfonía,* continuada en *Fray Mocho,* hase incorporado de un solo golpe a la primera línea de los historiadores, con un libro al cual nos es muy grato "dar la bienvenida y hacer la salva con honras"...

Acogido por los *Anales de la Academia de Filosofía y Letras* de acuerdo a la resolución general de dicho alto cuerpo, fecha 27 de Agosto de 1913, (1) responde al insigne honor por su contenido inédito, en su mayor parte, y por la bella y metódica reconstrucción de la vida de un obscuro Corregidor de *Chichas,* eficazmente aprovechada, para estudiar la época colonial en sus postrimerías asaz interesantes.

Se revela en esta obra ese espíritu de abnegación necesario irremisiblemente para estudios tales que llevan su encanto a constituir *"un modo de vivir que no da de vivir",* en contraposición al ejercicio de la *villana* y opípara actividad comercial, que según la gráfica expresión de Larra, reduce "hasta los sentimientos y pasiones a valores de bolsas"...

En el caso, el artífice evidencia calidades especiales, puesto que *Don Baltasar de Arandia* es una figura de segundo orden, que

(1) ..."que la Academia podría publicar en sus *Anales* los manuscritos de personas que no pertenecieran a ella, siempre que fueran presentados, comentados o anotados por un académico"... *Anales,* tomo III, pág. 12.

no ofrece al investigador esas pulpas generosas, que llenan y caracterizan de por sí, un estudio histórico! Y no es que se suplan los vacíos con *mejoramientos retóricos*. Correa Luna, manejando hábilmente la comprensiva y afilada visión de que dispone, aprovecha hasta el accidente al parecer más frívolo y superfluo para *vestir y mover* su personaje, advirtiéndose siempre la "unión del estudio concienzudo con el talento de la expresión".

La ímproba labor que significa *Don Baltasar de Arandia* está realzada por las dificultades que para ello han debido vencerse tocante a la tarea de pesquisar y clasificar documentos; tarea penosa y poco fulgurante como benemérita, que nunca se encarecerá lo suficiente. Así ha debido comprenderlo el superior espíritu de Taine al dedicar "Les Origines de la France Contemporaine": —*"A messieurs les Archivistes et Bibliothécaires"*—en testimonio de *gratitud* y de *respeto*.

Entre nosotros existe todavía el tipo recalcitrante del *papelista* zamarreado por el doctor Ramos Mejía; que prefiere entregarlos a la voracidad de la polilla antes que franquearlos al estudioso; "depositarios torpemente *celosos*, — como él los llama — y que tan desgraciadamente realizan al pie de la letra lo del "perro del hortelano..." (1) De esto sale también airoso Correa Luna, pues ha conseguido incorporar a su estudio un número considerable de documentos inéditos, única base formal hoy para pretender formar con autoridad en la legión de nuestros cronistas e historiadores coloniales.

La naturaleza de su trabajo requiere investigaciones asiduas y opacas, y como decía el doctor Vicente G. Quesada, con la gran autoridad de su experiencia y de su labor; "sin duda, indagaciones semejantes exigen gran preparación y una paciencia de benedictino... las cuales insumen una vida entera y sólo arrancan una sonrisa de lástima a quienes afectan desdeñar todo lo que huele a erudición." (2)

Noble y seductora tarea de la que él fué cultor ejemplar hasta el último día de sus fecundos 84 años, "siquiera para fundar el voto de que los trabajos de investigación histórica erudita no queden sin continuadores, dando a la generación este consejo de viejo: "estudiad la historia nacional, indagad sus detalles con verdadero

(1) J. M. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*, tomo I.

(2) Dr. Vicente G. Quesada: *La Vida intelectual en la América Española, etc.*, pág. 191.

amor y recordad que también se sirve a la patria trabajando con los archivos y en las bibliotecas, como otros lo hacen en los Congresos y Ministerios..." (1)

II

Consta *Don B. de Arandia* de diez y nueve capítulos, así intitulados: I, Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires; II, Las Fiestas; III, Ceballos y Bucarelli; IV, El gobierno de Vértiz. Arandia en Potosí; V, Los Escaladas; VI, La ilusión de la libertad comercial; VII, La noticia en el Alto Perú; VIII, El nombramiento; IX, Los Corregidores y el Repartimiento; X, El crimen de García Prado; XI, Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas; XII, El señor Corregidor. La increíble audacia de Don Salvador Patzi y Perearnau; XIII, Una terrible jornada; XIV, Un almacén alto peruano en 1778. La fuga de Don Tomás Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau; XV, Un Corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de Don Baltasar; XVI, Los sucesos de Tarija; XVII, La vuelta de García Prado; XVIII, La "venganza" de Don Baltasar, y XIX, La última sorpresa...

Además una nota final sobre la fecha posible del fallecimiento de don Baltasar; un Apéndice de documentos inéditos relativos al mismo, y un Indice Analítico de suma utilidad.

III

Hemos dicho que Arandia es personaje de segundo orden como una forma de elogio a su autor, que lo ha concluído tan deliciosamente por los cuatro costados, que a ratos se nos parece un tipo digno de Cervantes o escapado de su pluma; porque él nos resulta el ejemplar algo común de aventurero cuyo ideal consistía en "ganar dinero de cualquier manera";... uno de tantos de aquella época feliz en que su tocayo y paisano *Don Baltasar de Arce, se obliga a pagar a Gabriel Rodríguez de León, vecino de San Luis, 700 varas de lienzo de Cordova y 12 arrovas de vino por tres estancias que le compró en San Luis...* (2)

(1) QUESADA: ob. cit., pág. 192.
(2) De un M. S. en nuestro arch.

Nos presenta Correa Luna al héroe de su narración, "el joven Don Baltasar de Arandia", en el momento en que a título de recién llegado a Buenos Aires y deseoso de figuración concurre a las reuniones preparatorias de las fiestas de la coronación de Carlos III, en las que, por supuesto, ocupó un lugar "adelante", "con su bien escobillado traje negro y su casaca de tontillo"... De aquí hasta hacerlo funcionar estrepitosamente en Chichas, antes y después de recibir la *confirmación anhelada del Virrey Ceballos,* el hombre desarrolla sus *jornadas terribles,* "decidido a la conquista del vellocino de oro" y sale airoso — a su modo — de cuantas pellejerías comprometieron su investidura de Corregidor, bien que por ahí desfalleciera el ánimo y el bueno de Don Baltasar espichara a su amigo don Francisco Antonio de Escalada, aquella carta en que rememorando *"a su dilattada y amada familia* con igual seguridad de los graves intereses en que esttoy descubierto con su testtamenteria y casa, no escusará diligencia, oficio ni medio alguno..." de protegerlo ¡es claro!... Pero Don Baltasar, dice Correa Luna — en su desesperación, ni con esto se satisfacía. Quería más, quería otras influencias, la del reverendo Parra, por ejemplo, el famoso orador sagrado, de quien era amigo, probablemente desde las fiestas de la Coronación de Carlos III. (1) Más

(1) En nota a la pág. 123 de Don Baltasar, escribe el señor Correa Luna: "Este reverendo Parra debe ser el mismo Fray Pedro José de Parras de quien *Trelles,* transcribiendo a Latassa y Ortin, trae abundantes noticias biográficas". Después de otras referencias, agrega: "Aun vivía en 1787". Por la importancia de la nota referente al ilustre ex Rector de la Universidad de Córdoba, vamos a rectificar el dato, acogido por el señor Correa Luna. Efectivamente, el *Parra* cuya influencia tanto interesaba en su favor Don Baltasar, es el mismo "muy ilustrado y virtuoso franciscano Fr. Pedro José de Parras", digno continuador de los empeñosos esfuerzos del ex Rector y Cancelario Pedro Nolasco Barrientos, a quien entró a reemplazar según el "título y nombramiento" de Rector, no sólo del Colegio de Monserrat, sino también de la Universidad de Córdoba, y por "Cancelario de ella", despachado por el Virrey don Juan José de Vértiz a "dose" de Septiembre de 1778. El rev. Parras había concluído su carrera de lector en teología en España "de donde fué oriundo" y hecho su profesión religiosa en un convento de Zaragoza. En la *Compilación de escritores Aragoneses de Latassa y Ortin,* citados por Trelles y Correa Luna, se dice también: "Aun vivía (Parras) en 1787", lo cual es un error, pues Fr. Pedro José de Parras murió el *7 de Septiembre de 1784,* entre 8 y 9 de la noche, según comprobamos con la transcripción siguiente que extraemos del tomo II, pág. 4 de los *Anales de la Universidad Nacional de Córdoba,* por el R. P. Fr. Zenón Bustos (1902) donde se registran preciosas noticias del benemérito franciscano. He aquí el interesante documento: "Excmo. Señor: Ayer siete de Septiembre, entre

adelante en *unas de las alternativas optimistas de su carta a Escalada* — como dice el autor — sin dejar de recordar los trabajos padecidos, declara Don Baltasar "que no sólo adquiriría méritos y honores", en su empleo, sino "también *logrando el título,* 25 a 30 ₰ p.s" y añadía: "corriendo las cosas en términos regulares *y sin reattos de conciencia* y *a mal salir la mitad;* con *mi media bajillita de platta',* lo que ha hecho decir a Manuel Carlés en una nota bibliográfica muy interesante sobre este libro: "aunque el balsámico benjuí de los zahumerios religiosos, ardiera como remisor de culpas hasta en los rincones del caserón colonial, el diablo reinaba soberano en algún repliegue de la conciencia indiana, al amparo del materialismo más campante"... Tal fué el hombre lleno de aventuras gráficas y expresivas a quien García Prado llegó "en sus inicuos enrredos a tronchar en flor las generosas ilusiones gubernativas"; de un Don Baltasar de Arandia, a quien Correa Luna hace morir antes del 22 de Agosto de 1801, no sin antes hacernos saber que en Agosto de 1782 "libre, *casi famoso,* mirado con respetuosa curiosidad en Buenos Aires, y citado como un ejemplo entre los corregidores alto peruanos que habían sobrevido a la catástrofe", del levantamiento de Tupac-Amarú, Don Baltasar obtenía fácilmente de Vértiz que se le eximiera del juicio de residencia y que se le cancelaran las fianzas de 1778. Después de todo — se agrega con profunda filosofía, no fué ni mejor ni peor que algunos de sus contemporáneos; y probablemente, jamás llegó a ganar vendiendo o acarreando negros, ni siquiera la "media bajillita de platta" con que soñaba en vísperas de ser Corregidor...

---

ocho y nueve de la noche fué Dios servido llevarse para sí al P. Fr. Pedro José de Parras, Rector de esta Universidad y Colegio Consistorio de ella. Hasta ahora corrió la provisión de este empleo a cargo del Real Patronato, que reside en V. E.; y los señores Virreyes sus predecesores, lo han conferido desde la expulsión de los ex jesuítas, a los religiosos Franciscanos, sin que yo haya podido averiguar hasta ahora la verdadera causa de esta preferencia. A representación de este Ilustrísimo Prelado y del difunto P. Parras se me confirió por el predecesor de V. E. el empleo de Cancelario, la facultad de suplir todas las ausencias y enfermedades del Rector, y en calidad de tal, me pareció indispensable hacer presente a V. E. todo esto, a fin de que se digne proveer dicho empleo en el sujeto que fuese de su superior agrado, quedando yo en el entretanto que V. E. resuelva, al cuidado de todo ello. Dios guarde la preciosa salud de V. E. — Colegio de Córdoba y Septiembre 8 de 1784. — *Fr. Pedro Guitián.*

Perdonamos al desventurado Corregidor [1] de Chichas en 1778, en gratitud de las emociones que nos ha deparado este pintoresco y erudito estudio, absolvemos a su distinguido autor del pecado que comporta, en los de su clase, el único error que le anotamos. Tanto más cuando sus cuadros coloniales de verdadera mano maestra prometen completarse, como expresa el siguiente párrafo de carta que transcribimos y que acogerán complacidos los que ahora conocen a Don Carlos Correa Luna en la integridad de su faz de *maestro* en aficiones históricas! — "Tampoco deje Vd. de facilitarme para consultar los papeles de que tantas veces hemos hablado sobre el Alto-Perú a fines del siglo XVIII. Ya estoy ocupándome de reunir materiales para un nuevo libro".

Que salga, y que salga pronto el nuevo *Don Baltasar!*

La Política Económica de España en América y la Revolución de 1810, por *Ricardo Levene* (127 páginas, 1914).

Echeverría expresó claramente en su *Plan Económico* que para el conocimiento de la formación histórica de la nacionalidad argentina es indispensable estudiar las etapas iniciales de su vida económica, clave fundamental para comprender el mecanismo evolutivo de su régimen político y de sus instituciones.

A este pensamiento cardinal se conforma el nuevo libro del distinguido profesor Levene, que reputa también "indispensable el estudio económico de la sociedad del Plata — la lucha, que diría Ihering, por la libertad económica — para estimar el origen y el sentido de la revolución política de 1810".

No se trata en el caso de la interpretación económica de la historia colonial, si bien conceptúa el autor que la condición económica es la base de la organización social, porque sigue de inmediato a la vida, como que se propone sustentarla. [2] El doctor Levene tiene desde luego en vista nuestras necesidades morales, religiosas, jurídicas, etc., que, como él bien lo dice, "ejercen una influencia muchas veces decisiva, no sólo sobre el desarrollo de las luchas históricas y sociales, sino también sobre las mismas

(1) El *Corregidor*, dice Correa Luna, después de haber penetrado hasta el alma del régimen colonial, *es una especie de abuelo administrativo de nuestro comisario de campaña del tiempo de Martín Fierro*. La definición no puede ser más gráfica ni más sustanciosa...

(2) LEVENE, pág. V.

condiciones económicas". De su estudio surge su convicción de que si la teoría del materialismo histórico como doctrina filosófica de valor universal debe ser relegada a la categoría de las cosas pasadas [1] el factor económico — en cambio — ha sido de la mayor importancia en la historia y debe estimarse... Nos ha enseñado — como dice con felicidad el doctor Ruiz Guiñazú — *a investigar por debajo de la superficie.*

Como estudio de *investigación erudita,* diremos, el del doctor Levene nos resulta incompleto, mejor dicho, deficiente, si recordamos sus palabras al encarar *la crisis económica de España* durante el siglo XVII y la *miseria colonial:* "nos proponemos reconstruir la base de la sociedad colonial del Plata"... En este importante capítulo no vemos que establezca hechos nuevos ni llegue a otras conclusiones que las establecidas en cuanto a las causas del decaimiento industrial de España, su despoblación y empobrecimiento, y los remedios conducentes, que los que se fijan en el *Discurso sobre la Educación popular* y sus *Apéndices,* obra editada en la imprenta de Sancha el año 1775, y de la cual se sirve abundantemente. No es una crítica; establecemos simplemente un hecho que concuerda con su advertencia: "este trabajo no abarca sino la primera parte de un plan más amplio que el autor se propone desarrollar, continuando sus investigaciones en los archivos nacionales". Por lo demás, sería hasta necio exigir una originalidad imposible con estos asuntos y pretender en consecuencia que no se aprovechen las minuciosas memorias y discursos de: Cristhobal Pérez de Herrera, sobre *el fomento de los riegos* — 1610 — aconsejando a Felipe III; del Catedrático de Escritura de la Universidad de Toledo, doctor Sancho de Moncada, en su discurso *de la restauración de España;* de las observaciones sobre la expulsión de los moriscos — 1609 — y la decadencia de las manufacturas; de fray Angel Manrique, obispo de Badajoz, en su discurso *del Socorro* (a los principios del Reinado de Felipe IV); de don Miguel Alvarez Osorio, en *su discurso Universal de las Causas,* que ofreció al "invicto monarca Carlos II, *como el cornadillo de su limitada suficiencia";* de Pero Mexía en el *diálogo de los médicos;* Francisco de Cisneros y Jerónimo de Parras, "alcaldes del Arte-Mayor de la seda de la

---

(1) Ruiz Guiñazú. — *La Interpretación Económica de la Historia,* pág. 13.

ciudad de Sevilla"; Francisco Martínez de la Mata, en el memorial presentado a Carlos II, etc.; Campomanes y hasta Jovellanos en su magistral *"imforme* de la *Sociedad Economica"*, en el exped. de la ley agraria, que con otros documentos y autores hemos de considerar siempre como fuentes directas de observaciones reales que permiten establecer que la causa de aquella *decadencia era fundamentalmente económica, debida a la crisis de la industria y la ruina del comercio exterior.*

Notamos fallas cuya observación parecería nimia, pero que no lo es tratándose de una investigación erudita y de un autor de su clase. En la página 39, v. gr., cita de: "Documentos del Archivo de Belgrano", Tomo I, pág. 60, (Ed. del Museo Mitre, 1913) párrafos de la "Memoria que leyó el Licenciado D. Manuel Belgrano en el Consulado (en Junio de 1798) y que corresponde a las páginas 41, 42 y 43 del mismo documento publicado ya en 1799 por "la Real Imprenta de Niños Expósitos". (1) Es un desliz que imputamos al *bibliófilo,* pues tal tiene que ser un investigador y expositor que en su primer esfuerzo formal de estudioso adquirió autoridad de maestro! (2) A esto agregado el que se cite como fuentes a Mitre, Altamira, del Valle Iberlucea, Labra, etc., además de demostrar cierta deficiencia bibliográfica, nos confirma la gravedad del defectillo de método, desde que, como dice Xenopol, *los documentos* nos trasmiten los vestigios del hecho pasado, sin su imagen, *pasando por* la inteligencia del que los percibió y consignó. ¿Refleja ese espejo la verdad? — pregunta el autor de *Teoría de la Historia.* En este caso, contesta, no sólo la experiencia histórica, sino también la psicológica nos muestra que el hecho más insignificante y menos digno de ser observado no es reproducido nunca de igual manera, y que el que lo refiere, cuando describe el mismo hecho varias veces, modifica en cada una el relato... (3) Y como establece Niebuhr, citado por Xenopol; — como principio de crítica histórica, "no hay que olvidar que las relaciones históricas jamás expresan directamente el hecho que refieren, sino ante todo la impresión que han dejado en el espíritu del relatante". Se com-

---

(1) 49 páginas in 4° m.

(2) No podríamos sacar como consecuencia, de la observación de este hecho, que el doctor Levene conoció recién en 1913 documentos publicados en 1799... Su consagración a la materia le pone a cubierto de esto que lo mostraría algo rezagado...

(3) Xeponol: *Del método en Historia,* pág. 527.

prenderá, entonces, cómo las obras usadas por el doctor Levene no pueden llamarse sino *fuentes segundas* o *terceras,* que en operaciones de su índole *reconstructiva,* deben ocupar un lugar muy secundario. Así al menos lo entendemos. Trata la historia de nuestros días, en todo lo posible, de basar sus datos — escribe Xenopol, — en las fuentes más dignas de fe y cabe esperar con Ranke, el tiempo "en que establezcamos la historia moderna no ya sobre los escritos mismos de los contemporáneos... sino de los *documentos más verídicos e inmediatos*"... "La historia no puede ser escrita de los manuscritos", ha dicho Mark Pattison, pero la condición primordial para hacer bien los trabajos de erudición — Langlois y Seignobos — es encontrar placer en ello... Bien que algunos puedan repetir la frase de Leibnitz a Basnage (que le había exhortado a formar un *Corpus* inmenso con los documentos inéditos e impresos relativos al derecho de gentes): "No estoy *de humor para hacer de copista*... ¿Y no creéis darme un consejo semejante al que daría una persona que quisiera casar a un amigo con una mala mujer? Porque es casar a un hombre enredarle en una labor que le ocupará toda la vida"... (1)

Pero, desde que no está hecha la labor preliminar, hay que intentarla siquiera sea estimulado por la gloria ofrecida por Renan, *a los benedictinos!*

Nadie ama más que yo los ingenios fogosos — ha dicho el doctor Quesada en un extenso y razonado juicio sobre esta misma obra del doctor Levene (2), — pero en materias históricas, considero peligrosísimo entrar a galope por las dos esquinas... Así, me ha llamado la atención que el autor parezca no conocer una obra tan fundamental como la de José de Veitía Linaje: *Nota de la Contratación de las Indias Occidentales* (Madrid, 1672), pues si bien la cita en una nota, página 83, y alude a ella, al pasar, en la página 87, se diría que lo hace sólo al través de la obra de Antúnez y Acevedo, que se apoya por completo en aquél; (nos reafirma esto en la observación que hiciéramos sobre *las fuentes);* pero lo que más extraña — agrega el doctor Quesada (pág. 68) — es que totalmente omita ocuparse del libro de Pedro González Salcedo: *Tratado Jurídico del Contrabando* (Madrid, 1729)... Verdad es que tampoco parece conocer la serie de vo-

(1) Langlois, pág. 131.

(2) Ernesto Quesada: *La Evolución Económica Social,* de la Epoca Colonial en ambas Américas. — 70 páginas — 1914.

lúmenes de la *Historia política de los Establecimientos ultramarinos de las naciones europeas,* por Eduardo Malo de Luque (Madrid, 1784); y así anota el reputado profesor Quesada observaciones justificando *las minucias* en la necesidad de agotar siempre la "literatura de la cuestión" por honestidad mental, a fin de tener en cuenta las opiniones de todos los que, antes de uno, se han ocupado de un asunto".

Con todo, el libro del doctor Levene es una contribución importante que precisa causas y señala consecuencias con respecto al magno acontecimiento de 1810; aunque un poco flojo por desobediencia al precepto de *no trabajar con rapidez;* pero también no nos cabe duda que en la definitiva, el aventajado profesor de nuestra Universidad ha de integrarse y corregirse con la vastedad a que le obligan sus talentos, que siempre hemos saludado con el más cumplido elogio.

Rematando conclusiones y echando de ver los puntos cuyo desarrollo exigen un espacio mayor, concluye el autor: "Seduce el tema, que aspira a demostrar no que el factor económico es exclusivo o predominante en la evolución colonial del Plata, sino que es básico; y que el proceso de emancipación de la América española fué un proceso natural, con las violencias de los alumbramientos, pero en la hora de su pubertad, que es la de la potencialidad económica y la conciencia colectiva en la vida de las sociedades".

El doctor Levene, que por esfuerzo propio ocupa un lugar de primera fila en el estado mayor de los estudiosos, tiene títulos muy suficientes a nuestra especial consideración; y al emitir este juicio, hemos tenido en vista la altura desde la cual propaga ideas, abre rumbos y se constituye en ejemplo de la juventud de su país, y obedecido a un sentimiento de lealtad que él está obligado a comprender en su verdadero alcance.

DARDO CORVALAN MENDILAHARSU.

Febrero 1915.

CIENCIAS SOCIALES

La Nationalité *au point de vue de la législation comparée et du droit privé humain.* Conférences faites a la Faculté de Droit et des sciences sociales de l'Université de Buenos Aires, par E. S. Zeballos. París, 1914.

El eminente profesor de Derecho Internacional Privado de nuestra Universidad — o de Derecho Privado Humano, como él ha bautizado esta ciencia, — acaba de publicar en francés y bajo el patrocinio de la propia Facultad de Derecho, dos gruesos volúmenes impresos en París y que contienen una parte del largo e importante curso que viene dictando el doctor Zeballos desde 1910.

La copiosa obra — hasta ahora son dos volúmenes que suman 1500 págs. in-4, — es un estudio minucioso de "la nacionalidad" o sea el vínculo jurídico que une una persona a una nación determinada. Antes de hacer el análisis específico de todos los sistemas adoptados por las diversas naciones para el nacimiento, pérdida y creación de tal vínculo, el doctor Zeballos estudia en diversos capítulos: la formación de las naciones y de los estados; la población y el pueblo; los derechos y deberes del estado; el concepto de nacionalidad, y el vínculo de nacionalidad en el derecho positivo europeo y americano.

El fundamento jurídico de los estudios del doctor Zeballos, está contenido en diez *axiomas* (pág. 233 y s.), a saber: 1. La nacionalidad es un vínculo voluntario *bona fide*. — 2. Toda persona debe tener una nacionalidad. — 3. Ninguna persona puede tener dos nacionalidades. — 4. Toda persona tiene el derecho de cambiar libremente de nacionalidad. — 5. El Estado no tiene el derecho de prohibir a las personas que cambien de nacionalidad. — 6. El Estado no tiene el derecho de obligar a las personas, contra su voluntad, a cambiar de nacionalidad. — 7. Toda persona conserva el derecho de recobrar la nacionalidad que haya abandonado. — 8. El Estado no puede imponer su nacionalidad a las

personas domiciliadas en su territorio. — 9. La nacionalidad natural o la que ha sido voluntariamente aceptada determina, en cuanto a las personas, la aplicación del derecho público. — 10. El Estado está en el deber de determinar la condición de las personas sin nacionalidad, en derecho público y en derecho privado.

Para aceptar el carácter axiomático que el doctor Zeballos quiere dar a esas proposiciones, es necesario tener un concepto utilitario, contingente, y variable de la nacionalidad, que es poco frecuente. Si hay algún derecho cuya posesión se conserve *solo animo* y con prescindencia de todo ejercicio actual, ese es la nacionalidad, cuyo vínculo jurídico se identifica con un sentimiento ya se sabe cuán pertinaz e inmutable: el patriotismo.

Pero el doctor Zeballos no se ha propuesto tan sólo demostrar nuevas verdades jurídicas; hombre político, estadista, él ha querido contribuir a la solución de algunos de los grandes problemas de nuestro actual estado como país de inmigración. Ha querido mostrar en su obra de qué modo absolutamente incontestable es argentina la nacionalidad de los 1.200.000 hijos de extranjeros — cálculo del autor — que existen en nuestra patria. Por cierto que es algo molesto para esos hijos de extranjeros ver en discusión, aunque sea para fundar su justicia, lo que ellos reputan su indiscutible nacionalidad argentina, pero desgraciadamente su carácter de ciudadanos argentinos no aparece con la misma evidencia para las leyes de los países europeos. De ahí la conveniencia de este debate científico, que aunque moleste y choque a los aludidos es necesario para combatir las pretensiones de los estados europeos partidarios del *jus sanguinis*.

Otra interesante comprobación del doctor Zeballos es la de que la enorme mayoría de los extranjeros establecidos en la República Argentina han perdido su nacionalidad de origen, según las propias disposiciones legales de los países en que han nacido. Son, pues, *heitmathlos,* hombres sin patria. ¿No es una obligación del Estado argentino asimilarse toda esa gente sin nacionalidad? — pregunta el doctor Zeballos. A realizarlo tienden sus patrióticos esfuerzos.

Pero es de temerse que el vínculo así formado sea harto frágil y poco duradero. Se aceptará, sin duda, por el extranjero, el favor de una nacionalización que le es útil y le viene otorgada sin humillaciones. Pero quién sabe si llegado el caso de exigirse

a esos argentinos de nuevo cuño algo más que el simple usufructo de las riquezas del país, no les falte ese empuje de amor sin interés que constituye el verdadero patriotismo y cuya sede no es, como se sabe, la boleta de naturalización, sino algo más recóndito que no deriva de la ley!

El doctor Zeballos se parece a Alberdi en dos características: 1.º En que tiene cierta predilección por el extranjero; y 2.º En que atribuye demasiado importancia a la legislación. Alberdi creía que bastaban diez artículos de la constitución organizados del modo que él proponía, para que la inmigración afluyera a nuestros desiertos. Zeballos cree que una ley bien trazada es capaz de hacer argentinos a los millones de italianos, españoles, franceses, etc., — que, — por más que amen a esta tierra donde consiguieron cierta aproximación a la felicidad que no les pudo dar el suelo nativo; por más que tengan aquí, acaso, construído ya su propio sepulcro y esté aquí la cuna de sus hijos — y no puede negarse que estas raíces son hondas — a pesar de eso llevan toda la vida como un dolor suave y eterno, la nostalgia de la *dulce patria!* El nuevo patriotismo será sólo forzoso y reflexivo afán de gratitud que, frente al *otro,* tendrá siempre la desventaja de los *dioses nuevos...*

El doctor Zeballos, después de los largos e interesantes capítulos dedicados a precisar los conceptos de sociedad, de nación, de estado, de nacionalidad, y después de estudiar las características de este vínculo jurídico entra en un largo análisis de la legislación mundial relativa a la adquisición de la nacionalidad, en el que quedan perfecta y minuciosamente estudiadas las leyes de todos los países del mundo civilizado. No sería posible en breves páginas resumir ese importante estudio, pues, como dice el autor, no hay dos países, fuera de los de América Central, que tengan idéntica legislación sobre el punto.

En esta obra verdaderamente monumental, se han abierto todas las esclusas de la erudición legendaria del doctor Zeballos. Vista a vuelo de pájaro, la obra aparece de una impresionante grandiosidad; vista de más cerca, como los breñales y despeñaderos de la montaña hermosa a la lejanía, empiezan a notarse los lunares que, esta vez, afean algo la obra. Hay erratas, errores de traducción, (se dice por ahí, al traducir el preámbulo de la Constitución: "...qui *veulent* — Tomo I, pág. 131 — habiter le sol argentin", cuando debiera decir: "qui *veuillent*...") ; hay *lapsus*

linguae (hay un *diprothomo de Buenos Aires,* pág. 35, que no ha de ser otro que el *diprothomo platensis);* etc. Todo ello es explicable y debe tolerarse, en lo que al fin no es sino "la traducción impresa en París de las notas estenográficas de las conferencias del doctor Zeballos".

Por fin, hay otros errores que en una obra *escrita* por su autor podrían calificarse de errores de concepto, pero que en boca de un orador no son más que el resultado enojoso de la improvisación. El primer párrafo de la obra dice: "Les Romains se sont assimilé le droit de toutes les communautés humaines avec lesquelles ils s'étaient trouvés en contact, en établissant le *jus gentium,* dont la synthèse, claire comme la vérité, et précise comme une formule mathématique, nous enseigne que l'homme est assujetti a la loi au triple point de vue de sa personne, de ses biens et de ses actes". Prescindimos de lo de "claire comme la vérité" que no es más que una frase retórica, pero es evidente que aun antes del *jus gentium* el hombre estaba sometido a la ley en cuanto a su persona, a sus bienes y a sus actos...

La variada e intensa personalidad de estudioso del eminente profesor argentino se revela en esta obra como en ninguna otra. Expone en ella una enorme suma de conocimientos, y exterioriza una vez más, el doctor Zeballos, su constante y desinteresada preocupación por las cosas de la patria. Es el suyo un gran trabajo, honroso y de provecho.

"Dharma". — *Influencia del Oriente en el derecho de Roma,* por ARTURO CAPDEVILA. — Córdoba, 1914.

Arturo Capdevila, el excelente poeta colaborador de NOSOTROS, en el trance de cumplir la obligación universitaria — paradojal esta vez — de probar que es capaz de escribir algunos párrafos sustentando una *tesis,* — nos obsequia, en cambio de las insustanciales frases que son de rigor en estos casos, con un verdadero libro bellamente escrito.

Tema y estilo prueban una vez más la distinción de espíritu del nuevo doctor de Córdoba: "Siguiendo una inclinación intuitiva, busqué siempre la amistad de los antiguos textos. Fuese el encanto de su palabra, fuese la firmeza de su sabiduría, fuese, en fin, que en el pasado vivo mejor que en el presente, de ahí nació en mi espíritu la certeza de que los pueblos orientales conocen más

verdades que nosotros". Y de ahí también nació el deseo de escribir este libro que, aparte de revelarnos en Capdevila un cultor de la ciencia esotérica, tiene por objeto demostrar que "El Forum había sido levantado con material ajeno, sin que hubiera allí ni un arco, ni una columna, ni una estatua, ni un pedestal que fueran propiamente latinos". Que, más claro, el Derecho Romano no era más que una nueva vida dada al viejo derecho de la India, Persia y Egipto. Muy lealmente declara el autor que no cree ofrecer con ello una verdad nueva; reconoce que orientalistas — y podía agregar romanistas, — ilustres de Europa, lo han precedido en este estudio, pero cree que el libro vendrá a ser una síntesis y una crítica de esos trabajos, que han preocupado también a algunos entre nosotros, especialmente al "sabio orientalista" (pág. 86) doctor Estanislao Zeballos.

Desgraciadamente, esta vez el poeta no ha llegado a la esencia de las cosas, que, como se sabe, sería su labor específica. El libro se resiente de superficialidad: en ninguna parte aparece el origen de los arcos, las columnas, las estatuas y el pedestal del Forum... Y esa hubiera sido la útil labor de síntesis y de crítica que parece que el autor se propuso realizar. Después de capítulos, que se leen con deleite, sobre la India, sobre el Egipto, sobre Babilonia, sobre Persia, sobre el pueblo de Israel, apela muy cómodamente el autor a los conocimientos de derecho romano de quien lea, renunciando a examinar los textos latinos, "en taxativo afán de cotejo". "Cada lector lo habrá ido haciendo, al pasar, habrá constatado analogías, habrá descubierto fuentes". Queda, pues, a cargo del lector la labor más ardua y más inelegante. ¿Qué ha hecho, en cambio, el señor Capdevila? Sintetizar, *grosso modo,* las obras más corrientes sobre los pueblos orientales, sin seleccionar mayormente sus fuentes ni recurrir a todas las que hubieran podido serle provechosas. Ha resumido con buen gusto las leyes de Manú; ha espigado en la moderna egiptología; ha dado una rápida ojeada al derecho babilónico, — tan rápida y sumaria que no le permitió ver siquiera el enorme código del Rey Hamurabi, de 2000 años a. c., y que le hubiera dado nuevos y fuertes argumentos para su tesis; — por fin, ha esbozado ligeramente el cuadro del derecho persa y el derecho bíblico.

No podemos decir si por un exagerado sentido de la medida, o por deficiencia de las fuentes utilizadas — cuya enunciación se calla igualmente por elegancia, — todos los estudios de las insti-

tuciones jurídicas de los pueblos orientales son harto breves e insuficientes.

Además, el doctor Capdevila nos expresa en su libro diversas ideas de su propia cosecha, cuya importancia quisiéramos hacer resaltar. Apoya, por ejemplo, muy eficazmente, las conocidas opiniones de Fustel de Coulanges y de Kidd, que consisten en mostrar la dependencia estricta que hay entre religión y derecho; describe talentosamente la metafísica brahmánica; explica de un modo sumamente interesante la sucesión testamentaria; etc.

Ineficaz como demostración de una tesis — ya sostenida, por los demás, y ya probada, — el libro se lee, no obstante, con sumo agrado por la indiscutible excelencia de su estilo rico, plástico, evocador muy a menudo.

SANTIAGO BAQUÉ.

NOTAS Y COMENTARIOS

La "Revista de Filosofía".

Ha aparecido, coincidiendo con la iniciación de este año de 1915, el primer número de la *Revista de Filosofía* (cultura, ciencias, educación), publicación bimestral que dirige el doctor José Ingenieros.

Espíritu audaz y activo, Ingenieros acomete con esta publicación, una ardua empresa, y en las peores condiciones de ambiente y de momento, todo lo cual da a su iniciativa, que es sin duda noble y bella, un valor singular. La nueva revista será de cultura general, y en ella, por lo tanto, no tendrán cabida otros estudios que los que remuevan ideas relacionadas con las cuestiones generales de la ciencia y la filosofía, manteniéndose alejada de toda excesiva especialización técnica. Arduo programa para ser realizado entre nosotros, donde son tan escasos los espíritus que piensan hondo y bien; pero admirable programa, que llevado a feliz cumplimiento por el entusiasmo, la tenacidad y el prestigio de Ingenieros, ha de dotar al país de una elevada tribuna del pensamiento, que hará digno *pendant,* en otro campo, con la *Revista de ciencias políticas* que tan rectamente dirige el doctor Rodolfo Rivarola.

El primer número de la *Revista de Filosofía* es con creces digno del programa que su dirección se ha trazado. Dígalo su sumario: *La Dirección:* Para una filosofía argentina; *Florentino Ameghino:* Origen y emigraciones de la especie humana; *Joaquín V. González:* Unidad de espíritu en la enseñanza argentina; *Rodolfo Rivarola,* La función de la filosofía en la vida política; *C. O. Bunge,* Los dominios de la psicología; *Ricardo Rojas,* Las ideas estéticas de Echeverría; *José Ingenieros,* El contenido filosófico de la cultura argentina. Sigue un nutrido análisis de libros y revistas, hecho por entendidos colaboradores, entre los cuales anota-

mos los nombres del mismo doctor Ingenieros, de Vicente Martínez Cuitiño, Pascual Guaglianone, C. Muzzio Sáenz Peña, Julio Barreda Lynch, Vicente D. Sierra, etc. Digno sobre todo de ser señalado es el carácter marcadamente nacional de esta revista que consagra la mayor parte de sus páginas a los problemas de nuestra cultura y a las ideas de nuestros hombres de pensamiento. Esperemos que el núcleo selecto de los intelectuales del país preste a tan útil publicación la acogida calurosa que bien se merece y ciertamente necesita. Nosotros confiamos en ello y para que se realice formulamos nuestros votos más sinceros.

"Revista Argentina de Ciencias políticas".

El número 52 del mes de Enero próximo pasado de la *Revista Argentina de Ciencias políticas,* que con tanta amplitud de criterio y elevación de propósitos dirige el doctor Rodolfo Rivarola, fué dedicado por entero a la guerra y sus consecuencias. Colaboraron en él los señores Federico E. Acosta y Lara, Raimundo Wilmart, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, Juan P. Ramos, H. Lavaerd, Raúl Villarroel y Alejandro Calzada, cada uno de ellos desde su particular punto de vista. Con serena imparcialidad la *Revista* ha acogido todas las opiniones, aun las más encontradas, y así hemos podido leer dos elocuentes trabajos, *El peligro alemán en Sud América* del doctor Quesada, y *Alemania ante la guerra* del doctor Ramos, en defensa del ideal y el esfuerzo teutónicos, junto a estudios violentamente germanófobos como el del doctor Wilmart, *El ideal americano,* o el del doctor Lavaerd, *Después de la guerra.*

Señalamos a nuestros lectores la importancia de este número, así como la de los próximos, pues la *Revista Argentina* ha ofrecido la entrega de Abril a los prohombres del partido radical para la exposición de sus ideas, cosa que ya han aceptado hacer en el número de Mayo los del partido socialista. "Nos proponemos reunir en otros — escribe la dirección — diversos estudios sobre una misma materia: económica, jurídica, educacional, administrativa, etc., con lo cual entendemos ordenar mejor la producción científica con que nos favorecen nuestros colaboradores". La idea es excelente y le tributamos un caluroso aplauso.

"Ariel".

En Junio del año pasado un grupo de jóvenes intelectuales, en su mayoría estudiantes universitarios, fundó una revista mensual de Letras y Arte, titulada *Ariel*. La revista con el número de Enero ha alcanzado a su cuarta entrega, y la dirección anuncia que desde ahora *Ariel* aparecerá bimensualmente, con 72 páginas o más. Bien presentada, con su carátula dibujada por Hohmann, correctamente impresa e inteligentemente compilada, *Ariel* es una publicación que merece ser leída y sostenida. Sus redactores son jóvenes y entusiastas, y, como universitarios del día, sienten una explicable inclinación hacia las investigaciones sociológicas, psicológicas y psiquiátricas: es así que han tratado de procurarse especialmente la colaboración de los más conocidos cultores de estos estudios en nuestro país, y la han conseguido. El sumario del último número ilustrará suficientemente al lector sobre el valor de esta simpática revista: José Ingenieros, *Un filósofo del año veinte;* C. Rodríguez Etchart, *La formación de los sentimientos;* A. Alberto Palcos, *El materialismo o economismo históricos;* Agustín E. Larrauri, *Al pasar;* Edmundo Montagne, *La imagen;* Domingo A. Robatto, *Mi abuelo;* Juan Pedro Calou, *Oración Ancestral;* Ernesto Herrera, *El pan nuestro (drama);* Enrique Mouchet, *Psicología Argentina;* Adolfo Bergman, *Introducción a la psicología y patología del espíritu;* Edgardo Sully, *Segundo concierto Ariel;* Samuel Eichelbaun, *Nuestro teatro;* Notas.

Dirige la nueva revista, a la cual enviamos nuestros más cordiales augurios de larga vida, el señor A. Alberto Palcos.

Los escritores franceses de 1914-1915.

Nuestro colaborador francés Manoel Gahisto, ha aprovechado los ocios escasos que le deja su situación de movilizado en un servicio administrativo, para escribir y enviarnos la breve nota que va a continuación acerca del París intelectual durante la guerra:

Mientras se ejercitan desmesuradamente las fuerzas de destrucción sistematizadas por la guerra, el contacto directo o no de las batallas despierta en todas las inteligencias que piensan el contraste luminoso de las actividades creadoras, y ante los crímenes de Lovaina y de Reims, el valor de la actividad creadora

por excelencia, la del arte, se exalta y se eleva. El público llora el pasado, algunos sangran por las mutilaciones del porvenir. La guerra es una selección al revés, se ha dicho. Si las teorías de Lombroso fueran rigurosamente exactas, el Genio no tendría que temerla en Francia, donde el Consejo de Revisión impone los servicios militares de acuerdo con el solo examen físico. Pero en la trágica realidad, la cuestión se presenta diferentemente: un joven y sagaz *enqueteur* parisién, Gastón Picard, al invitar a sus colegas a reanudar las reuniones de los lunes, desde Octubre último, reune y coordina numerosos hechos a ese respecto. Las visitas no le faltan, unas de militares de paso, otras de mujeres escritoras transformadas en enfermeras, otras de maestros que se interesan por los jóvenes. Al mismo tiempo, la rúbrica cotidiana de *L'Intransigeant,* "la boîte aux lettres", se abría a las mismas investigaciones gracias a Fernando Divoire. De ellas resulta que la mayor parte de los escritores de 20 a 45 años han seguido ante las balas enemigas la suerte de los hombres de su edad.

Habiendo cesado de aparecer las pequeñas revistas, importaba guardar el testimonio de que estas generaciones intelectuales no eran impropias para la acción y ávidas a todo precio de placeres voluptuosos.

Esta ha sido la misión del *Boletín de los Escritores de 1914-1915,* breve colección publicada por los señores F. Divoire y G. Picard. Enviada periódicamente a todos los autores movilizados es, por otra parte, su correo de vinculación. El flagelo de la guerra pone en ella su nota de duelo: Charles Peguy, Ernest Psichari, Charles Muller, Allain Fournier, etc. ¡Que las noticias necrológicas sean en ella raras; que sus destinatarios que el año pasado perseguían la Gloria creadora no la encuentren enemiga y homicida, emboscada en el camino apartado de la barbarie! — *Manoel Gahisto.* —Diciembre 13 de 1914.

Una errata.

En el soneto *La muerte en primavera* del señor Luis María Díaz, que NOSOTROS publicó en su último número, se deslizó una gravísima errata, que falseó toda la composición, volviéndola incomprensible. El octavo verso decía: *Aunque aquélla no lleve su*

plena primavera, y en cambio debió ser: *Aunque aquélla nos lleve en plena primavera.*

Así corregido el soneto, queda de esta suerte:

Moriremos, divina, en esta primavera,
Que tantos corazones hinche ya de ventura,
Moriremos en medio de inefable dulzura,
Mientras en rayos de oro se deshace la esfera.
Nuestro espíritu triste, al cabo, ya ¿qué espera?
¿No ha llegado al extremo nuestra cruel desventura?
¿La muerte no es mejor, que esta horrible pavura,
Aunque aquélla nos lleve en plena primavera?
Nuestro amor es purísimo, nuestro amor es profundo,
Divina, nuestro amor, no es amor de este mundo,
Por él vivimos hoy en continuo delirio.
La muerte en primavera, sin ningún desconsuelo,
Nos librará, por fin, del terrenal martirio,
Y nuestro amor, divina, florecerá en el cielo.

NOSOTROS.